

■ el Rincón
de los Niños.



*CristiA M
huneus*

editorial nacimiento

1980. ■

CRISTIAN HUNEEUS

EL RINCON DE LOS NIÑOS

Novela

Nota Final de Adriana Valdés

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1980 CHILE

24593

Nº 3901

Portada:

Eugenio Dittborn

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —

Santiago de Chile, 1980

Para Soledad

CRISTIAN HUNEEUS nació en Viña del Mar en 1937 y pasó su infancia en un fundo vecino a Santiago.

Se educó en el Saint George's College y en la Escuela Militar. Inició estudios de Literatura y Filosofía en la U. de Chile, licenciándose con una tesis sobre Henry James, y los prosiguió en Cambridge, donde obtuvo un M. Litt. con una tesis sobre D. H. Lawrence.

A su regreso al país en 1967 ingresó como profesor de Literatura al Departamento de Estudios Humanísticos de la U. de Chile, del que fue Director de 1972 a 1975, y al que llevó como profesores, entre otros, al novelista Jorge Guzmán, al crítico Ronald Kay, y a los poetas Enrique Lihn y Nicanor Parra.

En 1976 renunció a la Universidad. Pasó un semestre como Visiting Fellow en la Writing Division de Columbia, Nueva York, y desde 1977 se dedica a la agricultura en el valle de La Ligua.

Es casado y tiene una hija.

Ha publicado Cuentos de cámara (Santiago, 1960), Las dos caras de Jano (Santiago, 1962), Modern Short Stories

from Chile (*Cambridge, 1964*), *La casa en Algarrobo* (*Buenos Aires, 1968*). *Es colaborador de Mensaje y Cal y columnista de Hoy.*

El rincón de los niños es la primera de un conjunto de cuatro novelas. Se continúa con Una escalera contra la pared, cuya publicación se anuncia para 1981.

PUNTO DE PARTIDA

24-X-74 Desde las primeras notas es clara la tentativa de crear un universo, i.e., se intenta establecer un conjunto de relaciones mutuamente determinantes. En cierto plano, es igualmente clara la indeterminación de las determinaciones. No así en otro. A saber:

1956

CHIRICO: 494898, Hernando de Aguirre 2072.

Gloria anda con Juan Enrique porque es famoso como hombre luchador, de éxitos, y un seguro triunfo en la vida. Se complace en que la vean con él. Juan Enrique anda con Gloria porque ella lo admira y es un objeto práctico que le servirá de mucho: satisface su sexo, se interesa por sus cosas, etc.

Juan Gabriel comienza a salir con Valentina por curiosidad, y porque la encuentra interesante. Valentina con él para olvidar al muchacho moreno y para satisfacer su sexo.

Gloria con Manuel para tratar de recuperar a Juan Enrique y porque lo usará como esclavo. Manuel con ella, porque (palabra ininteligible). Gloria es una especie de snob intelectual tipo Elizabeth Hagen. Manuel es un sujeto ingenuo; inteligente, idealista, pero ingenuo.

Juan Enrique tiene lo malo de mí.

Valentina es como Cecilia.

Manuel es antiguo compañero de colegio de Juan Enrique. Juan Enrique le tiene cierta envidia por la pureza de sus sentimientos. Gloria trata de explotar esta envidia.

Gloria considera que Valentina es una posera. Valentina no toma en cuenta a Gloria.

María Valentina se llamará Bárbara. Gloria se llamará María Valentina.

Paz Francisca

Paz Francisca

H.H. Munro (Saki) : Deathtrap, The

Eugene O'Neill : Before Breakfast

Anton Chejov : The Proposal

Jacinto Benavente : No Smoking

DETERMINACION / INDETERMINACION

CRONOLOGICA.—El redactor entró en cono-

cimiento de Paz Francisca en 1957 e indica 1956 como fecha de redacción del texto. O bien redactó en 1957 y lo fechó erróneamente, a posteriori, o bien el haber entrado en conocimiento de Paz Francisca le produjo una impresión tan grande que a modo de grabar un registro de esa impresión repetía su nombre en todas partes, incluidos los papeles de 1956:

hipótesis ésta avalada por la exclusión de Paz Francisca de la trama de personajes propuesta en el texto, que refleja un capítulo evidentemente anterior a P. F. en esta historia, y a la vez refutada por un rasgo paradójal del redactor, cual es la exclusión sistemática de sus textos de lo que más hondamente lo afecta durante el período de redacción. Nuestro redactor urde capítulos anteriores a la historia que le concierne.

En todo caso, he obrado responsablemente al llamar a Chirico al 494898 para preguntarle si fue en 1956 ó 1957 cuando Gaspar Ruiz le pidió su teléfono. Pero Chirico no ha resuelto nada: me ha dicho que no le quedan canas para recordar pelotudeces.

25-X-74 DETERMINACION / INDETERMINACION PSICOLOGICA.—Gloria, llamada ostensiblemente a figurar, en consonancia con su nombre, un papel de majestad, esplendor y magnificencia en el desarrollo del proyecto, se transfigura a la hora undécima en Valentina (para ser más exacto, en María Valentina), apelativo de bellezas pálidas. La propia Valentina, luego de ese fugaz pero efectivo énfasis de su palidez por la anteposición del virginal María, se vuelve abruptamente Bárbara. Es como para confundir a cualquiera. Pero cabe presumir algunas direcciones aclaratorias: Gloria en su camino al cielo, i.e., acceso a lo total, no puede con el deseo de ser también Valentina: el brillo y además la opacidad. Tiene todavía un tercer punto de referencia: Gloria es del tipo de Elizabeth Hagen, snob intelectual, según se nos informa. Valentina por su parte quiere superar un ansia (*"olvidar al muchacho merono"*) y hacerse espíritu o espirituarse, mientras que a la vez quiere

satisfacer un ansia ("*satisfacer su sexo*"): oscila entre Valentina y Bárbara, oscilación vulnerable ante la observadora espléndida y por ello encubierta bajo una actitud distante ("*Gloria considera que Valentina es una posera. Valentina no toma en cuenta a Gloria*"). Nuevamente, un tercer punto de referencia: Valentina se parece a una tal Cecilia.

Gloria, "*objeto práctico*" para Juan Enrique ("*le servirá mucho*"), es ella misma práctica por partida doble: Juan Enrique le interesa porque es un "*seguro triunfo en la vida*" y Manuel le interesa porque "*lo usará como esclavo*". Así, quiere someter pero también ser sometida: de no mediar la posibilidad de una coexistencia de ambos objetos indudablemente no disfrutaría de ninguno. Se encuentran tan estrechamente vinculados que Gloria "*trata de explotar*" la relativa envidia de Juan Enrique por Manuel; "*sale con este último para tratar de recuperar a Juan Enrique*": desea también, por medio de la sumisión secundaria de Manuel, someter al hombre por quien desea ser sometida.

Manuel, a primera vista, parecería más hecho de una pieza que el resto. El problema está en que al tratarse de puntualizar por qué sale con Gloria, el texto nos ofrece un borrón: por lo visto el texto se niega a consignar algo que no condice con los calificativos que le aplica. Pase que ello, sea lo que sea, escape a la percepción del propio interesado cuando su ingenuidad es tanta ("*es un sujeto ingenuo; inteligente, idealista, pero ingenuo*"), pero no que escape a la percepción del texto mismo. Aquí hay algo sospechoso. Dos líneas de interpretación (que podrían juntarse en algún punto no tan lejano del espacio): o bien la señalada predisposición de Manuel a la esclavitud lo hace tolerante de cualquier tipo

de humillación a cambio de ser aceptado por el grupo —caso en el cual el redactor lo habría tenido que expulsar enteramente por indigno— o bien Manuel es tan capaz como cualquiera de los otros de experimentar una pasión y romper cualquier clase de esquema (por ejemplo, el que le asigna los calificativos “*idealista*” y “*puro de sentimientos*”), caso en el que nuestro redactor, viéndolo salirse de su lugar, no habría sabido qué diablos hacer con él. Porque es evidente, a partir del momento en que se le acepta borroneado, que Manuel debe comportarse como un sujeto puesto en su lugar.

El lugar de los demás es determinado/indeterminado. Se les dispensa fluidez y movimiento; el lugar de Manuel es fijado de antemano. A éste se le determina: se le borronea pública y notoriamente.

4-XI-74 Parece indudable que Manuel es un outsider. Si no, reparemos en que el texto no se molesta en legitimar la pertenencia al grupo de ninguno de los personajes, salvo la suya. Manuel “*es antiguo compañero de colegio de Juan Enrique*”. Este es el pasaporte que exhibe ante la exigencia implícita de cruzar una cierta frontera. Manuel ingresa a nuestro país por el ascendiente de Juan Enrique. (Alguno habrá de tener puesto que se le tolera y tal vez hasta se le aprecia su aporte de Manuel). A la vez, Manuel no es un objeto de súbito y último entusiasmo. Es un “*compañero*”, alguien con quien se ha convivido algo memorable, lo que explica su rescate y su trasplante. Y además, un “*antiguo*” compañero. Fidelidad probada. Sterling value.

9-I-75 En cuanto a Juan Gabriel, a diferencia de los demás personajes, mencionado una sola vez en el texto, merece, por este solo concepto, cierta consideración especial.

Cabe principiar señalando un paralelo con Manuel: mientras Gloria sale con éste "*por tratar de recuperar a Juan Enrique*", Valentina sale con Juan Gabriel "*para olvidar al muchacho moreno*". Uno y otro son opciones de segunda instancia. O para decirlo en términos que provocarían la ira, o a lo menos el rubor, de ambos, Manuel y Juan Gabriel reciben las sobras. Que se contenten con ellas o no es algo que no podemos adelantar sin riesgo de imprudencia: en Manuel, ya lo hemos dicho, hay un borrón ajeno a su propia voluntad; en la escueta mención de Juan Gabriel tenemos una mera insinuación de rasgos.

(Incidentalmente, nada se pierde al agregar que el modo de inscribir estas opciones secundarias subraya las distinciones antes señaladas entre Gloria y Valentina: Gloria entra en un combate lateral para ganar su guerra; Valentina en cambio ya la perdió y quiere borrarla de su memoria).

A la vez, Juan Gabriel parece compartir ciertos caracteres con Juan Enrique. No se dispone de antecedentes para establecerlos en definitiva, pero llama poderosamente la atención que ambos lleven el mismo nombre de Juan. Pregunta: ¿qué habrá estado en la mente del redactor cuando los apartó y los hizo gemelos de una misma plumada? Por de pronto, nos consta que el nombre de Juan tiene ciertas significaciones especiales para él: perfecto en su sílaba única, su precisión vocálica central, la rapidez de sus extremos, y su uso universal, para el redactor el nombre de Juan es sinónimo de calidad

(aunque la evidencia cotidiana le diga a menudo lo contrario). De manera que Juan Gabriel y Juan Enrique serían personas de calidad, y en razón de su calidad, ambos sobresaldrían juntos del círculo a que pertenecen, quizá como su expresión más acabada.

A la vez, en la medida en que sobresalen, salen fuera del círculo. Pero Juan Gabriel sale fuera aún en otro sentido. Y esto nos devuelve a Manuel. Se ha consignado en oportunidad anterior que Manuel es "indudablemente" un outsider. Y no se nos puede escapar de entre las manos la evidencia de que Juan Gabriel y Manuel son nombres que terminan de manera idéntica. La sílaba final "el" (como el pronombre de tercera persona "él" - el que no es "yo") se carga entonces del contenido de la exclusión y la marginalidad y Juan Gabriel se vuelve también un outsider.

¿Será entonces que lo distintivo de Juan Gabriel es la indistinción máxima de la tensión entre dos polos? Si así fuera, en Juan Gabriel, como es obvio, tendríamos al personaje principal del grupo, aquel cuya historia el texto se propone destacar.

Que su aparición inicial se limite a una mención breve no es cosa sin precedentes clásicos. Por el contrario: es lo propio de la modestia consagrada por la tradición de las mejores costumbres.

10-I-75 DETERMINACION / INDETERMINACION
 ONTOLOGICA.— Hay otra evidencia que debemos retener: no es Juan Gabriel quien ha decidido por sí mismo la cuestión: es en el texto donde Juan Gabriel

aparece: y por lo tanto es el texto quien le concede el privilegio de la palabra breve.

¿Será esto lo bueno de Juan Gabriel? ¿su inserción en una norma de conducta clásica? La pregunta viene al caso: es evidente que Juan Gabriel tiene algo bueno porque el mismo texto nos dice, en la más insólita de sus frases, "*Juan Enrique tiene lo malo de mí*", y no cabe más que entender este engendro verbal como referido a Juan Enrique en cuanto opuesto a Juan Gabriel ya que no en cuanto su gemelo. Si fuera esto último, qué duda cabe, el texto se habría comportado en otra forma, i.e., "Juan Enrique y Juan Gabriel tienen lo malo", u otra proposición equivalente.

Pero examinemos el engendro en sí: "*Juan Enrique tiene lo malo de mí*". La introducción de un juicio ético taxativo, alguien tiene algo "*malo*", alguien es "*malo*", ya resulta desconcertante, y no se crea que por su sola referencia directa a Juan Enrique: el calificativo moral aplicado a uno se disemina implícitamente por todos. Pero el desconcierto nos abre a la visión del abismo cuando vemos que ese alguien es "*malo*" en relación a un "*mí*". ¿Quién es ese sorpresivo "*mí*"? ¿de dónde sale? ¿en qué plano se sitúa?

El texto no traduce la menor conciencia del lío en que se mete al consignar esta mínima partícula sonora. Porque el "*mí*" nos remite a un yo que es un dechado de intrépido candor: se afirma con certeza categórica, pero sepa Moya dónde está (Valga otro tanto para "*Elizabeth Hagen*" y "*Cecilia*").

DETERMINACION / INDETERMINACION

ETICA.— Pero aceptemos de modo provisorio que

Juan Enrique tiene algo malo y Juan Gabriel algo bueno; vale decir, que según afirmaciones propuestas desde alguna dimensión insondable, uno participa del ángel y otro participa del demonio.

Veamos ahora en qué tipo de tratos andan con el mundo: Juan Enrique es "*famoso*" (probablemente no más allá del ámbito de sus amigos y sus primos, pero esto es incidental), es "*famoso*" como "*luchador*", "*hombre de éxitos*", "*seguro triunfo*" en "*la vida*". Disfruta de Gloria porque ésta "*lo admira*" y porque "*le servirá mucho*". No sabemos cuál será su mayor servicio: si "*la satisfacción de su sexo*", "*el interés por sus cosas*", o el "*etc.*" Nos agrada pensar que el "*etc.*" por su maravillosa capacidad de extender la serie de servicios hasta el infinito, llegando incluso, mediante deslices graduales de significado, a terminar con una modificación completa de la especie de lo que enumera. El "*etc.*" es francamente seductor.

11-I-75 Incuestionablemente, Juan Enrique es el hombre que se lleva las palmas. Por cierto, es también el hombre que quiere llevarse las que no se lleva: "*le tiene cierta envidia*" a Manuel por la "*pureza de sus sentimientos*".

Juan Gabriel en cambio se lleva las sobras. Ya hemos visto que Valentina sale con él "*para olvidar al muchacho moreno*". Pero si bien es razonable dejar un margen para cierta clase de imprevistos, se diría que este "*muchacho moreno*" no está contemplado en el grupo (Valentina "*lo quiere*

olvidar"), de manera que su consistencia actual es dudosa, por decir lo menos, y tendría que evaporarse. (En esto, Juan Gabriel resulta más favorecido que Manuel, cuyo "*muchacho moreno*" es nada menos que Juan Enrique). Juan Gabriel "*comienza*" a salir con Valentina por determinados motivos. Es necesario destacar la intención temporal del verbo comenzar. El verbo describe la primera de varias etapas en un proceso. Sabemos que no hay bien que por mal no venga como sabemos igualmente que no hay mal que no venga por bien. Es decir, sabemos que el cariz inicial de un asunto no es normalmente su cariz final. La vida está llena de sorpresas que escapan a la previsión de los humanos. Esto viene a lo que sigue: no sabemos por qué motivos Juan Gabriel *sigue* (si es que sigue) saliendo con Valentina. El hecho de no saberlo nos demuestra que la posibilidad de un desarrollo de curso imprevisible está latente en Juan Gabriel.

Los motivos del "*comienzo*" se reducen (o se expanden) a la "*curiosidad*". Como la curiosidad es la madre de todos los vicios, el desarrollo latente de Juan Gabriel no estará exento de peligros.

Juan Gabriel, llevado por su curiosidad, encuentra "*interesante*" a Valentina. Lo que sabemos de ella bien podría servirnos a manera de explicación de esto último; a su modo y pese a su juventud, Valentina tiene experiencia: es el único personaje que sabe algo de ilusiones perdidas, que enseña el rastro de un proyecto frustrado. Se diría entonces que Juan Gabriel encuentra interesante la experiencia de Valentina. ¿Es esto desinteresado? Bien podríamos suponer que se interesa en adquirir esa experiencia para hacerla suya, con el fin de acelerar su propio crecimiento. Lo más probable, no obstante,

es que el propio Juan Gabriel sea incapaz de dar cuenta de cualquier motivación ulterior de esta índole. Quizá la sola idea de considerar su mera posibilidad lo aterrorice. Como sea, Juan Gabriel estaría empeñado en una carrera contra el tiempo. Más no podemos decir.

Pero si el texto, por implicación, le atribuye algo bueno, cabe presumir que sea en función de su propia inconsciencia frente a segundas motivaciones; inconsciencia que presupone, por parte del texto, la inexistencia de tales motivaciones. Vale decir, la bondad de Juan Gabriel estaría en la gratitud de sus actos. El suyo sería un interés desinteresado. Es objeto (aunque sólo en instancia de reemplazo) de una pasión sexual, la de Valentina. Pero de él no se dice que experimente pasión sexual alguna; tampoco se dice que experimente otro orden de pasiones. Estaría, como un ángel, por encima de ellas.

DETERMINACION / INDETERMINACION

SEXUAL.—El tratamiento del sexo es caracterizador en diversos planos. De los tres personajes masculinos, solamente Juan Enrique aparece explícitamente activado por su impulso sexual. "*Anda con Gloria*", entre otras cosas, porque "*satisface su sexo*". De Juan Gabriel, como se ha visto, no se dice que experimente pasión sexual alguna, pero es admisible la interpretación de que la acepta de otro sin hacerse el rogado (aun cuando no sepamos a ciencia cierta de qué modo la asume): Valentina "*comienza a salir con él*" "*para satisfacer su sexo*".

La expresión "*satisfacer su sexo*" se predica en igual forma y tan sólo de Juan Enrique y Valentina, por lo que podemos discernir un nexo patente entre ambos. Uno y otro se-

rían los únicos personajes abiertamente sexuados en el texto y resulta claro que éste no se queda impávido ante la cuestión: a Valentina la llama, por un momento, Bárbara; de Juan Enrique nos dice que tiene lo "malo" de aquel "mi" que no ha sido habido (y que no lo será tan fácilmente) pero que, en fin de cuentas, algo malo tendrá que tener si nos lo afirman de manera tan tajante. Se diría, aún más, que el texto les aplica una medida punitiva por su desvergüenza y que la aplica en el modo mismo de nombrarla: "*satisfacer el sexo*" no deja de ser una expresión bastante fea por la implacable frialdad con que excluye todo lo que no incluye. Además, de Juan Enrique nos dice que "*anda*" con Gloria. Y la expresión "*andar*", en este contexto, no se molesta en esconder sus connotaciones despectivas. Un tipo "*anda*" caliente, otro "*anda*" con puras putas, el otro "*anda*" con gonorrea. Hacia Valentina, en cambio, se usa una mayor delicadeza: para ella se emplea el eufemismo "*salir*", que apunta a la exterioridad social de lo que dos personas de sexo opuesto hacen entre sí, señalando que salen juntas, a bailar, al cine, a comer a los restaurantes, y guardándose, por recato, de aludir a lo que hacen en privado, que muy por el contrario de salir consiste más bien en entrar. La diferencia entre "*andar*" y "*salir*", resumiendo, estaría en que el que "*anda*", anda mal y quien mal anda mal acaba, mientras el que "*sale*", entra con eventuales consecuencias matrimoniales. La expresión "*salir*" es, de esta suerte, más incluyente (no cualquiera se casa a tontas y a locas), y a no dudar, Valentina ha sido agraciada con ella porque se han tenido en cuenta su palidez y su fugaz virginidad. También, porque su pareja es Juan Gabriel. Por lo que respecta a Gloria, ésta, como él con ella,

"*anda*" con Juan Enrique. Sus motivos son conocidos. Pero no podemos menos que detenernos en uno, que se diría particularmente significativo en su relación con las líneas presentes: Gloria se interesa por las "*cosas*" de Juan Enrique. Si esto fuera un eufemismo, no lo sería delicado como el que examináramos más arriba. Algunos lo estimarían derechamente obsceno. Nosotros en rigor, sólo podríamos estimarlo malicioso. Y si es efectivo que el texto se nos vuelve malicioso (en esta rara oportunidad) podemos presumir que ello se debe a su identificación con el objeto que lo ocupa: Gloria misma sería maliciosa, lo cual la haría, de pronto y sin que jamás lo hubiéramos sospechado, irresistiblemente simpática. Pero el texto se le resiste, frunce el ceño, y juzga con dureza: ella "*anda*" con Juan Enrique porque es "*famoso*" por sus "*éxitos*", porque la "*complace*" que "*la vean con él*". Para el texto, así airado, Gloria es una verdadera yegua.

Ahora bien, cuando Valentina comienza a salir con Juan Gabriel "*para satisfacer su sexo*" y "*para olvidar al muchacho moreno*", se exterioriza una relación inmediata entre ambas proposiciones. ¿Cuál es esa relación? Sin duda, la ausencia del "*muchacho moreno*" ha dejado un sexo insatisfecho. Las cosas del muchacho moreno han de haber sido tan interesantes para Valentina como las de Juan Enrique para Gloria. Quizá las de ambos pudieran ser similarmente interesantes para ambas. Hemos postulado la evaporación del "*muchacho moreno*". Debemos entonces postular la permanencia exclusiva de Juan Enrique. En Juan Enrique el interés o la eficacia de sus cosas se asocia a una trayectoria avasalladora, transgresora en un sentido oscuro o tal vez perfectamente claro. En el "*muchacho moreno*" las mismas partes se asocian a la

morenidad, el solo rasgo que se acuerda a su persona. El texto recoge en dicho rasgo el mito de la virilidad mediterránea, consignado hace algún tiempo por Platón. Para Sócrates, "*the swarthy are of manly aspect*", mientras que "*the white are children of the gods, divinely fair*". República, Libro V. Sección XIX, Loeb Classical Library, reed. 1963, Vol. I, p. 513. Salvo que se estuviera pensando en los araucanos, en cuyo caso la transgresión sexual se asociaría a una transgresión social, comparable en sus efectos a la que ilustra Juan Enrique, delineándose así un conjunto singularmente revelador e insoportable. Para concluir: las cosas de Juan Enrique habrán de ser decisivas en la estructura en movimiento de esta red que es el grupo.

Para inquietud nuestra, no se nos da el menor indicio acerca del interés de las cosas de Juan Gabriel. Puede que sea por su clásica modestia.

Tampoco de las de Manuel. Tengamos presente que Manuel es "*inteligente, idealista*"; vale decir, hombre provisto de virtudes más bien que de cosas. Sin embargo, no podemos afirmar que sus virtudes sean efectivamente apreciadas en cuanto tales. Porque se nos dice que "*es un sujeto ingenuo; inteligente, idealista pero ingenuo*". Y la reiteración de la ingenuidad parecería contradecir el sentido de la conjunción adversativa; parecería decirnos que un hombre inteligente jamás sería idealista si no fuera porque es ingenuo y doblemente ingenuo.

Por último, ya sea que la causa de las luchas civiles esté en el orgullo hijo de la riqueza o en la necesidad hija de la escasez, aquí hay dos mujeres para tres hombres y tres hombres para dos mujeres, de manera que cabe esperar camorra.

UN DOBLE TEXTO

2-XII-75 El doble texto que encuentro a continuación (y reproduzco en pp. 39-45) es todavía un nuevo (doble) intento de exponer las tensiones que hacen inminente la contienda civil o **camorra** antedicha. Según verá por sí mismo el lector, es también más específico. Gaspar Ruiz lo describe en nota inicial como "novela autobiográfica hasta cierto punto" —hecho predecible, recordemos que el nombre de Paz Francisca, su futura (primera) mujer (ver Registro Civil de Las Condes, septiembre 1961) irrumpía dos veces en el texto "1956" — y así nos impone una cuarta coordenada para efectuar el análisis. Es obvio. Al examen de cada texto en sí mismo y en relación con su doble y al examen de ambos en relación con "1956" deberemos agregar el examen de este triple conjunto en su relación con la vida real del propio Gaspar (en el supuesto de que algo tan impreciso y vulnerable a la interpretación como es una vida humana pueda postularse como "real").

LA CUARTA COORDENADA

3-XII-75 Estoy en situación de manejarla por algo más que una disposición favorable hacia Gaspar y sus materiales. Ocurre que el azar, nunca **azaroso** en su secreta carga de correspondencias, me ha brindado una oportunidad (dorada) para la lectura y recepción de infidencias del orden más íntimo, procurándome una tarea no **reñida** con mi afición a la historia y además providencial en estos tiempos en que el patriotismo y la prudencia recomiendan

a todo hombre de bien el aporte de su esfuerzo a la construcción del nuevo Chile y paralelamente la mantención de su cabeza encima de los hombros. El caso de Gaspar Ruiz, maestro de juventudes en un sentido rigurosamente *inverso*, es un ejemplo: en Gaspar confluyen todos los rasgos disolventes o disolutos de la anarquía liberal contemporánea y me asiste la confianza de que hago un bien y presto un servicio a la nación al exponerlos al desnudo. Me refiero, en fin, a la relación extraña y muy fecunda que se me ha dado establecer con su madre viuda.

UN MATRIMONIO

4-XII-75 La conocí en el matrimonio de la hija de un alto dirigente del Partido Nacional (en receso) con mi primo Jorge Z. Sabía quién era. Santiago de Chile, la pintoresca y agradable capital de mi país, es una ciudad donde todo el mundo se conoce, incluso los viñamarinos como ella, por mucho que un viñamarino nunca sea lo mismo. Soy buen fisonomista y es raro que olvide a quién pertenece una cara. Me suele suceder que olvido la relación entre mis propios actos o mis propios juicios, pero eso es distinto: nunca la relación de un nombre y una cara. Sólo que una vez más me impresionó el parecido físico de la Sra. Susana —Susana me permitiré llamarla— con Gaspar, su tristemente célebre y nunca bien ponderado hijo mayor. Altos, rubios, de pelo delgado y ojos claros, mirada más bien severa aunque burlona y a veces melancólica, frente amplia y sensitiva, manos algo toscas, de campesino o marinero. No se piense, ojo, en que las manos de Susana sean manos cur-

tidas por el trabajo físico, aunque bien le ha tocado, como a toda esposa y madre sin distinción de condición o clase, su servidumbre en la cocina. Comprendo lo innecesario de esta aclaración pero la gente es susceptible, en particular los viñamarinos, y esta memoria podría algún día caer en las mismas manos que comento y lejos de mí el ánimo de causar ofensa. Entiéndase que soy un cronista imparcial como el que más. No, no son manos curtidas por el trabajo físico: tampoco las de Gaspar: el tipo es dramático pero no tanto (sólo que con él nunca se sabe). Son, simplemente, manos que habrían deseado ser más finas, lo mismo que en este mundo materialista despectivo del trabajo manual ambos habrían querido cambiar destino si les hubiera tocado en mala suerte ser campesinos o marineros. En breve, son manos de palma ancha y dedos gruesos, que acusan una inclinación práctica orgullosamente fallida en cuanto a Gaspar, a la vez que una marcada tendencia al disfrute de las cosas buenas de la vida cuidadosamente frustrada en la madre. (Las varias mujeres de Gaspar, demasiadas como para no perder la cuenta a la vez que sospecharle un tornillo suelto, han coincidido, me gustan tus manos, le han dicho, me gusta como son conmigo, pero no son manos que me gusten en sí mismas).

Un quiromántico cierta vez dictaminó que Gaspar tenía manos de hombre de trabajo, lo que podrá estar muy bien desde el punto de vista de la quiromancia pero si por sus frutos los conoceréis la verdad es que virtualmente nadie ha tenido el gusto, no vacilo en consignarlo. Como sea, con manos así no puede haber una historia elegante. Y valga esta observación como advertencia general: los hechos que (por la musa de la historia) me veo inspirado a registrar no son

hechos elegantes. Me pregunto si algo, en estos ásperos tiempos turbados (y más allá del largo de los dedos o el ancho de las palmas) podrá realmente serlo. Me acerqué, en fin, a Susana, por entre los mozos de guante blanco que ofrecían whisky, ponche a la romana y petits bouchés en bandejas de plata, y me hice presentar como viejo amigo de Gaspar en Londres y París, sin añadir referencias personales obviamente conocidas. No diré que mi acercamiento me produjo un escalofrío. Pero sí diré que no estusiasmó a la madre; a todo lo más le causó desconcierto o, para ser preciso, desagrado. No lo atribuí a mi diplomática presencia, que, modestia aparte, no es ni puede ser ingrata para nadie, sino a mi conexión con Gaspar, cuyas relaciones con ella, según no tardé en confirmar de sus propios labios, pasaban por un momento irremediablemente bajo. No quería oír su nombre. Me apresuré a dejar establecido que lo había perdido algo de vista en los últimos años, pero agregué que en una época fui su admirador incondicional. Para ver qué pasaba. La madre hizo un comentario que transcribo en toda su escueta mordacidad. Gaspar es un especialista, dijo. ¿En qué?, le pregunté, con alarma visible. En hacerse de admiradores incondicionales, repuso. No supe cómo tomarlo, una posibilidad era estimar que me estaba tratando de imbécil. Pero me sonreía y su rostro se había vuelto atrayente mientras me sonreía, con cierto brillo en los ojos, invitándome a una complicidad parcial. No era que yo fuese un imbécil, no, no, ni siquiera un ingenuo, muy al contrario, yo sólo había sido, aunque imperdonablemente lúcido, una de las tantas víctimas de la irresponsable seducción de su hijo. Como ella misma.

No dije que continuaba siendo el admirador de siempre,

ni que las últimas andanzas de Gaspar, conocidas para mí a pesar de mis ausencias del país —por lo notorias— muy lejos de causarme estupor o decepción acrecentaban mi interés y simpatía por su caso porque iban completando la integridad de su figura, particularmente dentro de un cierto esquema o rito universal paradigmático: el desastre tenía una inviolable belleza lógica y para mí nunca habrá otro orden posible de belleza. Algo de mi silencioso comentario puede haber captado porque no demoró en preguntar, ¿Tú crees que Gaspar es feliz? Un hombre que ha comenzado tantas cosas, continuó, y que no ha terminado ninguna porque no ha tenido la modestia ni la disciplina. Que ha roto con nosotros, ha roto sus dos matrimonios, especialmente el segundo, una muchacha encantadora, y sigue enredándose con mujeres como si estuviera embarcado en una competencia, que se ha distanciado de sus mejores amigos y además se ha desclasado porque ya nadie sabe adonde ni en qué anda, se expone a que se lo lleven detenido por las cosas que dice y además no sé por qué las dice porque no es un convencido de nada. Si tú supieras las oportunidades que Gaspar ha perdido, porque lo ha tenido todo, y créeme que nunca voy a poder entender por qué las ha perdido. *Tú que has sido o eres y para mí que todavía eres su admirador y que has viajado y tienes mundo ¿me lo podrías explicar? Si le gusta sufrir y pasarlo mal yo no puedo impedir que sufra y lo pase mal, ésa es cuestión suya. Pero arrastra en todo eso a la gente que lo quiere y le ha tenido confianza, la envuelve, la arrastra y pasa por encima de la gente. Su padre nunca fue así y yo no soy así. No sé a quién habrá salido. Es como si no fuera hijo mío. Ha pasado por encima de nosotros sin la menor consideración. Lo que más

me duele es que siendo bien nacido... mira, no quiero verlo, no quiero saber más de él, no me interesa saber en qué se gana la vida si es que se gana la vida en algo ni en qué anda ni con quién vive. Lo único que le deseo es que no hable demasiado y que no se lo lleven detenido o lo hagan desaparecer, eso se lo deseo sinceramente. Le deseo también que sea feliz. Si es que alguien como Gaspar puede algún día ser feliz. Lo que es nosotros, no queremos nada con él.

Aproveché la pausa y llamé a un mozo. Cogí un whisky y lo ofrecí a la agraviada madre, con la curiosa pero conocida sensación de que me había convertido en un médico de cabecera y le estaba dando un calmante a un paciente antiguo y estimable. Después pensé que yo también quería un whisky, pero el mozo se había alejado. Susana probó un trago, me miró, la misma mirada irónica de Gaspar, y dijo, algo más tranquila pero todavía obsesionada, es el colmo lo que nos ha hecho. Algún día, ahora que estás de vuelta en Chile, lo vas a saber.

NOSOTROS

Desde que el nosotros apareció por vez primera en el monólogo de Susana quise saber a quién se refería. En un cierto plano es evidente: ella misma, sus hijas, su hijo menor, dentro de poco iba a tener la ocasión de conocerlos a todos. Pero ese plano inmediato no puede considerarse exhaustivo. El uso del pronombre personal de primera persona plural apela siempre a la virtualidad que lo permite, al vínculo ideal que relaciona a las diversas partes componentes del conjunto, sin el cual no hay conjunto posible. Pero no podía interrumpir.

pirla para preguntárselo ni quise distraer mi audición para preguntármelo a mí mismo mientras la escuchaba. Eso vendría después. A medida que el monólogo avanzaba se me fue haciendo visible que el nosotros incluía también los abandonos (por inmodestia e indisciplina), las dos mujeres (especialmente la segunda) y todo un orden de personas, normas, etc., que el lector comprenderá mejor en el gráfico que sigue:

INVESTIGACIONES 1

El gráfico me ha dejado inquieto: ilustra un repudio colectivo francamente devastador y no me sorprendería que Gaspar, bajo cualquier apariencia que asuma, se sienta marcado con la A del adúltero y la M del mörderer, lo que es gravísimo cuando se está en mala situación económica.

Al respecto no poseo detalles, debo admitirlo; como Susana, ignoro en qué se gana la vida (si es que se gana la vida en algo, como ella misma duda) pero es un hecho cierto que no circula como en tiempos de la UP cuando tomó a su cargo los asuntos de su madre y convertido en administrador múltiple y equívoco se casó momentáneamente con Susana —su segunda y acaudalada esposa respondía, en efecto, al mismo nombre de su madre—, almorzaba en el Crillón y daba comidas vistosas en su casa con piscina, frecuentaba las discoteques, y no se perdía fin de semana en Zapallar, lucía corbatas extravagantes y planeaba negocios espectaculares que se deshacían como los cubos de hielo en los innumerables whiskies que le devastaban sus amigos de entonces. En una de mis venidas a Chile en aquellos tiempos difíciles me llevó a comer al Club de Golf. No puedo llevarte a mi casa, me explicó graciosamente, porque el mozo partió esta mañana. Lo tuve que echar, me agarró a patadas al perro. No era el mismo Gaspar de Cambridge, sobra decirlo, con su preocupación por la poesía y el subdesarrollo. Pero disfrutaba de su rol imprevisto y novedoso, eso saltaba a la vista.

Según me cuentan se le veía siempre en todas partes porque nunca estaba en ninguna, demasiado ocupado en sus propias cosas.

Una revisión sumaria de los papeles de esos años indicaría que, entre sus propias cosas, la principal eran los papeles mismos. El hombre tomaba apuntes como un enfermo, obseso por la transitoriedad de sus impresiones y por el espectáculo —“inverosímil” lo llama— del cambio diario que los sucesos políticos producían en lo que siempre había considerado un sistema estable de relaciones psicológicas con el mundo material. *We are such stuff as dreams are made on, and our little life is rounded with a sleep.* Sir, I am vexed, escribe por ahí, a la manera de un nuevo y anglófilo Pierre Menard.

INVESTIGACIONES 2 (UNA COMIDA)

Susana, (la segunda esposa, no la madre) anuncia matrimonio con un gerente de apellido impronunciable, menos aficionado a las corbatas pero más sólido, bancariamente hablando, que Gaspar en sus fugaces mejores tiempos. Lo acompaña en viaje de negocios a Colombia. Se la ve espléndida, netamente renovada, de buen humor, piel lozana, pelo negro lustroso, ropa a la última moda, hablando como un loro, nadie diría que alguna vez fue la mujer del impredecible Gaspar, y menos que nadie ella misma, lo cual debe ser la primera entre las muchas incógnitas no despejables de su vida. La he observado largamente, a todo lo largo de sus piernas, diciéndome que haría una magnífica actriz si sólo tuviera conciencia de aquella filmadora invisible que lleva en su interior y ante la que actúa sin descanso. Ya conoce mi interés por todo lo referente a Gaspar, no me caben dudas de que se interesa en mi frustrado matrimonio con la baro-

nesa Hohenzollern (en Santiago todo se sabe) y aunque manifestó entusiasmo por conocerme (dijo que se moría por los diplomáticos y que sabía de mis colecciones de mapas y monedas), me evade. De un modo algo histérico pero cabalmente encantador. No es para menos. Ya hablaremos de eso. No puedo forzarla y me va a resultar difícil fabricar otra comida como ésta.

INVESTIGACIONES 3

Por otra parte, me ha resultado fácil verificar que los servicios de seguridad disponen de antecedentes numerosos acerca de Gaspar. Pero son desconcertantes y contradictorios desde el punto de vista ideológico. Es indudable que un agente no es la persona más indicada para formarse un cuadro del estilo y las actuaciones de alguien como Gaspar. Pero se diría que están empeñados en algo como esto porque, para su infortunio, lo tienen bajo observación y parecen haber alcanzado cierta coherencia interpretativa recurriendo a la especie siempre útil y provechosa de la infiltración. Me lo han confirmado y no hay nada que hacer, salvo ponerlo sobre aviso —si uno supiera cómo y dónde— de que pesa sobre él la acusación de ser un submarino comunista especialmente comisionado para navegar bajo las aguas mansas y brillantes, si bien turbias y agitadas por la legítima defensa del interés creado, de la alta burguesía.

UN ENCUENTRO

Hubo un segundo encuentro con Susana (la madre) en la Librería Studio en Providencia. Yo salía, desalentado por

la escasez de libros extranjeros (1). Cruzada de brazos, Susana estudiaba la vidriera, con la atención dividida por los últimos Burdas y las novedades literarias nacionales (algo disminuidas en virtud del proceso que vive el país) entre las que, por cierto, no había ni habría podido haber nada de Gaspar, que, según entiendo, ya no escribe. Al ver que yo seguía la división de su mirada, Susana se sintió cogida en falta y dijo, qué tonterías tan grandes están llegando de afuera, a lo que yo repuse, así es, claro que sí, pero también qué tonterías más grandes están saliendo de adentro. Hace un par de años, observó, eran mucho peores ¿no te parece?

Naturalmente que admiré la perfección con que este intercambio se transformó en su propia cortina de humo y al mismo tiempo alcanzó resonancias no previstas. A la vez, entendí que si mi intención era llegar al tema de Gaspar (cuyos debatibles últimos trabajos, sea dicho en honor a la verdad, se publicaron bajo Allende y no le eran adversos) no debía referirme a su literatura. Prohibido estacionar en esa zona.

CORRESPONDENCIAS

6-XII-75 Hubo también otros encuentros casuales; tantos que me veo en la necesidad de hablar de correspondencias. Contraviniendo lo centrípeto de las respectivas fuerzas generacionales —Susana habría podido ser mi propia madre— y presumiblemente en obediencia a subterráneas e indecorosas corrientes gombrowiczianas, nos

(1) Que habría de ser pronto remediada por una importación masiva de best sellers norteamericanos (Nota de dic. 1977).

topábamos, como determinados a un raro destino, en todas partes.

7-XII-75 Acto oficial de entrega de premios en el concurso de pintura organizado por la Colocadora Nacional de Valores. Sept., 1974. (Un joven crítico de arte se acercó, visiblemente interesado, a saber de Gaspar. Ella dio una respuesta críptica. Está preparando un viaje, dijo, y cambió el tema).

Teatro Oriente.

Teatro El Golf.

Farmacia De La Cruz.

Banco Comercial de Curicó, Sucursal Tajamar.

Notaría Zaldívar. (Acompañada de dos de sus hijas, esplendorosamente rubias, y de un abogado chiquito, amable y discreto, que la guiaba con sonriente eficacia).

Anticuarios en Las Condes y Barnechea.

Jardín Lo Bórquez. (¿Crearás que nunca supe cómo se llamaban estas flores? Anémonas. Es curioso, en el campo había un macizo al pie de un crespón, delante de los paltos y naranjos de la huerta, las había puesto mi suegra y nunca supe cómo se llamaban. Anémonas).

8-XII-75 En más de una oportunidad me cupo presenciar demostraciones de afecto por la persona de Gaspar.

El observador escéptico podría atribuirles a la simple memoria ritual de una ciudad como Santiago, donde la gente siempre pregunta por la gente. Sin embargo era otra cosa, más certera y movediza, Gaspar tenía el poder de provocar algo especial en todo el mundo. Se recordaban con vivi-

dez los momentos o situaciones compartidas y se guardaba una impronta imborrable de su paso, porque Gaspar siempre pasaba, como un futurista obsesionado por el movimiento o como un cometa echando chispas, no se quedaba en ninguna parte, y sus amigos y conocidos despleaban al contacto con alguien tan próximo a él como su madre una gran curiosidad por el modo actual de su manera siempre sorprendente de tomar las curvas, siempre acompañado de mujeres hermosas, apartándose de pronto, y sin ninguna causa discernible para el observador común, de las rectas por donde se desplazaba con buen promedio y serena promesa de cubrir verdaderas pruebas de resistencia, o más bien de regularidad, para usar propiamente la jerga automovilística. A la vez, en el trasfondo de aquellas inquisiciones amistosas pude advertir alguna vez el brillo opaco de un disimulado resentimiento. Es indudable, Gaspar ha sido pródigo y generoso con sus cambiantes emociones, demasiado.

ESQUINAS

9-XII-75 Fue siempre en las esquinas donde advertí en mí la mayor tentación de hablarle a Susana (la madre) de Gaspar, y donde tuve la impresión más firme de poderlo hacer con éxito. Las esquinas poseen la rara virtud de acercar a la gente cuando está a punto de apartarse. ¿Cree-
rás una cosa? me dijo un buen día, en la esquina de Pedro de Valdivia con Providencia, si no tuvieras la pinta que tienes y si no fuera porque haces lo que haces, diría que eres de la DINA y me andas siguiendo, aunque nunca se sabe con los diplomáticos y como prueba están los rusos y

los mismos americanos. Es increíble la cantidad de veces que nos hemos encontrado en las últimas semanas. A lo mejor eres tú quien piensa que la agente secreta soy yo. Pero tampoco me encontrarás pinta de eso, espero. La única otra posibilidad es que entre una viuda que va para vieja y un joven separado de 40, porque tendré que decirte que eres joven, la vanidad de los hombres es peor que la de las mujeres, se esté gestando un romance. Estos son encuentros del destino, no cabe duda. Pasa mañana a tomarte un trago a la casa, ya sabes donde vivo, y te voy a entregar unos papeles de Gaspar.

Me quedé con un palmo de narices.

ENTREGA

10-XII-75 Durante la visita no hallé pie para hablar de lo que, invitado a esa casa por primera vez, me llevaba a la posesión de algo tan inesperado y oportuno como esos papeles. La atmósfera en otro sentido propicia, reverberante de objetos de familia, del living de Susana, excluyó, por un tráfico interminable de personas, toda posible intimidad. El departamento era holgado y seguramente disponía de otros espacios, repliegues arquitectónicos concebidos con diestra sutileza para expandir los más variados matices del espíritu, como diría Henry James. Pero no recurrimos a ninguno de esos invitantes refugios. Permanecimos, en cambio, insoportablemente expuestos a las entradas y salidas, diría más, a la inspección, de hijas, yernos, nietecitos desenvueltos y bien vestidos, y una amiga o prima disponible sin disimulo, una suerte de alter ego servicial de

nombre Meche, con la que mi anfitriona subió en algún momento al segundo piso. Fue entonces cuando, en medio del tumulto de mis pensamientos abandonados, entró la sirvienta. La señora le dejó una especie de libro en la mesita de entrada, me dijo. ¿Cómo?, le pregunté, ¿la señora salió? Todo era posible en esta antológica entrega. No, no. Pero me pidió que le recordara, para que no se le olvide cuando se vaya.

En total asimilación de los sentimientos de su patrona, la sirvienta enfatizaba mejor de lo que habría podido hacerlo ella misma la urticante incomodidad que había querido darle al momento; depositaba en mí algo que no aportaba a su obsesiva impugnación de Gaspar sino, al revés, no podía sino transformarse, y ella lo sabía, más que en un simple atenuante, en la base documental de una revaloración completa. Pero el deseo de exorcizar su imagen presente con una imagen del pasado y reconciliarse con el hijo y consigo misma le resultaba inconfesable y en el acto de darle curso se lo prohibía.

Mientras me preguntaba vagamente si venía al caso iniciar de inmediato el examen de la especie de libro, cogió mi atención, sobre una mesa de tres patas, una fotografía de los años 30, un hombre de rostro bondadoso y a la vez autoritario, investido de la prematura gravedad de hace cuarenta años aunque visiblemente más joven de lo que soy yo mismo, curiosamente militar en su aire de ensoñación disciplinada. Víctor, mi marido. Susana, entrando en ese momento, hablaba a mis espaldas, probando una vez más su capacidad de discernir la dirección de mi mirada y su vo-

luntad insuperable de mantenerse fuera del homenaje de que me hacía objeto.

CAJA DE PANDORA

13-XII-75 La especie de libro es una caja de madera y cartón grueso forrada en tela negra y sobreforrada en papel rosa pálido con aureolas azules, 30 cmts. de ancho por 31 cmts. de largo por 8 cmts. de alto. El lomo curvo y empapelado en amarillo ocre reza, The Barrister File/LETTERS/from (friends) to (Gaspar Ruiz)/Geo. E. Damon Co., 13 Pemberton Sq., Boston, just off Tremont St./Patented October 6, 1903.

En su interior hay un juego de hojas alfabetizadas, de la A a la Y-Z, con una hoja final rotulada Special. Cuidadosamente dispuesta entre las hojas hay una abundante correspondencia dirigida a Gaspar por todo orden de amigos y amigas entre los años 45 y 61. Tiende a concentrarse, muy notoria y misteriosamente, en 1956.

Lo segundo en llamarme la atención fue una nota anónima y sin fecha, escrita a lápiz por mano femenina, y archivada en la letra A: "Gaspar:/ al entregarme este/ libro me dijiste que me/ enseñarías una gran 'fe/ en el amor'. Gracias,/ tus '*actos*' me enseñaron mejor."

Me pregunto qué libro habrá podido provocar las re- criminationes de la jovencita herida.

14-XII-75 La caja, aportada de la manera que sabemos por la madre a la causa de la inmortalidad del hijo, me sumió en hondas cavilaciones. Por de pronto me vino a confirmar una vez más en la noción de que si hay una estructura en la "persona" de Gaspar, ella no está en la entusiasta sucesión de partidas en falso de su vida, sino, lisa y llanamente, en sus papeles. Se ha dicho más de una vez que Gaspar no es hombre de palabra. Pero ciertamente es hombre de palabras.

EL DOBLE TEXTO

21 y 28 de julio de 1956

Manuel detuvo su calmado paso frente a un grabado chino que colgaba encima de la chimenea: un pez rojo, largo y estilizado, con grandes ojos saltones y amarillos, y dos más pequeños, livianos y ágiles, persiguiéndolo desde un segundo plano, encuadrados en un marco delgado de laca. La suave penumbra de la sala, producida por dos luces indirectas, le impidió ver el color del fondo. Se inclinó sobre el grabado, sonriendo. Los peces parecían reales y causaban la sensación de que en un momento u otro, dando coletazos elásticos, se desprenderían del papel de arroz.

Se dio vuelta, y de espaldas a la chimenea, paseó la mirada

4 y 27 de agosto de 1956

Juan Enrique detuvo su calmado paseo frente a un grabado chino que colgaba encima de la chimenea. Un pez rojo, largo y estilizado, con grandes ojos saltones y amarillos, y dos más pequeños, ágiles y livianos, persiguiéndolo en un segundo plano, encuadrados en un marco de laca brillante. La suave penumbra de la sala, iluminada por dos luces indirectas, le impidió ver el color del fondo. Bebió un trago de su vaso de whisky y se inclinó sobre el grabado, sonriendo. Era hermoso. Los peces parecían reales y tuvo la sensación de que en un momento u otro, dando coletazos elásticos, se desprenderían del papel de arroz.

por la sala, deteniéndola en las cortinas de brocato gris que cubrían parte de un muro, en el gran biombo chino, negro y arañado por dibujos dorados, en la alfombra enrollada cerca del biombo, en las dos copias de pintores renacentistas, los muebles sencillos, cómodos y finos: un largo sofá color crema, algunos sillones, y unos taburetes del mismo color. Siempre le había gustado esa casa.

—Nunca te cansas de observar, Manuel—. Bárbara, sonriéndole, se acercó a él, llevando en su mano un vaso de whisky.

—¿Quieres? —le ofreció, acercándose a los labios. El rostro moreno, de trazos curvos, la nariz algo respingada y ancha en su base, las mejillas regordetas del muchacho de labios carnosos se tiñeron levemente de rojo. Sus ojos oscuros reflejaron desazón y luego una dureza que trató de suavizar sonriendo. Acercó con lentitud su mano firme y corta al vaso. En el momento de tomarlo, Bárbara, girando el rostro hacia el grabado, sin que Manuel pudiera notar si su intención era observarlo o dejar ver su perfil, levantó un poco los dedos y los apoyó ligeramente sobre los su-

Miró complacido todo aquello. Le agradaba la casa de la hermana mayor de su amigo Manuel. Lo hacía sentirse a sus anchas.

Juan Enrique tenía 20 años. Era un muchacho alto, bien formado, y vestía con simple elegancia. De pelo castaño, rostro de líneas rectas y firmes, mentón cuadrado, seguro, labios delgados y boca grande. Cejas espesas, ojos verdes y penetrantes.

Buscó entre las parejas que bailaban a María Valentina. No viéndola, se empinó y trató de ver sobre las cabezas de los bailarines si ella estaba sentada en alguno de los sillones. Conversaba con Manuel, en un rincón. Llegó hasta ellos. —Valentina, ven a ver este grabado chino— y tomándola de la mano la ayudó a levantarse. La muchacha sonrió, complacida. Manuel, resignado.

Este Manuel. Compañeros de colegio y ahora de Universidad, cursaban Tercer Año de Leyes. Juan Enrique lo apreciaba, tantos años juntos, tanta vida en común. Era lógico apreciarlo.

Juan Enrique y Valentina llegaron hasta el otro extremo

yos. El muchacho, aparentando no advertir el contacto, se desprendió de él con nerviosa brusquedad, llevándose rápido el vaso a los labios.

—¿Te gustan los grabados chinos? preguntó Bárbara, con entera naturalidad. —Este no lo habías visto y tampoco uno que hay en la salita y otro que puse en el dormitorio. Los compré la semana pasada, Felipe casi me mató, te contaré, porque me costaron carísimos. —¿Este es el que te gusta? —preguntó, estirando el brazo para volver a tomar de manos de Manuel el vaso de whisky.

—Sí, por supuesto que me gusta, claro que sí. Es bonito.— Le parecía mucho más que bonito el grabado, pero Bárbara, la esposa de su primo Felipe, le impidió decir lo que realmente sentía. Cuando Manuel pensaba en Felipe, en sus conversaciones, donde se abría con una franqueza tal que había llegado a conocerlo y comprenderlo quizá como nadie, no podía menos que tenerle compasión. Había puesto todas sus esperanzas en Bárbara, y había llegado hasta el matrimonio con ella, sin suponer siquiera lo que ahora Manuel estaba viendo.

de la sala y se inclinaron sobre los pescadillos. Ella lo miró, segura de sí misma. No cabía duda. Su "adorado" Juan Enrique estaba en sus manos, al menos por esa noche. Su conversación con Manuel lo había puesto celoso. Pero no era sólo eso lo que había pretendido. Había querido gozar un poco a costa de Manuel. Bien sabía que el pobre soñaba con ella casi a diario.

Sus largos dedos se posaron en los tirantes de su vestido y los levantaron un poco, luego alisaron su cabello corto y claro. Sus grandes ojos castaños se volvieron a Juan Enrique. Era poco más baja que él, su cuerpo era esbelto, sus pechos firmes y suaves, cintura angosta, caderas redondeadas. Acercó su tez mate, su nariz corta y delgada, sus labios rojos y sensuales a Juan Enrique y le rozó la mejilla. (El muchacho sintió que una horrible alegría lo llenaba, Manuel los debía estar mirando). La tomó del brazo y la llevó hasta una pequeña sala contigua.

Manuel estaba, efectivamente, mirándolos, y al ver el beso y la sonrisa que no supo interpretar, su mano crispada se al-

Bárbara tenía 25 años, cinco más que él. Ojos verdes, con un brillo juguetón en las pupilas, largas pestañas, tez mate y cabellos rubios, cortados atrás a la altura de la nuca, formaban ondas a uno y otro lado de la frente y cubrían las orejas. Manuel le alcanzó el vaso, mirándola con fijeza, el ceño fruncido. Ella, un poco confusa, entreabrió sus labios sensuales y bien dibujados, pintados de rojo fuerte, para dejar salir un —¿No quieres más?— en el instante en que las manos de los dos sostenían el vaso.

—No, gracias —respondió Manuel, ahora sin poder ocultar su molestia. Jamás habría aceptado las insinuaciones de Bárbara. Además, estaba enamorado de Gloria y las insinuaciones no ejercían efecto sobre ninguna parte de su ser.

Bárbara atribuía esta resistencia a la timidez de Manuel y también al temor que debía tenerle a Felipe. Pero Felipe no estaba en su casa, ni siquiera estaba en Santiago. En cuanto a la timidez, bien podría ser vencida. Se dio vuelta, colocándose de manera que Manuel pudiera apreciar su perfil, todo su perfil, el de su rostro, su nariz fina, la

zó para alisar nerviosa su pelo negro. Dejó el sillón y sacando un cigarrillo, que encendió con brusquedad, se fue hasta las cortinas. Quiso taparse los oídos para no oír los saxofones de Billy May, que parecían decir que todo era alegría, simplicidad y optimismo. Levantó las cortinas y abriendo la puerta de vidrio salió al jardín. La brisa fría de invierno —era el mes de mayo— azotó su rostro moreno, de trazos curvos, su nariz algo respingada y ancha, sus labios carnosos, sus mejillas regordetas. A zancadas firmes llegó hasta un grupo de árboles bajo los cuales había un banco. Subiendo el cuello de su chaqueta, se sentó apretando los puños. ¿Por qué diablos María Valentina prefería a Juan Enrique? Porque era brillante, porque era buenmozo, su éxito entre las mujeres, sus estudios excelentes, su promisorio porvenir. Estaba recién en Tercer Año, y ya era Presidente de la Federación de Estudiantes de Derecho. Sus tendencias socialistas, que no eran más que una pose, le daban un aire excéntrico, que despertaba interés por él. ¿Cómo podía él, con sus ambiciones, con su independencia y su frialdad, ser

tenue hendidura que la separaba de la frente, sus labios sensuales, su barbilla quebrada con suavidad, su cuello esbelto, sus pechos apretados, la curva del vientre, la angosta cintura y las nalgas redondas y firmes, que el vestido marcaba con crudeza. Un cuerpo pequeño, ágil y hermoso, que Manuel se había prohibido. Los ojos de Bárbara se pasearon por la sala, volviendo a darse cuenta, como si recién hubiera entrado en ella, de las diez o doce parejas que bailaban en la semioscuridad, de otras que conversaban sentadas en los sillones o en el suelo, del permanente rumor de sus voces, de la música que salía del tocadiscos. Un trío de piano, contrabajo y trompeta, dejaba salir las cadencias de un blues. Cuando creyó consumado el efecto del primer acto de su pequeña comedia, Bárbara volvió a enfrentarse a Manuel, quien con las manos en los bolsillos, se había mirado la punta de los zapatos y había vuelto a mirar la sala, no observando nada, apenas entreteniendo los ojos para no mirar a Bárbara.

Bárbara le sonrió, enfrentándolo al nacimiento de sus pechos

un socialista honrado? Hablaba maravillosamente bien, sabía convencer, sabía dominar, no tenía prejuicios ni trabas de ninguna especie. Ahí estaba la explicación de sus éxitos.

El sabía de qué manera se las había arreglado Juan Enrique para que el abogado con que trabajaba en las horas libres ganara aquel complicado proceso de contrabando de whisky.

Sin embargo, Manuel lo estimaba. Había compartido tantas de sus ambiciones, triunfos y dolores. Conocía más que nadie la vida de su "amigo", como siempre lo llamaba.

Sí, merecía ese calificativo. Manuel siempre le buscaba explicaciones a sus defectos. Sabía que no estaba enamorado de María Valentina, pero atribuía sus relaciones con ella a sexo, a vanidad, y perdonaba el hecho de que para Juan Enrique esto fuera más importante que la lealtad para con él.

y a la curva de sus caderas. Era el segundo acto.

Manuel, mirándola, acumuló aire en sus pulmones, para decir, con permiso, Bárbara, voy a ir al baño (le parecía ésta la única razón que podía dar para irse a la cual ella no podría oponerse de ningún modo posible), pero Bárbara habló antes. —¿Bailemos, Manuel?

Era el tercer acto:

—Oye, Bárbara, es que tengo...

—Ay, Manuel, no seas tonto—. Ella contemplaba la figura alta y delgada, los hombros cuadrados y macizos, las caderas angostas y las piernas largas del muchacho. Ya se había acercado hasta muy junto a él, y habiendo dejado el vaso de whisky sobre la repisa de la chimenea, había alargado el brazo y estirado la mano, en actitud de tomar la suya.

—... Bueno —fue la vacilante respuesta de Manuel.

Cargando con displicencia el peso de su cuerpo sobre un hombro afirmado en la pared y sobre una piedra o pierna recta (la otra doblada por la rodilla y cayéndole flojamente encima), Juan Enrique dejaba salir lentas y largas bocanadas de humo de

su boca grande de labios delgados. Había contemplado atentamente desde su rincón, el más oscuro de la sala, lo sucedido entre Bárbara y Manuel, sin alcanzar a oír palabra de lo hablado entre ellos. Juan Enrique sonrió. Había notado las vacilaciones de su amigo, había comprendido la comedia de Bárbara y había observado, tenaz, a la pareja. Ahora sonreía, casi con felicidad. Para Juan Enrique era insoportable la firmeza de su amigo. Habían sido compañeros de colegio durante tres años, y ahora, pese a que él estudiaba Leyes, cursando el Tercer Año, y Manuel estudiaba Medicina, cursando también Tercer Año, se veían seguido y durante todo este tiempo, durante estos seis largos años, Manuel había ido siempre más allá que él en materia de estoica resistencia a las seducciones femeninas.

PLATÓN O CORÍN TELLADO

15-XII-75 Si alguien se inclinara a pensar que la prosa de nuestro narrador en julio y agosto de 1956 es anticipatoria y prefigura los aciertos mundiales de Corín Tellado, incurriría en error craso. Corín Tellado ya era moneda constante y sonante hacia 1956. Hay testimonios. Por ejemplo el de su hermana Teresita. Me asegura que en 1954 asistió a un té de colegialas donde se verificó la ocultación de 15 piezas de la notable escritora en un total de 12 bolsones. Gaspar profesaba un desprecio manifiesto por el gusto literario de sus hermanas. Hay testimonios: "Hasta cuándo me dices que leo puras mugres. Eres un pesado. Además, leeré mugres pero no leo latas". Teresita, desde Hacienda Canadá, Collipulli, 14-II-56. (Por lo referente a sus propias amigas, si leían a Corín Tellado tenían especial cuidado en disimularlo. Gaspar parecía reducirlas a la inclinación por la filosofía, y en particular engendraba en ellas versiones conmovedoras de Platón. Un botón de muestra (15-XII-56).

"No sé qué contarte. Si te fuiste solamente anoche pero ¿sabes? voy a contarte un sueño. Iba caminando por la playa descuidadamente cuando de repente una fuerza inmensa me chupó por un hoyo para adentro. Descendí y descendí y descendí hasta que por fin topé fondo. Allí me encontré con mucha, mucha gente. Gente que vivía allá y luchaba desesperadamente por un mismo fin. El de ver la luz. Primero estaban los más poderosos sentados en un trono inmensamente alto. Esos no luchaban por nada porque veían la luz. Luego venían otros que estaban abajo de ese trono, y por lo tanto no alcanzaban a ver la luz. Pero eran demasiado flojos y no hacían más que dormir permaneciendo

así en la oscuridad. Al lado de éstos estábamos otros bajo el trono, igual que los anteriores. Pero no dormíamos, sino que tratábamos vanamente de cortar las malezas que nos oscurecían la luz. Pero por mucho que cortábamos otras malezas volvían a surgir. Nosotros le clamábamos ayuda a los del trono y ellos se esforzaban por hacerlo, pero siempre desde arriba, sin querer descender más abajo para conocer nuestro mundo y así comprendernos. Entonces te vi a ti, Gaspar, que estabas peleando igual que yo. Los dos separados no hacíamos nada y forcejeábamos mucho, pero nos juntamos y empezamos a botar malezas y más malezas hasta que divisamos un rayito de luz. En esto vi a mi mamá con una taza de desayuno y me di cuenta que había empezado nuevamente la triste realidad”).

Con toda certeza, Gaspar ignoraba, y más allá de su condición de fenómeno, todavía ignora a Corín Tellado. De manera que cabe hacer referencia al fenómeno de la contaminación ambiental, del que son tan inocentes o tan culpables los emisores como los receptores y hasta el mismo Platón, todos en su condición de tales, en su condición inversa, y en su condición de respetable público.

DE UN TEXTO AL OTRO

No queda enteramente claro cuál de los dos textos (el de julio o el de agosto) sea el que despliega mayores muestras de la contaminación dicha. Pero queda claro que el segundo quiere anular al primero, puesto que representa un atentado para desplazarlo.

16-XII-75 Ahora bien, parece indudable que al segundo lo preside la insatisfacción, lo que se explica a partir de los contenidos de la caja de madera y cartón grueso. Tal es la masa de información acerca de los acontecimientos en curso en el círculo de Gaspar durante 1956, tal la cantidad de sucesos pasionales y espirituales (por no decir policiales: la ley se ve en todo esto bajo permanente amenaza) que testimonian desde el interior de la caja la intensidad de los pasos de Gaspar Ruiz y lo audaz y desesperado de algunos de sus saltos, que no podemos menos que simpatizar con Bárbara y Manuel por la abrumadora carga de confusión emocional que sobrellevan sin poderlas comunicar en absoluto. A saber.

18-XII-75 A Manuel "siempre le había gustado esa casa". "Cuando pensaba en Felipe, en sus conversaciones, donde se abría con una franqueza tal que había llegado a conocerlo y comprenderlo quizá como nadie, no podía menos que tenerle compasión: Había puesto todas sus esperanzas en Bárbara y había llegado hasta el matrimonio con ella, sin suponer siquiera lo que ahora Manuel estaba viendo". "Bárbara tenía 25 años, cinco más que él", y seis más que Gaspar, quien traspasaba a sus personajes principales su propia edad y su pasión discipular por las casadas jóvenes. Pero Manuel "jamás habría aceptado las insinuaciones de Bárbara. Además, estaba enamorado de Gloria y las insinuaciones no ejercían efecto sobre ninguna parte de su ser". "Bárbara atribuía esta resistencia a la timidez de Manuel y también al temor que debía tenerle a Fe-

lipe". "Pero Felipe no estaba en casa, ni siquiera estaba en Santiago. En cuanto a la timidez, bien podría ser vencida".

¿Quién es este Felipe que en 1956 no figura para nada? ¿Será Juan Gabriel, con su modestia consagrada por la tradición de las mejores costumbres, que ahora no sólo no se conforma con una presencia discreta, decide ausentarse y, todavía más, ocultar su identidad bajo un nombre fingido, un seudónimo tan suave que es casi un anónimo?

Otro tercero en discordia, de presencia tanto más eficaz que el agraviado Felipe, es nuestro conocido Juan Enrique, aquel de las "cosas", a quien se le concede una amplia mirada retrospectiva, acceso a la información, poder.

Es displicente, el cuerpo le pesa, afirma el hombro en la pared, o la pared con el hombro y se carga sobre una "pierna recta" que debe ser muy firme, tal vez un símbolo fálico porque además el texto en un lapsus señero la llama primeramente "piedra" (Recordemos la expresión vulgar "botar la piedra"). El tipo se cree la muerte, "deja salir lentas y largas bocanadas de humo de su boca de labios delgados", como un mefistófeles de tira cómica, y contempla lo sucedido "atentamente desde su rincón, el más oscuro de la sala". Como si esto fuera todavía poco, sonrío, "casi con felicidad" ante la inminente rendición de su amigo que, hasta entonces, "había ido siempre más allá que él en materia de estoica resistencia a las seducciones femeninas".

A propósito de este pecaminoso estado de ánimo, confirmamos que ambos han sido compañeros de colegio, lo precisamos ("durante tres años"), y nos enteramos que a la sazón estudian respectivamente derecho y medicina.

20-XII-75 Sabemos que Gaspar Ruiz se ha dado la recomendación expresa de "ir con calma" y "trabajar sin apuro" en esta "novela autobiográfica hasta cierto punto". Pero es claro que no puede cumplirla porque la impaciencia se lo come vivo: a los pocos días suplanta esta escena por otra. Tal es su apremio que modifica el papel de las piezas en el juego, adelanta el invierno al mes de mayo, unge presidente de la Federación de Estudiantes de Derecho a un alumno de tercer año, y por último, con el solo respaldo de la autoridad de Manuel (quien por alguna razón le parece merecerla) y utilizando su conciencia como vertedero, entrega antecedentes difamatorios acerca de Juan Enrique. Lo convierte en socialista y al mismo tiempo en cómplice de contrabandistas de whisky, curiosísima aunque no inédita combinación (Lenin también tuvo su especulador) que sólo podemos atribuir a la indignación de Manuel (más bien que al conocimiento de Lenin) de quien el texto, por haberse medido en su conciencia, se ha convertido, como un abogado del diablo, en portavoz (de Manuel, no de Lenin). Ocurre con el texto que defiende los intereses de su cliente del momento. No podríamos decir que ofrezca este comportamiento meretriz a cambio de honorarios —los alegatos de esta querrela se encuentran investidos de una gratuidad formidable— a menos que quisiéramos ver alguna forma singular de lo vicario, algún tipo de secreto aunque pingüe emolumento moral injertado en ellos mismos.

En julio era según la perspectiva del futuro abogado Juan Enrique que en definitiva ordenábamos el juicio acerca de la situación. En agosto, la parte demandante recae

sobre Manuel. Ya no estudia medicina como lo hacía en julio: en consonancia con su nuevo rol ha pasado a ser otro estudiante de derecho. Es un tipo ferozmente agraviado y por mucho que lo sepamos borroneado esencialmente no está para cruzarse de brazos. O por lo menos no lo están sus "reacciones íntimas", como usualmente se designa al sofocado tropel de los impulsos de reivindicación que se disputa el predominio del fuero interno de un individuo en ocasiones como la presente. Pero ocurre aquí que el fuero interno, ese derecho de actuar de puertas adentro sin efecto ni consecuencia impugnabile desde el punto de vista jurídico, se rebasa a sí mismo al expresarse en palabras y egresa a la esfera donde debe o puede ser juzgado.

El agravio de julio radica en el acoso violatorio de que Manuel es objeto por parte de Bárbara, quien asume en esta oportunidad la persona agresiva y resuelta de Gloria, despidiendo a un plano inapelablemente secundario su afinidad con Valentina (o María Valentina) y poniendo a Manuel en el más ridículo de los predicamentos. Cuando se nos dice que Manuel "jamás habría aceptado las insinuaciones de Bárbara" que "además, estaba enamorado de Gloria y las insinuaciones no ejercían efecto sobre ninguna parte de su ser", el texto pone en evidencia su voluntad decidida (y a la vez impotente) de reprimir la conducta del personaje: el borrón de nuevo: no quiere que Manuel comprenda: en este momento crucial Bárbara es Gloria no asociada todavía a Juan Enrique, a nadie en particular, vale decir, Gloria disponible. En cambio transforma a Gloria la deseada, y bajo su propio nombre, Gloria, en el signo de la prohibición.

23-XII-75 Por otro lado, es falso de falsedad absoluta que las insinuaciones “no ejerzan efecto sobre ninguna parte de su ser”. Pruebas al canto:

“Cuando creyó consumado el efecto del primer acto de su pequeña comedia, Bárbara volvió a enfrentar a Manuel, quien, con las manos en los bolsillos, se había mirado las puntas de los zapatos y había vuelto a mirar la sala, no observando nada, apenas entreteniendo los ojos para no mirar a Bárbara”.

Eso de “entretener” los ojos es una pura coartada para distraer de sí la mirada de Bárbara: es indudable: cuando una persona está entretenida en algo la atención de todo testigo presencial se vuelca hacia aquello que la entretiene, y con curiosidad intensamente celosa si el testigo ha pasado a serlo desde un rol estelar como, en este caso, Bárbara. Y Manuel debe tener sumo interés en que Bárbara mire la sala o lo que sea mientras no advierta que se ha llevado las manos a los bolsillos ni registre (horror) la causa de esa iniciativa desesperada.

En aquellos tiempos los adolescentes se desvivían por vestirse como caballeros adultos. En reuniones como la de esta escena era de rigor el traje oscuro y cruzado, en lo posible azul, con mucha hombrera y pantalones anchos en la cintura. Para que la caída del pantalón fuera impecable todo padre que se respetara aconsejaba (o imponía) la proscripción del cinturón y el uso de los suspensores o tirantes (además del uso de otra prenda elástica destinada a mantener algo más en su sitio: las ligas para los calcetines. Estas eran de dos tipos: unas abrazaban la pantorrilla y otras se prendían al borde inferior de los calzoncillos. Estas últimas pro-

ducían una tensión gratísima a lo largo de las piernas pero a la vez mordían los pelos, lo que, dentro de todo, tampoco resultaba ingrato porque la existencia de pelos acreditaba virilidad). Solía ocurrir que por descuido materno en la mantención de la ropa —siempre los descuidos maternos— los botones sueltos se cortaban en el momento más inapropiado y el sujeto debía llevarse las manos a los bolsillos y mantenerlas en los bolsillos para evitar que una pierna del pantalón se le viniera al suelo en presencia del público. De manera que, en principio, no habría fundamento para invalidar la presunción de que Manuel procede en esta forma por la sola necesidad de sujetarse los pantalones, algo comprensible en aprieto como el que le aqueja. Pero habría otras razones u otra razón, que el respeto a la verdad histórica impone consignar. Un testigo de los tiempos, el fallido novelista peruano Gonzalo M. Lizárraga G.P., escribía a Gaspar Ruiz desde Lima, el 21 de agosto de 1956:

“Detesto las derechas y las izquierdas. La forma de gobierno federal me parece la mejor. Me parece que una política de inmigraciones, para el Perú, al menos, serviría de mucho. Las mujeres ocupan gran parte de mi tiempo y se puede decir que todas mis actividades giran alrededor del sexo opuesto. Soy de tipo bastante sensual y necesito poco para encontrarme bastante excitado, motivo de bochorno e incomodidad en ciertas situaciones”.

¿Será, entonces, que Manuel, excitado como el distinguido y excitable corresponsal peruano de Gaspar, debió llevarse las manos a los bolsillos para disimular el bulto de su excitación? Suponemos que tenía la chaqueta puesta, tanto

porque no se nos dice lo contrario como porque habría sido insólito quitársela en reunión como la presente, por cuestiones climáticas —estamos en invierno, aunque la casa puede presumirse bien calefaccionada— lo mismo y principalmente que por cuestiones de etiqueta. Según algunos, la chaqueta era escudo suficiente contra el bochorno. Lo comprueba otro corresponsal de Gaspar. El joven agricultor Manuel Bunster, autoridad considerablemente más cerril que el cívico Lizárraga, le escribía desde la Hacienda Licura en Mulchén, 27-II-56:

“Cuando estoy en Santiago nunca llego sin chaqueta a la piscina del Golf porque no me gusta que se me note cuando se me para el pico con las niñas que se están asoleando”.

24-XII-75 Pero el Manuel que nos ocupa sustenta una posición más radical que su homónimo. Su comportamiento manual demuestra que para sus gustos la chaqueta es insuficiente. “Con las manos en los bolsillos se había mirado las puntas de los zapatos”. El orden sintáctico es inequívoco: luego de añadir a su rebelde volumen culpable el volumen supernumerario y encubridor de sus manos supervisa los efectos mirando hacia abajo, vale decir, recurre a las puntas de sus zapatos, como si éstas fueran miras para mensurar por referencia los desniveles de su fachada. Se diría que una vez cumplidos estos trabajos de topografía corporal experimenta un alivio relativo. Así debería ocurrir puesto que según afirmaciones previas Manuel sería “hombre de virtudes más bien que de cosas” y no hay precedente de que hombre alguno haya debido crearse volúmenes artificiales en la zona de la pelvis para tapar sus virtudes, salvo que demos

vuelta la frase y afirmemos con San Agustín que las cosas *son* virtudes. Así las cosas, o las virtudes, no hay alivio. "Bárbara le sonrió" es la frase que sigue. Le sonrió para aliviarlo ella, qué duda cabe, y sobre todo para aliviarlo respecto del tenor terrible del resto de la frase porque le sonrió "enfrentándolo al nacimiento de sus pechos y a la curva de sus caderas". Así, sin darle respiro, lo ha sometido al "segundo acto". Entonces, "Manuel, mirándola acumuló aire en sus pulmones, para decir con permiso, Bárbara, voy a ir al baño".

Calma, no es que todo haya desembocado ya en el diluvio universal. A Manuel "le parecía ésta la única razón que podía dar para irse a la cual ella no podría oponerse de ningún modo posible". Sabemos que Bárbara, plenamente percipiente de su promontorio, le impide materialmente su singular escape, se le acerca "hasta muy junto a él", dispuesta y abierta, con esa maravillosa generosidad femenina que supera todos los problemas de lavandería, a recibir el diluvio sobre sí en caso de que la explosión no pueda aplazarse los segundos necesarios para alcanzar algún cuarto apartado y recibirla dentro de sí.

Pero analicemos la intención de Manuel. Si lo que pretendía, embarazado como estaba, era desembarazarse de Bárbara, habría podido, simplemente, apretar. Es el método no por oprobioso menos eficaz al que se recurre con mayor frecuencia en casos de peligro extremo. Habría podido, por ejemplo, gritar, ¡Bárbara, se murió mi abuela! y dejar la fiesta sumida en un ambiente fúnebre o estupefacto. Alternativa más funcional para distraer la atención de su afligida persona habría sido, por ejemplo, llevarse las manos a la cara y exclamar, ¡Bárbara, el perro se cagó en la alfombra!

Pero ninguno de ambos expedientes lo habría liberado del suplicio chino del empalamiento en su propia picana. A tamaña altura de los acontecimientos no quedaba otra opción que reducirlos, rápido, y en el secreto aséptico de un recinto recubierto de baldosas blancas y bien provisto de corrientes de agua y desagüaderos. Triste opción, pero deseable desde el punto de vista de una política de buen vecino o de buen primo. Después de todo, se jugaba aquí una cuestión de convivencia y criterio. Según escribía Héctor Precht a Gaspar Ruiz, con sabiduría precoz para sus años, "No se puede comparar la trascendencia de un polvo con la trascendencia de una paja". (Valparaíso, 15-V-56).

No sabemos, en esta oportunidad, cómo habrá sido el desenlace. El texto mismo no lo sabe o si lo sabe se lo guarda porque se interrumpe: en el fondo, no es otra cosa que un coitus interruptus. Impedido de continuar, se ve forzado, inevitable e implacablemente, a empezar de nuevo. La táctica se replantea. Ya que en julio Manuel sostuvo o iba en vías de sostener la defensa de su castidad al precio humillante de vaciarse en sus propios calzoncillos o su agobiada mano diestra, en agosto se le dispensa del trámite y se le permite defender esta consagrada versión de la integridad personal a cambio del sometimiento a un trámite diverso. No hay escapatoria. Ahora se le despoja de Bárbara transformada en la gentil María Valentina y por ello elemento receptivo más bien que activo de la seducción. Pero María Valentina no repara en el virginal María y se deja manosear (por Juan Enrique) como una putinga cualquiera. My God, what a world. Diríamos que toda esta gente es igualmente vulnerable al vicio si no fuera porque sabemos que María

29-XII-75 **Valentina no es María Valentina.** Según el proyecto inicial, 1956, "Gloria se llamará María Valentina" y se interesa en Manuel "para tratar de recuperar a Juan Enrique y porque lo usará como esclavo": esto último se cumple y con creces en el ascendiente que le hemos comprobado sobre sus partes, supuestamente inafectadas.

Juan Enrique, el fálico mefistófeles, aunque ha sonreído "casi con felicidad", no se ha saciado con las "vacilaciones de su amigo" (si es que cabe llamar "vacilaciones" a su enérgica erección). La satisfacción de la "cierta envidia" que le ocasiona la "pureza de sus sentimientos" al percibirlos a punto de estallar en una tormenta de blancura es algo pero no es todo; pide más, como un vampiro, pide sangre: y bajo las propias narices de Manuel le levanta a María Valentina. Lugar de los hechos, el mismo: el grabado chino se describe morosamente y de manera idéntica en ambas escenas, aun cuando no es en modo alguno la pieza artística de mayor valor: desde la perspectiva de la escritura parece sin embargo serlo porque es la única que se traslada al segundo texto, del que ha desaparecido todo lo demás, a saber:

cortinas de brocato gris (cubren parte de un muro),
gran biombo chino
alfombra (enrollada)
copias de pintores renacentistas (2)

Podría pensarse que estos objetos se han vendido entre julio y agosto por dificultades económicas. No creo que sea la idea, diría más bien que la idea es mostrar un ambiente situado por principio más allá de este orden de contingencias engorrosas. En todo caso, durante el gobierno de Ibáñez

la inflación fue galopante y el interés bancario se mantuvo bajo, de manera que vender cuadros o biombos o alfombras para seguir tomando whisky habría sido inconcebible en estos jóvenes que no por jóvenes dejaban de heredar una habilidad infusa en materia financiera. También ha cambiado el disco. En julio, "un trío de piano, contrabajo y trompeta deja salir las cadencias de un blues". En agosto, contrastando con la desesperación de Manuel, "los saxofones de Billy May... parecían decir que todo era alegría, simplicidad y optimismo". Ciertamente, Billy May,ailable de gran éxito hacia fines del 50, carece del cachet del anónimo trío de piano, contrabajo y trompeta, cuya identidad sólo debe conocer el ausente Felipe-Juan Gabriel, indiscutible aficionado al jazz y a las grabaciones exclusivas.

Dicho descenso en la calidad del gusto se debe a que la casa ha cambiado de dueño. Podemos, en efecto, observar que en agosto la casa ya no es de Felipe sino "de la hermana mayor de Manuel", siendo éste, según recordamos, no más que un "antiguo compañero de colegio" de Juan Enrique: un outsider, como se estableciera en su momento, promovido al grupo por el ascendiente de Juan Enrique y ahora promovido por el texto, aunque sólo a través de su "hermana mayor" (o tal vez del marido de ésta), a una posición económica expectable. La promoción ha sido demasiado rápida y la actual dueña de casa no ha tenido el tiempo de afinar preferencias. Aquí ha de estar la causa de que tenga irresueltos los problemas decorativos o bien de que el texto, prefiriendo no dejar testimonio de perdonables aberraciones, se haya rehusado, movido por solidaria parcialidad, a consignarlas por escrito.

De todas suertes, a Juan Enrique no sólo “le agradaba” la casa en cuestión, como a Manuel, a quien “siempre le había gustado”. Juan Enrique, sabiéndose padre del ascenso de Manuel, se siente “a sus anchas” en ella. Sin la delicadeza de ese artista ideal que sabe separarse de su creación, Juan Enrique actúa como un patrón e invade sin miramiento alguno esta amable residencia. Si observamos cómo lo hace, convendremos en lo inicuo de su rapaz metodología.

30-XII-75 La “hermana mayor” de Manuel no está presente en la recepción pero estándolo él mismo se supone que debemos verlo como su representante acreditado: no es en calidad de tal como lo trata Juan Enrique, quien se echa al bolsillo las obviedades más elementales del protocolo. Se “empina” por sobre las cabezas de los bailarines, como si estuviera en el estadio, hasta que descubre a María Valentina, conversando con Manuel “en un rincón”. Si están en un rincón es porque lo han buscado, para disfrutar del mínimo de intimidad permisible en una sala llena de gente. Juan Enrique llega hasta ellos (seguro que abriéndose camino a codazos y zancadas), con absoluta impudicia toma a la muchacha de la mano y “la ayuda a levantarse”, a la muy fresca, que “sonrió complacida” y que a ojos vista no esperaba sino que la levantarán. Y mientras el por segunda vez vejado Manuel sonríe “resignado”, este infractor sinvergüenza la invita, Valentina, ven a ver este grabado chino, lo que no tiene nombre en punto a descaro.

Sabemos que nuestro Juan Enrique se considera el donante de los prestigios aludidos por el grabado chino pero no incurramos, por favor, en la debilidad de perdonarle,

por esta razón sin fundamento, tropelías como la indicada. No hagamos cuestión, por ahora, de la impía venalidad de María Valentina: es, al fin de cuentas, hija de Eva. Sigamos con Juan Enrique. En el acto de perfeccionar su inmunda jugada se permite exclamar en un tonito de perdonavidas no menos irritante porque se lo guarde para sí, "Este Manuel... lo apreciaba, tantos años juntos, tanta vida en común. Era lógico apreciarlo". Y luego de un coqueteo o cogoteo particularmente chocante porque se realiza en público y para beneficio de Manuel ("sintió que una horrible alegría lo llenaba: Manuel los debía estar mirando" —frase piadosamente atenuada en el original por un paréntesis digno del mayor encomio ya que tratándose de mugres como esta no es decente enfatizar memoria) "la tomó del brazo y la llevó hasta una pequeña sala contigua". El sí —por supuesto— él puede, el muy miserable, permitirse el lujo de la intimidad de las pequeñas salas contiguas, y para colmo en casa ajena, mientras el pobre plenipotenciario debe conformarse con la endeble intimidad de los rincones a la vista del mundo entero.

Este es, en suma, el agravio de agosto.

31-XII-75 Como escribe Mary McCarthy, la mayor parte de los hombres que han llegado al socialismo lo han hecho por alguna compulsión demasiado humana: porque han pasado mucho tiempo sin trabajo o porque son solitarios o están sexualmente insatisfechos o porque han nacido en el extranjero o porque son raros en una de cien maneras amargas e irremediables.

Juan Enrique no parece asimilable a ninguna de estas categorías pero si aceptamos nuestro parcial desconocimiento

de su dudosa persona bien podríamos pensar en la última: cuando menos el tipo es raro. En primer lugar, su cocktail de socialismo y whisky no deja de ser una rareza. El whisky es preferible solo o con hielo y/o agua (natural, gaseosa o mineral) a todo lo más con jugo de limón: aunque los norteamericanos suelen agregarle ginger ale y si estudiamos el asunto en *La Buena Mesa* daremos con gran cantidad de multívocas combinaciones. Pero el red whisky, como podríamos en propiedad llamarlo, parece ser algo privativo de Juan Enrique. Se nos dice de este personaje que es un "seguro triunfo" "en la vida": no en un momento o período de la vida, sino en la vida a secas o en general. Esta admirable condición se diría incompatible con mezcla tan indigesta y explosiva como el red whisky, en sí misma un batazazo y por lo tanto transitoria. Nos inclinamos, para terminar, a presumir en el red whisky una invención del texto, propia del partidismo poco ecuánime que hemos detectado en su comportamiento.

INVENCION

Se ha dicho que la invención es un proceso de mística fusión de los vértices o tangencias de dos o más elementos dispares o contrapuestos en la constitución de un tercer elemento, novedoso e inesperado, metáfora. No habiendo inventado nunca nada (ni menos el red whisky) puesto que somos meramente recogedores de objetos encontrados, no lo sabemos. Pero la noción de que habría elementos dispares o contrapuestos que se funden, de que habría un origen

externo a la fusión, a su vez origen ella misma, nos resulta grata y nos lleva de vuelta a la famosa caja de Gaspar.

CORRESPONSALES

Entre sus corresponsales de 1956 no había ningún socialista ni tampoco alguno que pudiera previsiblemente llegar a serlo: el socialismo no era hace 20 años, como llegó a serlo a fines del 60, enfermedad de jóvenes de colegio particular. Sin embargo, hay un dato sorprendente: al menos dos de ellos tuvieron una evolución posterior que culminó en dramático abandono del país en los días del 11 de septiembre, ambos vinculados por aquel tiempo a la más noble y conservadora de las actividades nacionales, como lo estaría más tarde, en su singular marcha de camarón, el propio Gaspar, y ambos en cierta medida discernibles como origen u orígenes de las invenciones textuales que nos preocupan. Una vez percatado de estos hechos revisé no solamente la imagen reaccionaria de la agricultura, en especial en la provincia de Bío Bío, conocida antiguamente como región de la frontera, sino también la multitud de cartas de estos dos jóvenes profusamente epistolares que hacían sus primeras armas como administradores de los fundos de papá. Y pude ahora detectar en ellos el germen todavía microscópico del virus que vendría a corromper la raíz de la imagen del ser nacional: Portales, Alberto Edwards, don Pancho Encina, el viejo tronco hoy rejuvenecido, recibía empellones impertinentes de este par de jovencitos imberbes que al parecer se creían en una topeadura sin consecuencia.

Pero ni uno ni otro tienen que ver con Juan Enrique.

Ese es el problema actual. Gonzalo Vega, estudiante de agronomía y super administrador durante vacaciones y fiestas de guardar del Fundo Los Boldos en Santa Fe, se le acerca por el parecido físico.

Es "alto, bien formado, de pelo castaño, rostro de líneas rectas" (aunque según las fotografías de la época, voluntariosas más bien que "firmes"), tiene igualmente "mentón cuadrado" (pero no "seguro", la seguridad se insinúa como un deseo), "labios delgados y boca grande, cejas espesas, ojos verdes" (1) (tampoco "penetrantes", en todo caso, displícetes).

El retrato de Juan Enrique sería un aceptable retrato de Vega, comprensiblemente enaltecido por el deseo textual de hacer maduro y dueño de sí a un pendejo de 19 años, atormentado por la tumultuosa precariedad de su adolescencia.

En cuanto al retrato de Manuel recuerda bastante a Hernán Martínez, el segundo agricultor, estudiante transitorio del Instituto Superior de Comercio y administrador fulltime por ese tiempo del Fundo El Baño, Mulchén. De Hernán tenemos una fotografía en tenida de huaso delante de un tractor McCormick Deering (recién adquirido por intermedio del Banco del Estado), donde no el rostro pero sí el pelo es "moreno"; el rostro sí es de "trazos curvos"; la nariz no es "respingada" pero sí es "ancha en su base"; las mejillas son "regordetas" (aun cuando más certero sería decir que los

(1) El color de los ojos de los amigos de Gaspar me ha sido proporcionado por Susana en alguna evocación intensa e involuntaria de ese bello período en que su hijo era una promesa, o al menos y por el solo hecho de ser joven, una expectativa de crecimiento físico.

pómulos son altos y la cara es ancha); los labios son, en efecto, "carnosos", y los ojos, "oscuros".

2-I-76 Pero a la coincidencia de rasgos faciales se opone la disparidad de actividades. Juan Enrique no es estudiante de agronomía, como Gonzalo Vega, Manuel no es agricultor con estudios incompletos de comercio.

Por otra parte, Hernán Martínez nunca fue compañero de colegio de Gonzalo Vega y tampoco propiamente parte del grupo de Gaspar, donde hemos querido ver la plataforma de despegue o catapulta de lanzamiento para el grupo ficticio que ocasiona estas líneas. El grupo de Juan Enrique, Manuel, Juan Gabriel-Felipe, Gloria y Bárbara-Valentina no sería el que es sin la existencia previa del grupo de Gaspar, correlato objetivo de los documentos que presento y analizo.

HERNÁN MARTÍNEZ Y UN SEGUNDO MARTÍNEZ

Hernán Martínez fue, cuando mucho, un allegado esporádico al correlato en 1956, universalmente mirado en menos por sus integrantes urbanos y recelosos del folklore, y todavía más inseguro que nuestro Manuel cuando surgía en escena desde los trumaos de Mulchén. Lo aportó Gaspar, a manera de moción de desorden.

Gaspar Ruiz siempre interponía mociones inesperadas, echándolas a circular en los sitios de su preferencia y dejando ver por implicación, a veces francamente provocativa, que la suma de sus partes nunca se completaba en ninguna

de las instancias de su presente. De no ser por lo polar y lo glacial de la idea, por su escasa simpatía y considerable reserva frente a los osos y los esquimales, habría aprobado como imagen de sí mismo la del iceberg, que oculta la mayor parte de su masa a la simple vista del observador. Según sus enemigos, no pretendía otra cosa que darse facha y con la introducción de atorrantes solemnes como Martínez lo conseguía plenamente: cada vez que llegaba con alguno, la atención se desviaba de Vega y de Santiago Cummings, y recaía sobre él de modo sutilmente indirecto, como sobre un perro fino o más bien un quiltro de su propiedad, y sin exigirle los desgastes atingentes al esfuerzo del primer actor. De adónde saca a estos tipos, decían las niñas, cómo se atreve. Santiago Cummings solía impacientarse con tales aportes, ya que normalmente las presentaciones eran en su casa y nunca pudo superar la sospecha de que individuos como Martínez se meaban en la piscina o si lo hacían donde corresponde eran ellos los que no levantaban la tapa, y dejaba caer la observación cáustica como el cloro de que eran descubrimientos sin gracia porque bastaba con subirse a una micro y hacerse amigo del primer picante que a uno le tocara en el asiento del lado. En lo tocante a Martínez, tamaña suposición era un infundio: Martínez sí había sido "antiguo compañero de colegio" de Gaspar Ruiz.

En alguna oportunidad estas observaciones de Santiago llegaron a oídos de Gaspar que no tenía pelos en la lengua (a veces), y entonces pronunciaba un curioso discurso democrático en el que sostenía ásperamente que eran los prejuicios "como éstos" lo que traería la ruina de las grandes familias chilenas. Un día circuló la especie de que Martínez

era ibañista y de que su padre, el coronel (R) Martínez, ardiente partidario de insistir en la reforma constitucional que propiciaba la reelección del presidente, esperaba un puesto del gobierno. La triste verdad fue que el rumor vino a comprobarse efectivo. El coronel (R) Martínez no sólo esperó sino que obtuvo un puesto, como gobernador de Mulchén, lo que le impuso la obligación de multiplicar sus servicios a los agricultores de la zona para no incurrir en su repudio más completo. En todo caso, su condición de ex oficial de artillería le otorgaba plenos derechos a esperar una recompensa del general de la escoba, y Gaspar optó por cambiar de línea argumental, defendiendo a Martínez ante el grupo con el difícil argumento de que un hijo no tiene por qué reproducir la vida y opiniones de su padre, salvo que sea un tipo sin un dedo de personalidad.

Personalidad, eso es lo que este niño tiene, he sabido que decía Susana, calurosa simpatizante del joven Martínez por aquellos años, según me cuenta Teresita. Va a llegar lejos en la vida. Lo que esta buena señora tal vez no compulsó en sus predicciones fue la gama infinita de posibilidades contenidas en la noción de lejanía. Durante la nunca bastante vilipendiada Unidad Popular, Martínez se asimiló al plumífero gallinero de Volpone, desde cuyas perchas de memoria lamentable dejó caer nauseabundas toneladas de estiércol; y ya no ocasionales, solapadas, y por lo demás perfectamente inocuas, meadas, al interior de la piscina de Santiago Cummings. La historia de cómo alcanzó estos extremos es larga y para otra ocasión. La historia de cómo llegó todavía más lejos se cuenta en un suspiro: el 10 de septiembre salió en viaje de acercamiento al pueblo hermano de la

Unión Soviética, el ÍI firmó contrato con Radio Moscú, y hasta el día de hoy aquellas ondas libertarias difunden noche a noche por los aires del mundo las iracundas y desoladas evacuaciones de su vientre. Esto demostraría —de una vez por todas— que no era Martínez el que no levantaba las tapas en casa de Santiago.

Había un segundo Martínez, Eduardo o Palanca Martínez, aporte esta vez de Santiago, y “antiguo compañero suyo de colegio”. O para ser más exactos, aporte personal de sí mismo o vulgar paracaidista y chupamedias, enteramente impermeable al grupo en sí y ávido de sacarle a Santiago el provecho que viniera a cambio de la sumisión babosa de sus servicios, premiado eventualmente con el infame y mal remunerado pero decisivo cargo ubicuo e insoportable de procurador, testaferro, gestor, orejero y pagapeos, una especie de lustrín de la corruptela de sus zapatos, oficialmente conocido, para colmo de horrores lingüísticos, como secretario-abogado. El hombre llegó a ser capaz, con espíritu de sacrificio digno de causa más noble, de superarse en empeños tan meniales como el de exponer la vida y la bolsa en su auto viejo ida y vuelta a Antumalal en 12 horas y sin gastos pagados sólo para recobrar un juego de palos de golf a tiempo de que la mujer de Santiago no se diera cuenta de que había ido de incógnito por esas partes y no tuviera ocasión de armarle a su marido una escena de celos. Si esperó que Santiago le asignara en el futuro un automóvil de uso exclusivo para estas expuestas misiones se equivocó. A todo lo más, obtuvo el uso ocasional de la camioneta del mayordomo, una Willys dura y pesada que lo dejaba con los riñones en la mano cada vez que salía de los límites de la ciudad.

Al referirme al fiel y sin par Palanca en este lenguaje colorido rindo un postrer homenaje a su pariente Hernán Martínez (eran primos) quien cierto día, a propósito de escopeta, cargó contra él en términos semejantes desde sus mortíferas columnas de *Clarín*. Pero, a la vez, creo interpretar a Gaspar, quien lo detestaba cordialmente.

GONZALO VEGA

En efecto, y esto me lo confirmó en su día almorzando en Quillota, donde llegó a ser Jefe de CORA durante el régimen de Frei, el terrible Vega: Gaspar, me dijo, que era un tipo dominante, una especie de tirano de la ética y la lógica al que todos le temblábamos y nunca he sabido bien por qué, me imagino que porque hablaba bonito, no pasaba a Palanca, que era un pelotillas. Por supuesto, el tipo era interesado y a Santiago le lamía como teta, pero no te creas tú que no era servicial en sí. Siempre hacía gauchadas. A mí me hizo varias, un día, putas, ahora me estoy acordando, si fue para cagarse de la risa, le pedí que me fuera a buscar un perro a Zapallar y lo más divertido fue que me lo trajo. Llegó contando al César que había ido a ver unas pertenencias mineras a la parte de Cabildo, el muy patudo, y que había aprovechado de pasarme a buscar el perro, total, le quedaba casi en el camino y así le echaba una miradita a los cueros. Era mitómano como él solo. Siempre que aparecía por algún lado estudiándole a Santiago una de esas inversiones disparatadas que a este gallo se le ocurrían todo el tiempo, decía, No, si es que me asocié con Santiago para esto o lo otro. Y se cagó en el piano para reaccionario, eso sí que sí.

Oye, Gonzalito ¿y? ya está bueno que la corten con la cuestión de los fundos. Ahí sí que se cae el narigueta. ¿No les parece suficiente con la mierda que ya han dejado? Están expropiando las medias maravillas y con puros pretextos, huevón, porque si por lo menos expropiaran por motivos justificados, pero son puros pre-tex-tos. Usan una ley que los huevones aprobaron para otra cosa durante el gobierno de Alessandri y se meten el espíritu por el culo, por el culo se lo meten, el espíritu de la ley, y eso es chueco.

Conocí a Vega por mi parentesco con su mujer y nunca me sentí obligado a dejar de verlo, aunque el apodo de "terrible" no se lo ganó gratis en esos años preparatorios de la D.C. Su propia gente no lo quería ni en pintura. En las camionetas y las citronetas y las renoletas de la CORA andaba revuelto con una manga de semíticos y levantinos reformistas desesperados, gente nueva y ávida de abrirse paso en el apacible campo chileno donde antes nunca hubo más desorden que las peleas de curados. Y mientras tanto se golpeaba el pecho, ponía crucifijos en todas las piezas de la casa y se cachiporreaba porque tenía a los niños en la escuela pública local y rezaba acción de gracias a la hora de las comidas y había agarrado un aire de cristiano primitivo hasta para tomar pisco sour. El tipo virtualmente no dejó fondo sin expropiar en toda la provincia de Aconcagua. Se tomó tan en serio la revolución en libertad que la propia democracia cristiana, cuando quiso volver a la razón el año 67, terminó largándolo por el desvío. Como sea, basta de política, y yo de tarde en tarde, cuando iba o venía de Viña con

tiempo y hacía el camino por la Panamericana Norte, pasaba por su quinta con lúcumos y chirimoyos.

Gaspar vivió en Europa casi toda la década del 60 y en una de aquellas pasadas mías por Quillota recuerdo que continué mi conversación anterior con Vega. Sus conversaciones derivaban todas, como aquella, hacia la burla de sus víctimas. Era como si los mercaderes golpeados por su brazo justiciero insistieran en retornar al templo luego de la expulsión, bajo la guisa de fantasmas que le penaban. Sin darle tregua. Pero el terrible Vega los repelía con todo el ímpetu de un sado-masoquismo que no era poco. Me imagino que Vega ha de haber sido de esos niños que hacen fumar a los murciélagos y atan tarros a la cola de los gatos. Alguien me asegura que una vez, a manera de experimento, metió un sapo al horno de la cocina y lo asó vivo. De todas formas, es un hecho relatado por él mismo que su padre le enseñó las normas de la buena equitación a chicotazos. El senador poseía una abominable colección de fustas cocheras, flexibles, implacables, deliciosamente largas. Las riendas en la mano izquierda, jamás en la derecha, los codos pegados al torso, la muñeca suelta, la mano derecha en la silla no, ni en la peor de las emergencias, el peso del cuerpo en la nalga interior al virar el caballo, las rodillas pegadas a la montura, los talones abajo y afuera, pifia y huascazo, pifia y huascazo, pifia y huascazo, el maestro en botas de chantilly y pelo platinado, un domador sensacional.

Cuando Vega decía, Las han tenido todas, si por lo menos fueran progresistas, sonaba la campana y empezaba el boxeo con la sombra, la impúdica lucha contra los fantasmas, y yo prefería desviar el tema. Además yo pensaba, no sin

cierta prevención, en mis propias inversiones agrícolas, un pequeño y descuidado fundito ganadero en las orillas del Lago Ranco, entregado a la suerte de mis medieros y potencialmente amenazado por la ferocidad de individuos como el buen amigo Vega, a la que sin embargo escapó milagrosamente. Nunca sabré si esta supervivencia, de gran futuro en el rubro de la hotelería o por lo menos del camping, se la debí a un neutro asunto técnico de agrimensura (mi propiedad estaba por debajo del hectareaje máximo en la relación fijada en esos años para la zona), a que los Vega locales tuvieron presas más suculentas para saciar su voracidad, o a la resistencia organizada por los alemanes, que defendieron incluso los intereses de propietarios ausentistas como yo. Durante la UP, de la cual la DC fue elocuente preludeo, fui tomado por los agitadores y retomado por esta buena gente innumerables veces. A tal extremo que en mis dos únicos viajes de inspección durante el período nunca supe si el propio que me recibió de pistola al cinto y cara de pocos amigos en la puerta tranquera era del gobierno o era de los alemanes.

LANGOSTAS

5-1-76 La verdad es que no me gustaba Vega en el tema de la oligarquía latifundista. Lo prefería en temas menos espinudos, como las bondades y virtudes del campesino chileno, donde su voz recuperaba el timbre de las abandonadas tiendas familiares y podíamos coincidir por encima de una bandera blanca, de ordinario transformada en el mantel de una mesa bien servida. Pero las bon-

dades y virtudes del campesino chileno no dan para mucho y mi curiosidad, gratuita todavía, por el grupo de Gaspar Ruiz, o el grupo de Santiago Cummings, como lo llamaban indistintamente, más de una vez volvió la conversación hacia nuestras memorias comunes. Las mías eran escasas, nunca tuve mayor intimidad con el famoso grupo, excesivo para alguien como yo, que sólo puede definirse ante los afanes humanos como un espectador. Pero me los había grabado en el recuerdo como tres o cuatro personajes variables girando en torno a tres puntales permanentes, Santiago, Gaspar y Gonzalo Vega, muy altos y muy rubios. Si hubieran sido camorrones, o insolentes de una manera burda, uno podría haber dicho que formaban una pandilla o patota. Pero los tipos no participaban de la deportiva violencia juvenil que se ponía a prueba en pugilatos, carreras de auto a medianoche y borracheras espectaculares en la barra del Charles.

Cuando el baile histórico que los Manzur ofrecieron a su hija para estrenarla en sociedad, donde la hospitalidad oriental de estos prósperos y generosos industriales libaneses, desplegada liberalmente en la forma de una incontenible catarata de whisky recogida en vasos de cristal cortado y de una verdadera plaga de langostas en fuentes de plata, provocó, según repite la leyenda, una orgía justiciera y destructora por parte de los invitados, cual si los jóvenes santiaguinos vestidos de etiqueta hubieran sido visitados por el ángel y se hubieran convertido, en medio del rechazo más salvajemente militante, a la espiritualidad más pura dando vuelta mesas cubiertas de viandas, arrancando cortinas de alto a bajo, lanzando jarrones de porcelana por las escaleras y mace-tas de plantas desde las terrazas, orinando copiosamente en

todo orden de recipientes y pisos de parquet lustroso y jugando a los tarzanes en las lámparas de lágrimas, mientras las muchachas de traje largo se llevaban las manos a la cara y emitían gritos de horror como en el hundimiento del Titanic, el grupo de marras tuvo un desempeño dentro de todo caballaresco. Luego que Santiago hubo vaciado un jarrón de ponche a Palanca en la cabeza y Gaspar hubo corrido los 50 metros planos arriba de una mesa con canapés de palta y Gonzalo y Guillermo Torres hubieron sostenido un breve match de baseball con un cuerno de marfil tallado y varias langostas a la termidor, conectaron, a instancias de estos últimos, una manguera contra incendios e intentaron hacer limpieza, convirtiéndose a tal punto en el centro de la escena que no pudieron más que dar origen a la versión interesada de que habrían sido ellos, y no algún vándalo oscuro y sin posibilidad ninguna de clavar un día una pica en Flandes, los activistas incitadores al magno holocausto.

Yo no estuve presente en aquella espontánea y lamentable demostración de sociabilidad, pero numerosos testigos oculares de lo anterior me aseguran de manera fehaciente que el grupo se fue y dejó la manguera puesta. Es indudable que si ocurrió de tal suerte, ello constituye la expresión no por simbólica menos elocuente de su verdadero juicio, altamente moral, acerca de los sucesos: había que depurar, se imponía una purga, y para tal objeto nada más eficaz que la gigantesca lavativa aplicada al cuerpo social con una manguera de bomberos.

6-I-76 En suma, los miembros del grupo eran curiosamente sofisticados para estas latitudes y despreciaban con sarcasmo ostensible las manifestaciones de rudeza. Eran, además, pagados de sí mismos y aficionados a dejarse ver por todas partes en compañía de las bellezas más notorias del momento, a las que tomaban y dejaban con sorprendente velocidad, a la par que las intercambiaban en algo así como una carrera de postás o ceremonia gustatoria colectiva por etapas, impelidos sin duda por una sigilosa rapiña interna, de cuya ferocidad no trascendió, por un buen tiempo, más evidencia que esta promiscuidad gloriosa en materia de mujeres, compartidas como si todas fueran una y la misma encarnación del cuerpo de Cristo. Por último, poseían una capacidad admirable y por lo mismo generativa de las más rípidas envidias, para copar los espacios donde se movían.

IMAGEN DE SÍ MISMOS

10-I-76 Se inclinaban por la vestimenta llamativa, notoriamente Gaspar, que había descubierto a Scott Fitzgerald y daba curso a su histrionismo sartorial interpretando guiones más o menos inexactos de la década del 20, en los que subrayaba el uso del pañuelo al cuello o la corbata de rosa, los zapatos de gamuza, en casos señalados esa invención golfística y altamente discutible que fue el zapato patrulla, y también el chaleco de fantasía —recuerdo vivamente uno de paño rojo, del color irrefragable de las chaquetas de paperchase, cuya propiedad, según entiendo, no ha sido posible establecer porque lo usaban todos, si bien

Gaspar de preferencia. No quisiera dar la impresión de que Gaspar se echaba encima el conjunto de estas prendas a un mismo tiempo. Pero aunque ejerciera un sentido mínimo de la dosificación, algo de esto había. Alguna vez se le vio por las calles de Santiago hecho un perfecto mamarracho.

Santiago era más discreto y cultivaba un 'estilo más impuro a la vez que cómodo. También usaba corbata de rosa y chalecos de fantasía, pero en principio no usaba corbata. Prefería las poleras de cuello alto, rojas, celestes o negras, evocativas de la bohemia de un pintor de turistas americanos instalado en la Place du Tertre, pero cuya auténtica fuente de inspiración estaba en las canchas de ski, según lo corroboraba su práctica de portar un sombrero tirolés con insignias. Usaba chaquetas inglesas de tweed o pelo de camello con parches de cuero en los codos. Eran chaquetas nobles, bien cortadas y de buena tela, que resistían impecablemente, además de los parches, la carga de objetos improbables que Santiago se echaba en los bolsillos. En grado menor resistían sus mocasines de gamuza, descosidos y deformes, descuidados como calcetines con papas. La verdad, ahora que lo pienso, es que Santiago se vestía como si la ciudad entera hubiera sido su casa propia. El tipo era perfectamente "natural".

Gonzalo Vega circulaba como si viniera llegando del campo. Pero su vestimenta, aunque rural a toda prueba, carecía de reminiscencias criollistas. El huaso chileno, flojo, retrógrado, pituco y pendenciero, no era su modelo. Incomparablemente más atractiva le resultaba la imagen del estanciero argentino y Vega no se despintaba la casaca corta de gamuza, las botas de cabritilla con fuelle blando, las po-

leras propiamente tales (con cuello y tres botones) y, a modo de rúbrica, un llaverito trenzado de tiento con tres boleadoras de plata. A veces aparecía con pantalones de montar y hasta con botas de equitación, sacudiendo contra la pierna unos guantes de carpincho. Vega era el que siempre había que vestir cuando se trataba de seguir a un sitio donde fuera perentorio el uso de la corbata o por lo menos de la chaqueta. Por cuestiones normativas el hombre se resistía ya que le gustaba su pinta, pero también le gustaba usar la ropa de Gaspar o de Santiago, de manera que en los aludidos casos de fuerza mayor la balanza se inclinaba con facilidad en favor de los usos aceptados.

En cuanto a Hernán Martínez, nunca tuvo el coraje de sus convicciones en materia sartorial. En sus figuraciones imaginarias iba a la salida de misa en la Plaza Pedro de Valdivia, al Drive-in Charles (un día con Gloria Besa y otro con Isabel Silva), a los trámites bancarios relacionados con el Fundo El Baño, a las conferencias literarias en la Universidad Católica, a los bailoteos, a las reuniones improvisadas en casa de Santiago, impecablemente vestido de huaso, cambiándose diariamente la faja, así como los santiaguinos cambian todos los días de corbata, y haciendo notar la altura y el ruido de sus tacones entaquillados. Pero la triste verdad es que se vestía como jubilado de provincias.

Guillermo Torres constituía prueba irrefutable de una teoría sustentada por algunas señoras de la época, entre otras por la madre de Gaspar, según cuyo postulado central no cualquiera puede vestirse de sport. En efecto, cada vez que Guillermo se quitaba el terno gris o azul marino perdía desenvoltura o más bien, falto del

11-I-76

encubridor apoyo en la formalidad, ponía en patética evidencia lo poco desenvuelto que era. Se sentía como andando a caballo en pelo o simplemente andando en pelotas y sus movimientos se volvían incómodos y tiesos. Sus trajes eran celebrados universalmente, en especial por Gaspar, no así su sentido de la ocasión para llevarlos, porque Guillermo era de esos tipos tan capaces de bajar a la playa de Reñaca con zapatos negros y corbata como de aparecer en Farellones con traje azul cruzado. Al revés de Vega, a este ciudadano había que desvestirlo cuando la ocasión lo demandaba. No ocultaba su admiración por los chalecos de fantasía, los zapatos patrullas, las camisetas de cuello subido o los pantalones de montar, pero estimaba que estas piezas estrafalarias no eran para él, y cuando se las imponían se hacía el payaso metafísico. Yo no soy yo mismo, decía, soy un producto abominable de la voluntad de mis amigos, y no había forma de bajarlo a terreno mientras no lo repusieran en su propio personaje, ampliamente protegido por la sobriedad, tan poco vistoso de apariencia como la variación de tonos en la carrocería de un Rolls Royce.

Por lo que atañe a Palanca Martínez, que al asumir su cargo de secretario-abogado llegó a vestirse con las abundantes sobras de Santiago, no recuerdo cómo se vestía por aquellos años y me parece que tampoco lo recordaba Vega en nuestras conversaciones de Quillota.

EVOLUCIONES FRÓTICO-CULTURALES

El grupito frecuentaba los conciertos del Teatro Municipal (el padre de Santiago abonaba palco para la tempora-

da), eran socios fervientes del Santiago Club de Jazz(aunque morosos en el pago de sus cuotas), almorzaban en el restaurant Miraflores, buscando descubrir en la cara insípida de cada contertulio a un pintor o un poeta nacional, llevaban a las niñas a bailar al Bier Hall, en los bajos del cine Rex, para impresionarlas con el espectáculo de la bohemia, y de ahí las trasladaban, a veces en una sola jornada, al Charles, al Drive-In, a la Chatelaine y al Carrera, devueltas a la seguridad de sus lugares habituales y deslumbradas por la soltura y la movilidad de estos tipos en los mundos de la noche. A fines de año no perdían partido en el Club de Polo (el padre de Gonzalo era accionista), en invierno subían a Farellones (el padre de Santiago tenía refugio), y repartían diversamente los veraneos en Reñaca, Zapallar, Algarrobo, en los fundos varios, (incluido el del padre de Gaspar en

La Florida) y por último en las casas vacías de
12-I-76 Santiago porque era una lata pasar el verano entero bajo la supervisión de la familia, y los muebles enfundados, las alfombras enrolladas y las cortinas corridas liberaban los espacios interiores donde podían pasearse a gusto como en un palacio fresco y abandonado, tirando al suelo la ceniza de los cigarrillos, con el tocadiscos sonando a todo chanco, el teléfono para ellos solos, las cuchillerías y platerías y cristalerías adquiriendo proporciones misteriosas en su encierro bajo siete llaves y la suma de lo cotidiano alterada por completo en la expectativa de alguna aventura inconcebible que los transformaría en adultos por arte de birlibirloque.

Siempre quedaba algún auto en alguna casa y sabían dar el contacto con una eficaz y operativa conexión de cables

por debajo del tablero. Hacían vacas, recaudando dineros variamente procurados, o simple y descaradamente firmaban vales en las estaciones de servicio donde sus padres tenían cuenta (habiendo juramentado previamente la complicidad del bencinero) y emprendían expediciones a los fundos de Pirque o Talagante o Paine donde hubiera niñas conocidas de veraneo. Por lo común estas expediciones eran coronadas por la decepción o el fracaso. Aunque las niñas que veraneaban en el campo no fueran necesariamente más sumisas que las niñas que veraneaban en la playa, la vigilancia paterna era más estrecha en los reductos rurales que en los balnearios. Y la idea del grupo no era en absoluto pasar una agradable tarde de campo con té familiar en la piscina y bellas suspirantes secuestradas por abuelas tejedoras, tíos echando pestes contra Ibáñez y la invasión de turcos que había llevado al gobierno, cabros chicos que se ponían a pelear y se caían al suelo para llamar la atención y se le metían a uno por entremedio de las piernas, y papá que invitaba a recorrer los huertos donde no había cómo desatender sus conferencias sobre la arañita roja, la conchuela y el gusano de los penachos mientras a uno se le entierraban miserablemente las gamuzas. Vega y Hernán Martínez decían que la agricultura era cosa de siembras extensivas y ganados, de a caballo, en camioneta, y despreciaban como nadie estas degradadas formas de cultivo suburbano, especie de gigantismo de la jardinería, apropiadas para mujeres o parceleros italianos, juicio que todos suscribían en masa, amantes como eran de los espacios abiertos y las grandes perspectivas. Pero más allá o más acá de estas cuestiones de orden ontológico la idea del grupo en materia de pasa-

tiempos instructivos no era ésta, como queda dicho; participaba en cambio de lo piratesco y consultaba la posibilidad del rapto: la idea era sacar a las niñas de ese ambiente espeso de puro decoroso y traerlas al Golf o al Polo, comerse un sandwich después de la piscina o pasar al Charles, y antes de llevarlas de regreso al campo en las últimas horas de la madrugada irse a oír discos a una pieza oscura en la casa de Santiago, donde lo menos que les podía ocurrir era que les atracaran el bote y lo más dependía de las circunstancias.

Pero si los miembros del grupo mirados por separado no gozaban, en rigor, de la confianza de los padres de familia, mirados en su conjunto y sobre todo cuando aparecían apelotonados en un solo auto producían verdadero espanto. Me lo han confirmado en numerosos sectores.

Se decía que andaban con puras sueltas, mayores que ellos y de esas que pueden volver a su casa a cualquier hora porque les dan permiso para todo y nadie las controla. Se decía, además, que salían con mujeres casadas, lo que empezaría a ser parcialmente cierto en el año de gracia de 1956. (Edad de Vega, Santiago y Gaspar, 19; de Guillermo, Palanca y Hernán, 20). De manera que en alguna de las incursiones predatorias practicadas en el verano del 55 les soltaron a los perros, un par de mastines formidables que no les permitieron bajar del auto, en tanto que un hermano chico, asquerosamente muerto de la risa, les anunciaba subido en un nogal que las niñas no podían recibir gente esa tarde porque se estaban lavando la cabeza.

LOS PERROS DEL CIELO

13-I-76 El verse repelidos con el humillante auxilio de estos dogos (método generalizado en la actualidad para mantener las formas de un cierto sentido de la convivencia) produjo un cambio enorme en el grupo. Decidieron por enésima vez que las cabritas del Villa María, el Sagrado Corazón, las Monjas Inglesas y las Ursulinas eran unas cartuchonas y que estaban bien para los petimetres del San Ignacio pero no para tipos emancipados como ellos, ex alumnos de colegios ingleses y norteamericanos, progresistas, deportivos y democráticos.

Guillermo, no obstante ser del San Ignacio (amén de diversos otros establecimientos) entonó las primeras estrofas del himno del instituto: Fundador sois Ignacio y General/ De la Compañía de Gas/ Que Jesús con su nombre las cagó./ La Legión de cachiches actual/ Sí, Señor/ Que Humberto encabeza aquí/ Por calzón/ Lance, lance, a la lid feroz condón, y en medio de canciones cuya procacidad se resiste a quedar inscrita en estas líneas dieron vueltas y vueltas por los caminos polvorientos y acalaminados del interior de Calera de Tango, topando con imágenes tamaño natural de Cristo crucificado en cada cruce, y sin saber qué hacer consigo mismos y con toda una tarde vacía y miserable por delante. La gravísima afrenta de los gran daneses, que para colmo obedecían a los nombres de Apolo y Minerva (o así le obedecieron al cabro chico cuando éste los llamó para apaciguarlos mientras los expedicionarios emprendían la forzosa e innoble retirada), no se dejó exorcisar con la sola emisión de obscenidades. Consideraron la posibilidad de revivir la

práctica tradicional de azotar el trasero a los ciclistas con una varilla de mimbre desde las ventanillas del auto, pero no circulaban ciclistas por esos caminos. Finalmente, incurrieron en un acto blasfemo de malignidad indescriptible. Se detuvieron al pie de uno de los crucifijos y lo mearon al unísono. El efecto fue inmediato. Los inundó un inmenso alivio, dulcemente culpable, y siguieron tan tranquilos hasta encontrarse llegando a puerto en Isla de Maipo, donde se incorporaron gradualmente a la festividad municipal en curso de la Semana del Melón, se pusieron a mojar el canal maestro, al cabo se emborracharon como frailes de repostería, y terminaron sobre las arenas del río probando los encantos y el pachulí de unas minas de aquella pródiga localidad.

CUATRO INICIACIONES DE MEMORIA

15-I-76 Durante los días que siguieron hubo revelaciones. Santiago contó que hacía dos veranos había perdido su virginidad con la Lucinda, en el Hotel Burnier de Osorno. Causó admiración no la Lucinda sino el Burnier. La Lucinda era petite, según la describió Gaspar, pero tenía un aire de asepsia francamente disuasivo. ¿Y por qué el Hotel Burnier? Santiago explicó: luego de mucho alboroto para ponerse de acuerdo y veranear juntos, la familia viajaba por tierra a pasar unos días en Bariloche y mamá llevó a la Lucinda para que se ocupara de las cosas de los niños. De las mías se ocupó bastante bien, agregó el relator, por lo menos esa noche. Pero también de las del chofer, que se le metió a la pieza al minuto que salía yo. Un poco más y

nos topamos adentro. ¿Y después?, preguntó Gaspar, ¿qué pasó después en Bariloche? Todavía ni llegábamos a Osorno y ya me tenían rochado, dijo Santiago, porque en el auto me dediqué a correrle mano de lo lindo. De ahí para adelante la mamá me llevó cortito todo el tiempo. ¿Y saben cómo se las ingenió para que no se repitiera el asalto del Burnier? ¡Le pidió al chofer que ni por un minuto se me fuera a despegar de encima! No me gustan, dijo, estos hijitos de su papá que andan molestando a las empleadas. Al otro qué le han dicho. De tanto mostrarme los dientes me quitó las ganas.

Gonzalo Vega contó su propia iniciación, menos hazañosa por más reciente. Ese invierno se había tirado a la Anita. Convicne a saber que me hice el enfermo grave, dijo, y le desperté sus instintos maternales. Sin comedimiento, Gaspar reventó de risa. Eso se llama necrofilia, dijo. La necesidad tiene cara de hereje, dijo Vega, para mí que hasta el viejo se la ha zumbado en esos viajes que hace solo al campo. ¿O se creen que consigue siempre la buena compañía de mi tía Blanquita? Tamaña confesión, voluntaria y desinteresada, de un secreto a voces, resultó más incitante que la noticia autobiográfica en sí. Pero nadie osó aventurar inquisiciones por ese rumbo y por lo demás Vega se replegó. Recogió cañuela rápidamente y manifestó que la vieja tenía un gusto ácido. Le preguntaron dónde y Gonzalo repuso que no donde ellos creían porque para eso no le había dado el estómago. Gaspar citó a T. S. Eliot, como se hacía por aquellos años.

18-I-76 Con Guillermo no hubo forma de obtener versión de sus primeros pasos. Yo soy Scaramouche, dijo, el espadachín que cambia de identidad en cada aprieto. A mí no me pesca nadie.

Nadie quiere pescarlo, monseñor, dijo Vega. Se trata de saber a quién ha tenido la dignidad de pescarse Ud. Con fines puramente académicos, dijo Gaspar. A nadie con fines académicos, dijo Guillermo. Gaspar empezó: Queremos saber a quién se ha pescado Ud., con prescindencia de los fines... y fue interrumpido: Jamás con prescindencia de fines, mi señor, los míos, cada vez, han sido copulativos. Señores, moción de orden, intervino Martínez, lo que es académico, si entiendo bien a mi colega... Vaya uno a saber, siguió Santiago, con qué bagre se ha metido este huevón que no se atreve a soltar la pepa.

Pero quedó en la mente de todos la impresión penosa de que Guillermo, bagre o no bagre, permanecía intacto como llegara al mundo. Esta fue la revelación que se entendió implícita en sus evasivas y por terrible y delicada se optó por no insistir y se ofreció la palabra al siguiente, Hernán Martínez.

Hernán habló de la Maclovia, criada en un convento de monjas, donde se desempeñó como niña para todo servicio hasta muy crecidos sus bigotes. De las monjas pasó por la vía de un tío de Hernán, que les hacía de síndico y les corría con los arriendos y otras menudencias, a casa de sus padres. La Sra. Raquel, su madre, le compró una máquina de afeitar y unos delantalcitos y la inició con dificultad en la temeraria empresa de ir a la feria y al almacén sin monja de custodia. Era un problema que esta mujer les tuviera tanto

miedo a los hombres pero por otro lado era bueno porque así no le harían un chiquillo tan fácil.

La Maclovia nunca usó gilette porque prefería las pinzas y era todo un acontecimiento irrumpir los martes en la tarde, el día antes de la feria, en su minúsculo dormitorio donde se arrancaba meticulosamente las cerdas supralabiales delante de un espejito. Váyase para afuera, Hernancito, no me moleste. Fue una inocente peripecia de años, explicó Hernán, una especie, con perdón de los presentes, de idilio pastoril, con Entretenimientos Diana, Aguilas Humanas y paseos al zoológico. Hasta que un buen día, el del Grand Almuer pour Alumns Repitans, luego de horrorosas libaciones con el Reservado Undurraga y el Santa Carolina que se sirvieron para la ocasión, al retirarse los asistentes a dormir una merecida siesta, se produjo el evento.

19-I-76 El Grand Almuer se efectuó en casa de Martínez, diciembre de 1952, por iniciativa del propio Martínez y a manera de autodesagravio. Ese año reprobó matemáticas, biología y castellano simultáneamente, perdió el curso, y además fue expulsado del Saint George bajo el cargo infame aunque plenamente justificado, llevado por un pederasta delator ante el padre Provenzano, Rector de las Humanidades, de haber planeado en persona y ejecutado, con asistencia de algunos compinches, la destrucción de un parrón de cuadra y media de largo. En efecto, media docena de irresponsables, entre ellos el propio Gaspar Ruiz, se apostaron, liderados por Martínez, cada uno ante un pilar apolillado, previamente estudiado con premeditación y alevosía por el improvisado cabecilla (resentido, como puede

verse, desde sus verdes años), y en obediencia a las órdenes rítmicas del susodicho Martínez impulsieron al parrón un meneo o movimiento cimbreado que al ganar la debida potencia produjo un desarreglo en el derrengado sistema de fuerzas en equilibrio de la estructura que ciertamente no consultaba tan extremo y abrupto dinamismo y dieron con la instalación por tierra. Aparte de la subida cantidad de maderos de roble que se partieron (quedando buenos para leña, en circunstancias de que en el colegio no había chimeneas, excepto en la casa-habitación de los curas), se perdieron parras, valiosas por su ancestro, de uvas Dedo de Dama, Rosada, Torontel, Moscatel, Alfonso Laval y Lágrima Christi. Ruiz, que ya demostraba en este bochornoso episodio su esencial ambigüedad, me ha procurado un dato de interés. El ruidoso derrumbe del parrón le produjo, según me cuenta, una sensación erótica. Una especie de orgasmo. Y esto lo vino a comprender muchos años más tarde (Londres, 1963) viendo la proyección de Zorba el Griego, precisamente en compañía de Martínez, que a la sazón se hallaba de paso por esa en viaje solidario a Corea del Norte. La escena del derrumbe de la fábrica de madera destinada a bajar al muelle los troncos talados en el aserradero de la montaña le trajo el recuerdo imborrable del parrón y sus asociaciones conjuntas.

En el Grand Almuerse participaron, fuera del invitante agasajado, Gaspar Ruiz, Pepe Rosasco y un tal Ugarte, notoriamente exento de todo otro antecedente que lo haga rescatable del olvido.

20-I-76 Los asistentes se retiraron, decíamos, a dormir, y una vez que Martínez los supo roncando, repartidos por el living y los dormitorios del departamento, se introdujo en puntillas a l(os) aposento(s) privado(s) de la Maclovia. Salió de allí sumido en dudas. ¿Era virgen o no era virgen la mujer? No hubo derramamiento de sangre ni forcejeos penetratorios. Muy por el contrario, hubo una introducción tan holgada que experimentó sensaciones de agorafobia. Fue como si los tiernos conductos interiores de la Maclovia hubieran sido diseñados para acomodar la pata de un catre. ¿El padre cura? ¿Su tío el síndico? Oh, misterio, su carácter asustadizo como el de un conejo no menos que la empalizada de sus bigotes tupidos habían parecido testimoniar la fortaleza de una castidad a prueba de balas. Usaba consolador, dijo Vega. Tiene que haber sido el de la Madre Superiora, dijo Santiago. Es lo que yo pensé, dijo Martínez. Pero según la tradición oral, Martínez pensó algo distinto: se sintió pequeño: se midió frente al espejo con una regla Torre, y como quien no quiere la cosa procedió a un estudio comparativo. Comprobó con asombro que sus partes eran superiores. Realizó consultas directas. Le dijeron que solamente un monstruo podía, a los 16, medir lo que él decía. Enorgullecido, se reconcilió cordialmente consigo mismo. Se encariñó con su pájaro, enorme y pesado como una avutarda repleta. La verdad, según propia confesión, es que no lo soltó nunca más. Pero la miseria de su incertidumbre no lo dejaría libre. Aumentó cuando, a la vuelta del veraneo donde su abuela en Santo Domingo, encontró más gruesa a la Maclovia, y alcanzó el tamaño del pánico al cabo de seis meses del Grand Almuers cuando la

Maclovía desapareció como por ensalmo de la casa, llevándose libreta del seguro y calzones vencidos y el resto de sus pocas pilchas en una pequeña maletita de fibra. No dejó huellas de su rumbo. La Sra. Raquel dijo en la mesa, Me tinca que estaba esperando guagua. La había notado medio rara. Muy nerviosa. Pero fíjate tú, irse en esta forma ¿qué le habrá pasado? El coronel miró a su heredero con el rabillo del ojo, lo vio ponerse de todos colores, y cambió la conversación. De la Maclovía nunca más se supo.

21-I-76 Gaspar habló del tiempo y la memoria. Cualquiera diría que había hecho sus primeras armas el año de la cocoa o el día de su primera comunión, pero lo que pasaba era muy distinto: el tipo estaba leyendo *Por los caminos de Swann*. Cuando lo pifiaron, de adónde saliste Marcel Proust, estimó necesario puntualizar (aunque bastante halagado) que él y no otro había sido el incitador a las revelaciones más arriba consignadas, y esto solamente porque el pachulí de su moza de Isla de Maipo le había traído el recuerdo del pachulí de la Gina, eso es, Gina, pero no Gina como Gina Lollobrigida sino Gina como gimnasia, claro, es que el asunto fue en la camioneta de mi papá, en el asiento delantero, porque no la pude convencer que nos pasáramos al de atrás, y hubo que doblarse en cuatro.

Nunca se olvidaba de su elástica iniciación, pero no por lo divertida, y por lo demás no siempre la había hallado divertida. Al contrario, en el acto mismo le había parecido grave. Heroica no sólo porque tuvo lugar en un camino de nombre Manuel Rodríguez (junto a la Municipalidad de La Granja) sino porque para consumarla hubo de sobrepo-

nerse al acoso del terror. Por otra parte, no era efectivo que nunca olvidara esta su magnífica irrupción al mundo de los hombres hechos y derechos. Más bien ocurría lo opuesto; casi nunca la recordaba. No es cuestión de que la quisiera olvidar porque su primera dama no estuvo a la altura de la Esther Williams o la Cyd Charisse o porque él no supo comportarse con el garbo de un Ricardo Montalván. La hazaña, admitamos, no se realizó con la pericia de un intérprete famoso ni con la gracia infusa de los gatos nuevos. Pero, sumando y restando, no hubo torpezas ni precipitaciones infamantes. Dentro de todo, superó la prueba con discreta y prometedora (aunque presurosa) competencia, y lo que es más, según cánones sociales perfectamente aceptables, niño bien versus mina romántica. De manera que la ausencia del recuerdo, si cabe hablar de "ausencia" y no de algo que *sín* serlo viene igualmente a *contra*ponerse al sospecho y piadoso "nunca olvidar", tal es aquella disposición natural del ánimo hacia la memoria, alerta y a la vez vacía, compensada, como la noche del pescador, con una pesca cada vez distinta, pobre o rica, variada u homogénea, por más que la red se tienda siempre en las mismas aguas, no es imputable a represiones menores impuestas por el amor propio sino a un sistema de censuras y licencias con raíces profundas en un territorio donde el amor propio es nada más que uno de los componentes. La nocturna legalidad de la memoria se deja regular por el instinto de conservación, no del pasado sino del presente, y según los problemas que al presente le plantea el futuro. No debería manipularse con algo tan meritorio y respetable como es el pasado, pura prosapia, es bien sabido, por el solo hecho de ser pasado, pero sucede que uno lo revive, conde-

nado por la propia estructura temporal a verlo como puede, según las gamas de un yo sumergido, descaradamente interesado y utilitario cuando no hedonista, lo que es punible y debiera ser penado en la Nueva Constitución de la República como no fuera porque el placer es un bien útil, lo mismo que la felicidad, lo ha dicho Stuart Mill, entre otras cosas —puede probarse empíricamente— para evitar las bajas o alzas bruscas de la presión sanguínea, sumamente peligrosas porque pueden ocasionar la parálisis o muerte inmediata del sujeto.

La discusión de lo que sea un bien para algo o un bien en sí podría prolongarse hasta el infinito y con ayuda de bibliografía excelente, en particular dentro del ámbito de la ética anglosajona. Pero difícilmente lograríamos ponernos de acuerdo, por más que haríamos un magnífico ejercicio intelectual y nadie en sus cabales negaría la bondad del ejercicio, mental o físico, no sólo porque impide la atrofia de los órganos sino porque además favorece su desarrollo.

Gaspar, dotado para las reconstrucciones imaginarias y dueño de una fuerte inclinación inventarial que lo habría hecho un buen notario de no ser por inclinaciones paralelamente contrarias, podía, tendido en su cama y mirando las moscas del techo, evocar su experiencia verdaderamente única y serializarla segundo a segundo: mano, manos, mejilla, oreja, nuca, boca, pechos, botón, segundo botón, corpiño, broche, teta, en general, en particular, vale decir pezón, beso, lengua, dientes, pierna, media, portaligas, clip, calzón, cintura, ombligo, vientre, pelvis, pendejos, mano de nuevo, manos maravillosas inexplicables soberbias divinas manos, muslo, vulva, vulva emboscada, vulva mojada, labios inconcebibles

de la vulva, concha, zorra, raja, beso, lengua, dientes, marrueco, manos voraces audaces, abajo el calzón, pico, pico oloroso, fenomenalmente hinchado, descomunadamente duro, clavas y clavas de nuevo y acabas aunque no acabas a la primera clavada, vienes y acabas. Good night. Pobre Gina. Con las ganas.

Sea cual sea el valor cultural asignado por cada tiempo y lugar al primer ejercicio de la verga de un mancebo, para Gaspar tenía y para mí que todavía tiene el valor de un eje sobre el cual su memoria teje una trama móvil y cambiante. Porque dentro de la misma serie cronológica (fijada rigurosamente) por su memoria factual, como ese metro de platino que según los textos iniciales de aritmética se conserva a una temperatura de cero grados en una sala ad hoc del Museo del Louvre, el sistema de timbres, acentos y pausas, la calidad sensorial del tacto evocado produce en cada versión y según sus circunstancias específicas una partitura palpable diferente. El acto de su primer ingreso no es en consecuencia un acto final sino un proceso abierto como un hermoso par de piernas femeninas a un juego inventivo inagotable.

22-I-76 Así como cada restauración aparece presidida por su signo, el desciframiento del signo no es empresa menos apasionada que la restauración misma. ¿Por qué hoy recuerdo esto y ayer no recordé esto otro? ¿por qué mi instantánea conciencia global de un momento del pasado empieza a verse alterada por las palabras que la evocan hasta conducir a una conciencia diversa del mismo momento y por lo tanto a un momento diverso? ¿por qué cada uno de estos caminos verbales, similares en la variación de su

recorrido, culmina a su vez en lugares de palabras diversos entre sí?

26-I-76 Del hecho originario solamente ha quedado una suma de testimonios, distanciados o inmediatos pero no por ello más dignos de crédito unos que

2-II-76 otros. El testigo presencial de sí mismo —el protagonista en el acto que protagoniza— se encuentra sumido en el hecho hasta el cuello, el valor de verdad de su recuerdo será tan ilusorio como el de cualquiera de sus versiones posteriores. Se sostiene, todavía más, que ese valor acrecerá en razón directa del alejamiento temporal. Los árboles no dejan ver el bosque, etc.: la distancia trae consigo la serenidad; se calman las pasiones, y la experiencia misma, la “experiencia de la vida”, otorga la perspectiva “necesaria”. Pero recompone el aparato perceptivo al extremo de condicionar alteraciones en la respuesta del organismo a los hechos del pasado. En este sentido, la memoria no es sino una forma de la percepción. El recuerdo vívido de un hecho reciente puede hacer que a uno se le suba la sangre a las mejillas o se le vayan los humos a la cabeza, le tiemblen las piernas o le ardan las manos, se le llene la boca de saliva o se le haga perentorio taparse las narices; el tiempo desembaraza de intensidades extremas y libera del impedimento parcial de quien sufre un temblor de piernas o tiene las narices tapadas. El extremo perfecto de la liberación de la intensidad es, ciertamente, la desaparición del último vestigio del recuerdo mismo, algo indeseable desde todo punto de vista mientras no sea el de quien desea morir —lo que todo pro-

4-II-76

tagonista de su vida ha deseado alguna vez—, como se sabe, sin que esto sea ningún pecado.

EXCURSO URBANO

17-III-76 Era la mañana del 20 de mayo. Hernán, saliendo de su dormitorio y terminando de arreglarse la corbata, con un par de libros bajo el brazo, lanzó al pasar frente al dormitorio de sus padres el ritual Buenos días - Hasta luego de todas las mañanas. Bajó las escaleras, salió a la calle y subió al auto de su madre. Encendió con calma un cigarrillo, dejó salir con placer la primera bocanada de humo del día y dio el contacto. Lentamente —se había levantado temprano y tenía tiempo de sobra para llegar a clases— el auto fue recorriendo las cuadras que separaban su casa de la Universidad. A esa hora resultaba imposible prácticamente movilizarse en micro. Todos los habitantes de Santiago se dejaban caer, como una horda, sobre el centro de la ciudad para empezar las diarias faenas, para vivir obligadamente y casi siempre con desgano las ocho de las quince horas del día que debían dedicar a quehaceres destinados a seguir viviendo. Los paraderos estaban atestados de gente. Divagando, ni siquiera él sabía en qué, Hernán no puso atención en estos grandes grupos humanos que como colmenar rodeaban cada letrero con la inscripción: "Paradero de Trolebuses". Al pasar el canal San Carlos decidió detenerse para llevar a alguien. Hubiera preferido llevar a alguien que le hubiera hecho señas, que se lo hubiera pedido: era más fácil, no tendría que parar el auto frente al paradero, bajar el vidrio del lado derecho y preguntar ¿Quién va al centro? para luego esperar 10 ó 15 molestos y bochornosos segundos, ya que éste era el inconveniente: al recibir el ofrecimiento los peatones, pese a que su único deseo era el de aceptar, sentíanse cohibidos. Vacilaban, se miraban unos a otros, hasta que, por fin, alguno tímidamente respondiera: "Yo, señor", y se dirigiera

con pasos asustados y temerosos al auto, para ser de improviso seguido por una horda de gente a la cual el conductor debía detener riesgosamente.

Considero oportuno introducir un paréntesis explicativo en esta modesta escena urbana y llamar la atención sobre alguno de sus rasgos salientes. Se diría que el primerizo Gaspar, en el afán balzaciano de pintar el cuadro de una sociedad completa, se abre ya (con impaciencia conocida) hacia territorios diversos del que lo ha establecido ante nosotros como un narrador singularmente dotado. Deja su hilariante rol de cronista de mozalbetes de alta sociedad y desciende a la calle para estacionarse, brevemente todavía, frente a la masa. Nos agradecería decir que se instala *en medio* de ella, mas no queremos exponernos a forzar la interpretación del texto.

18-III-76 Ciertamente es que el protagonista de esta nueva aventura, el joven Hernán, va perfectamente protegido por un capullo metálico en la forma del auto de su madre, pero no es menos cierto que, aún prefiriendo una solicitud externa, un agente foráneo, "alguien que le hubiera hecho señas" —lo que comúnmente se llama la acción de un *deus ex machina*—, resulta siendo él mismo, por iniciativa propia, quien abre las puertas de su capullo móvil y se ofrece desnudo al contacto vitalizador de la marea humana.

Que será él quien abre los conmutadores que van a poner la situación en marcha es algo que se anticipa misteriosamente: "dejó salir con placer la primera bocanada de humo del día y dio el contacto". Que el contacto es percibido como

vitalizador cae más allá de toda duda. Pruebas al canto: Hernán es introducido al lector "saliendo de su dormitorio", o sea, despertando. Se ha "levantado temprano", esto es, ha despertado al alba de un nuevo día. El texto manifiesta otro modo de conciencia premonitoria del orden de sucesos que lo aguarda al mostrarlo arreglándose la corbata, transmutación contemporánea de la lanza medieval. Además, sale "con un par de libros bajo el brazo", agregando así las letras a su equipamiento de armas, y en un primer despliegue, no exento de alegría, envía a sus padres, presumiblemente dormidos, es decir, inconscientes (del amanecer y todo eso) un saludo ritual que esconde toda la ironía bélica del mundo. Notoria es también la precisión de la fecha, 20 de mayo (era la mañana del) y la ubicación de este dato como frase iniciática del texto. Se trata de una clave, podemos afirmarlo impunemente, y su desciframiento es obvio: el 20 de mayo acaece 19 días después del 1º de mayo, Día Internacional del Trabajo, en que se conmemora a las víctimas caídas en un acto de insurgencia popular ocurrido en Norteamérica, y un día antes del 21 de mayo, Aniversario del Combate Naval de Iquique, donde un puñado de marinos chilenos dio un ejemplo de grandeza moral al país entero, haciéndose matar en minoría por un acorazado de la hermana República del Perú. De manera que la odisea de Hernán se instala entre un hecho de masas y un hecho de guerra, situaciones históricas que se traslapan y mancomunan con decidora frecuencia.

20-III-76 Ahora bien, no podemos inadvertir que dicha odisea lleva a nuestro joven rumbo a la universidad, escuela de inquietud y renovación según voces

hoy desautorizadas. No podemos tampoco ignorar el dictum, bala en boca de los hombres "con experiencia" (en particular de los comerciantes) según el cual no hay universidad como la vida. Pero como sea que tomemos el sentido del término "universidad", aun si avalamos las novedosas versiones que hoy pretenden legitimarse en la palabra divina de ciertos contadores-audidores, Hernán se dirige, bien armado y defendido, deseoso de aprender algo, a recibir clases de alguna especie. Su único error, tan propio de la juventud que difícilmente podríamos inculpárselo, está en creer que tiene "tiempo de sobra"; por otra parte la noción de holgura temporal está inserta en el texto mismo y lo constituye de manera inalienable: la masa aparece descrita en forma tal que no puede sino producirse un retardo o diferimiento, tal vez un aplazamiento sin plazos, del contacto que Hernán desea instaurar en ella. Las dimensiones de la misma son ampliadas en un close-up swiftiano de aquellos que transforman un simple poro de la piel en una cavidad

22-III-76 infinita y aterradora: porque se trata, tengámoslo presente, nada más que de un grupo de peatones esperando micro (o trole) a la hora del trabajo, hecho cotidiano y sin importancia más allá de los empujones, el robo de carteras, algún agarrón de pote por cuenta de los aprovechadores que nunca faltan, y las cartas del lector llamando la atención de las autoridades edilicias sobre las deficiencias de la locomoción pública. Sin embargo se nos dice que a esa hora resultaba "imposible" movilizarse en micro, que los paraderos estaban "atestados", que "todos los habitantes de Santiago se dejaban caer sobre el centro de la ciudad", "como una horda"; se nos habla de "grandes grupos

humanos”, y se repite —that is to say, se recalca, se enfatiza— el concepto de horda (“horda de gente”). Por un lado, ésta es la típica exageración del automovilista. Pero, ojo, más allá de minucias podría ser una visión metafísica de la fuerza palpitante de la masa: de su creatividad (“grandes grupos humanos que como un *colmenar* rodeaban cada letrero”) y de su destructividad: cuando el “conductor” interpreta las aspiraciones del peatón, invitándolo a subirse a su carro y locomoverse fuera de su instancia de frustrada espera, invitación que en un principio intimida y cohibe, descubriendo en el recipiente delicadezas sumergidas que bien podrían no ser sino la zorruna y justificada desconfianza del peatón frente a las aperturas del automovilista, vengan éstas de inspiración conservadora o social-demócrata, las que a su vez podrían encubrir vastos depósitos de perversión sexual cuando

23-III-76 conductor padece, como todo líder eventual, una espera, molesta y bochornosa, mientras el pueblo define posiciones, se carea y examina, hasta emitir finalmente un representante, cuyo desconcierto y felicidad abrumadoras lo llevan vacilando en medio del temor hasta la mesa de negociaciones (poblada, como se sabe, de trucos bajo la cubierta), donde cautela y gentileza pronto decepcionan, de manera que lo alcanza, aparta y supera la bullente muchedumbre de sus seguidores, transmutando, como el toque de varitas mágicas en vez de puños en alto, al conductor, inicialmente incitador, en elemento represivo. El invitante ahora debe poner un portero con laque a la entrada de la fiesta para impedir el ingreso de los paracaidistas. Es indudable que el conductor corre un riesgo al detener la

horda. Al que da y quita no le sale una corcovita sino que le dan vueltas el auto por maricón. Pero el texto, ignorando olímpicamente la biología, se siente a sus anchas en el tiempo, ya lo hemos dicho, y no entrega todavía a nuestro Hernán esta valiosa y áspera enseñanza antropológica. Después de todo, no podemos negar que el joven es hombre de suerte.

Hernán alcanzó a divisar, antes de detenerse por completo, una mujer embarazada que caminaba con lentitud en sentido contrario al suyo. Era joven y no hermosa pero con una particular belleza: ojos grandes, cara más bien redonda, labios carnosos y bien delineados. Rubia, la cabellera algo ondulada y corta no alcanzaba a cubrirle totalmente la nuca.

—Señora ¿va al centro? —Bajó rápidamente el vidrio del lado derecho. Ella respondió: "Sí, muchas gracias", y Hernán le abrió la pequeña puerta del auto. Con algo de dificultad, con una dificultad envuelta en suave femineidad, la mujer se sentó. Miró a Hernán y le sonrió. Hernán sintió algo extraño, muy extraño. Junto a un agradable cosquilleo en su vanidad, una especie de vergüenza. Ahí, en un paradero lleno de gente, él paraba su auto para llevar a una mujer embarazada; la había mirado como a un caballo de carrera en un remate público y ella le había sonreído de esa manera. Estirando el brazo, abrió la portezuela de atrás y dijo en voz alta, ¿Alguien más va al centro?

Cuatro o cinco personas se movieron en su dirección. En el auto cabían sólo tres. Dos volvieron adonde habían partido y una muchacha desgreñada y paliducha de algunos trece años vestida con el uniforme azul de liceana, una mujer madura y regordeta, y un hombre con aspecto de funcionario público, ocuparon el asiento posterior.

Hernán seguía mirando a la mujer de reojo; ella detuvo su sonrisa, al parecer por ningún motivo en especial, sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Hernán. El dijo

que no fumaba. Atrás, ya todos habían subido y estaban cómodos y con la puerta cerrada. El auto reanudó su marcha.

—¿Tienes fósforos? —preguntó la mujer, sonriendo siempre, con una chispa juguetona en los ojos. Hernán presionó el botón del encendedor. Será unos cuatro o cinco años mayor que yo. No creo que tenga más de 25, se dijo. Pasados algunos segundos, el encendedor dio un pequeño salto hacia afuera de su cueva. Hernán lo tomó y lo acercó al cigarrillo que la mujer tenía en los labios. Ella tomó con una mano su cigarrillo y con la otra la de Hernán. El muchacho enrojeció y volvió a sentir con más intensidad que la vez anterior una mezcla de vanidad y vergüenza.

24-III-76 Hemos ido oscuramente más allá de la simple y neta alegoría social que organiza la primera parte del pasaje y hemos ingresado a una atmósfera enrarecida. Nos hallamos en médanos brumosos y daneses. ¿Por qué Hernán es atraído por la mujer embarazada? Se nos dice que “no es hermosa” pero a la vez que tiene “una particular belleza”. ¿En qué consiste esa particular belleza? No puede ser puramente una cuestión de “ojos grandes”, “cara más bien redonda”, “labios carnosos y bien delineados” y “cabellera rubia algo ondulada y corta”. Aparte de observar en estos rasgos una reiteración de la manía descriptiva de Gaspar cuando se le pone por delante una cara de mujer —manía interesante como se verá en su oportunidad (1), por su deseo de posesión—, podemos recoger el hilo de la fuerte incitación que ésta le provoca sólo en un detalle: la cabellera “no alcanza a cubrirle totalmente la nuca”, y la

(1) Espero redactar una nota al respecto.

nuca es por excelencia la zona de la cosquilla, o para ser más preciso, de aquella delicia que suelta los músculos de las piernas. Estacionalmente situada en la nuca misma, la nuca posee una inmensa capacidad migratoria y puede trasladarse a cualquier punto del cuerpo, incluidas las uñas de los pies, como también expandirse a la manera de una espiral y adueñarse del cuerpo entero en forma simultánea.

Ahora bien, la nuca de la mujer embarazada no está totalmente cubierta por la cabellera: se la muestra parcialmente desnuda y doblemente por cuanto carece del más mínimo adjetivo. Nadie que no fuera un santo podría resistir su seducción. Pero aun así el misterio no queda agotado. Hernán siente "algo extraño, muy extraño" cuando la mujer sube al auto "con algo de dificultad, con una dificultad envuelta en suave femineidad", frase asaz singular y causa suficiente de extrañeza por sí sola. Pareciera indicar que lo propio del embarazo (como lo dice la palabra misma) es la dificultad, y también que la femineidad es una envoltura del embarazo, algo externo a éste, en circunstancias que, como todo el mundo sabe, la suma para premiar al primer hombre que se haga embarazar aún permanece en depósito en un banco de Italia y permanecerá mientras la femineidad o lo femenino no dejen de ser la condición del embarazo. Esto es, lo inconcebible del embarazo en lo no-femenino hace en igual grado inconcebible la noción de lo femenino como "envoltura" del embarazo. Pero tengamos presente que hay diversos géneros de envolturas. Las que efectivamente son accesorias por mucho que se identifiquen con lo envuelto, como la botella con el vino, y las que surgen, requiriéndose, de idéntica matriz,

como la piel y la fruta. De este orden, indudablemente, es la femineidad como envoltura del embarazo. Reflexiones teóricas de esta índole pueden ser lo que sumerge a Hernán en la extrañeza. Pero la extrañeza es anterior. No bien ha visto a la mujer de nuca impúdicamente abierta caminando “en sentido contrario al suyo”, Hernán ha bajado “rápidamente el vidrio del lado derecho”. Resulta obvio que tal urgente velocidad de movimientos surge de una fascinación inmediata, algo así como la atracción de los opuestos (o contrarios), que es siempre fulminante. La primera sonrisa o primera respuesta de la mujer produce en Hernán “un agradable cosquilleo en su vanidad” (después de lo dicho un poco más arriba la asociación cosquilla-nuca-piernas acota muy ceñidamente de qué vanidad se trata) a la vez que “una especie de vergüenza” porque la conmoción interna ocurre “en un paradero público lleno de gente”. Como la noción de lo público reaparece obsesivamente más abajo, encubierta en un “remate público” y un “funcionario público”, “especie de vergüenza” queda como understatement de algo que se acerca al horror de ponerse en evidencia. Aquí hay un conjunto de cosas: una mujer embarazada, según el testimonio implícito en la autorreprimenda de Hernán, merece un trato depurado de cualquier orden de cosquillas y su condición precluye la mirada brutal e interesada del comprador de caballos de carrera, por muy sofisticado que se diga el deporte hípico. Nuestro pobre Hernán no ha estado a la altura y teme caer todavía más abajo, abre la portezuela posterior y llena el auto de gente, se rodea de público, se hunde en la masa (oh contradicción) para imponerse desde fuera, mediante las exigencias de la convención, un control al desmán

de sus emociones. But he is quite wrong there, porque la mujer, envuelta en su femineidad y por lo mismo desenvuelta, hasta se diría que un poco puta, no siente los efectos del tribunal cómoda y ferozmente instalado en el asiento trasero del auto, y envuelve al héroe en el juego de fuegos y de manos y de cálculos de edades o estudios para establecer la paridad o equivalencia, que hemos leído, según espero, detenidamente.

Detenidamente y todo, no sabemos cómo es que el pecaminoso Hernán se siente tan atraído, y tan culpable de sentirse atraído, por una mujer embarazada. No hace mucho consulté a Gaspar, en una de las rarísimas oportunidades en que se deja ver, acerca del turbio pasaje, y me salió con la observación irrelevante —o chocante, si se lo piensa bien— de que su único hermano hombre nació en 1956. Pienso, por otro lado, que un partisano del realismo socialista vería en la mujer embarazada o preñada un símbolo de la fecundidad del pueblo, y en las emociones de Hernán su turbada percepción por parte del burgués.

Pero el Canal San Carlos, donde estamos, nunca ha sido barrio popular. Y la mujer no es una doméstica o lavandera, como resulta claro a partir de una frase del texto original que en un principio borré por estimarla torpe y que hoy juzgo significativa.

¿Era posible que aquella mujer trabajara? ¿Que se preocupara de algo fuera de ir a la peluquería y a la modista? No —se dijo Hernán— era absurdo. Y no era del tipo que hubiera podido casarse con un individuo sin dinero.

26-III-76 Ahora que la recupero, y luego de haberla tenido un día bajo observación, me pregunto cómo pude haber pensado en eliminarla: la frase remacha un motivo inscrito a lo largo de todo el pasaje, como es el de la caballería andante. Armado de sus armas y sus letras, Don Hernán del Canal San Carlos encuentra en esta dama a la primera viuda o desvalida que requiere (no hagamos notar con qué desenfado) de su generosa protección. Si trabaja es porque no tiene medios y si no los tiene es porque el procurador ha muerto o se ha esfumado. Subliminalmente, Hernán lo ha percibido, y la percepción alienta en las palabras de modo tan resplandeciente que me asombro de mi torpeza al haber estado a punto de eliminar del párrafo ese leve aire de grandeza espiritual que no sabíamos por dónde insuflarle.

Pero todo esto es excesivo para el joven Gaspar, que nuevamente desconoce la riqueza de su material y se va por otro lado.

EL MANUSCRITO CONTINÚA ASÍ

Era la noche del 2 de abril. Era la tarde del 2 de febrero. Hernán y Francisco, echados hacia adelante en el asiento del auto, con los nervios en tensión, veían cómo los árboles iban saltando hacia atrás, tal si fueran balas (o disparos), y cómo las curvas iban siendo devoradas por la pequeña máquina, que corría y corría a más de 120 kms. por hora, dejando tras sí una estela de tierra y piedras. Ambos iban gozando salvajemente al irse sucediendo las emociones dispares de la impotencia, del poder horrible del destino y de las circunstancias, del terror al entrar en una curva, y de la felicidad divina, abrumadora, de ha-

berla dejado atrás, de haber pasado por ella casi como por la muerte, y haber vuelto a la vida.

Faltaba poco para llegar al fundo de Francisco. Ya había quedado atrás la tranquilidad de Matanzas. Unos ocho kilómetros más, y estaban ahí. Hernán disminuyó la velocidad, casi a cero. Francisco lo miró extrañado. —Hemos corrido demasiado— dijo Hernán. —No sigamos arriesgándonos.

Entraron al parque. Las casas antiguas, largas y estiradas, formaban una U de pequeños cuadritos de vidrio que se recostaba entre ancianos pinos de todas variedades, entre tilos y castaños, bordeada por prados geométricos de pasto y de flores, limitados por molduras exactas. Bajaron los maletines (venían sólo por dos días) y tocaron la bocina. Largo rato. Los padres de Francisco no estaban, o sea, habría que esperar que se organizara un poco la anarquía que indudablemente reinaba entre la servidumbre antes que alguien saliera a abrir.

—¿Pero no son empleados antiguos, y de la zona?— preguntó Hernán.

—Sí —respondió Francisco— pero no todos. Por eso está la pelotera aquí en la casa.

Alguien corrió la tranca que sujetaba la puerta. Era una muchacha morena, de labios rojos como cardenales. Robusta y bien formada. Una mujer de campo. Cabello corto a la usanza santiaguina (por estar al servicio de las casas, sabía de estas cosas) y rasgos gruesos.

—María, buenas tardes —saludó Francisco.

—¡Don Francisco! ¡Qué lo trae por aquí! ¡Tanto tiempo! —Y mirando a Hernán— ¡Buenas tardes, señor! —le sonrió.

—Buenas tardes —respondió Hernán con un dejo de sequedad. Francisco lo notó y miróle, la cara envuelta en una mucca de alegre ironía. Hernán enrojeció levemente pero respondió con otra sonrisa. —Idiota...

—Veremos —dijo Francisco con un aire misterioso.

Eligieron un dormitorio —uno de los muchos— cerca del comedor. Según Francisco se economizaban energías de esta manera. Al salir de las comidas para ir a acostarse, ya fuera a dormir la siesta o pasar la noche, habría que caminar menos.

Francisco abrió una botella de whisky, y ambos se sentaron en el living, frente a un tablero de ajedrez. Echaron whisky en los vasos y comenzaron a poner las piezas en su lugar.

Aunque Gaspar se haya ido para otro lado en esta escena, no se ha ido tanto como para plantarnos: Hernán sigue metido en su auto, el mismo Hernán, inquieto y confundido pero noble y deseoso de aprender, a quien todavía no intentaremos identificar dentro de la serie de nuestros conocidos, y que ahora se desplaza lejos del Canal San Carlos y se adentra, acompañado de un amigo, por los rulos costeros al sur de San Antonio. Va a toda velocidad, 120 kms. por hora, por un camino de tierra que debería ser infame (o por lo menos lo era cuando yo anduve por la zona en 1961), aunque si deja una estela de tierra "y piedras" bien podría estar recientemente ripiado. En todo caso, me atrevería a suponer que si el auto hubiera sido suyo, es decir, adquirido con su propio esfuerzo, no lo habría sometido a ese trato falto de consideración. Pero el auto era de la mamá, como sabemos, y la ignorancia de su valor material es comprensible y simpática. La resistencia del capullo materno a los golpes y descuidos provocados desde dentro es considerada de fierro por los jóvenes que realmente lo son, ya que la conciencia de su fragilidad sólo se adquiere con los años, la madurez, y la observación distante propia del entomólogo más que del primer

actor. De manera que tampoco podemos censurar a Hernán y Francisco, ni menos a Gaspar, el insensato gasto de tiempo y combustible en que incurren los primeros para trasladarse a un fundo relativamente alejado nada más que por dos días y sin otro objeto aparente que echarse unas siestas, tomar whisky, jugarse unas partiditas de ajedrez y hacerle los puntos a la empleada (si es que entendemos bien). Anotemos que no los motiva ninguna misión agrícola, como sería la de llevar repuestos para el tractor, dinero en efectivo para el pago de jornales, una orden de venta de productos o algo así. Agreguemos que tampoco muestran la menor capacidad de percepción rural: se describe una casa y un parque pero no se da ni una mirada al campo mismo (ovejero, forestal y arvejero). La crianza puede o no aprovechar la máxima capacidad del fundo; los árboles, pinos o eucaliptos, pueden o no estar en explotación; la tierra puede estar en descanso o en trabajo (si la veloz expedición se realiza en febrero), sembrada o en la siembra (si en abril), los cercos pueden estar en buen o mal estado, puede o no haber embalses para represar el agua de las quebradas, etc. La triste verdad es que de esto no hay información. Lo único que interesa en el texto son los castaños y los tilos, los pinos ornamentales del parque, el símbolo de la renta y no su producción. Oh juventud, divino tesoro cuando es con plata.

27-III-76 Pero la configuración del símbolo tiene un alto interés. Los destinos de la renta, como se sabe, ilustran un sistema de valores, y éste pone de manifiesto su elevada misión civilizadora en el diseño percibido en el parque. La voluntad, inspirada en las grandes monar-

quías de la vieja Europa (hoy tan maltratada por el chantaje de los promiscuos y lascivos emiratos árabes), de condicionar y conducir el desarrollo natural mediante el ejercicio de la autoridad, desarrollo germinalmente explosivo, como se comprobó en el análisis de la sección inicial de este pasaje, el excurso urbano, está claramente detectada en los "pequeños cuadritos de vidrio" (aunque hay gente que llama cuadros a los calzones, en el presente caso no se trata de calzones de vidrio sino de galerías de vidrio), en los prados "geométricos" de pasto y flores "limitados" por "molduras exactas". La aspiración intemporal de este orden se quiere expresar además en el adjetivo "ancianos" que refuerza a los pinos ornamentales, árboles que, hablando en sentido figurado, no mueren nunca. Las casas "formaban una U". Resulta difícil describir una casa en forma de U sin decir que tiene forma de U, pero una vez dicho no queda más opción que registrar las implicaciones de la letra U, vale decir, la proposición de que el status y el estilo de vida ejercidos en una casa solariega interpretan un principio universal. Observación digna del mejor Sarmiento a mi entender. Pero el primer complemento del predicado de la frase modifica de modo inquietante el universalismo de esta ordenación formal: una U "de pequeños cuadritos de vidrio". Conocemos a Gaspar.

29-III-76 En más de una ocasión hemos sido testigos de su perversidad. Recuerdo, por ejemplo, que a su regreso de Europa los llevé a él y a Paz Francisca, su mujer de entonces, a conocer las famosas casas de El Huique, en Colchagua, con el objeto, hoy lo confieso, de allanarle el camino a un reencuentro con el verdadero Chile luego de su larga y, para mí, disipada y corrosiva ausencia extran-

jera. Después de recorrer ese parque asombroso y esa maravilla de arquitectura colonial donde las úes se multiplican hasta el infinito, transformándose a cada momento en los anillos circulares de las óes, tuvo el tupé de comentar que todo eso no era más que un monumento del terrorismo oligárquico. En algo lo disculpaba el hecho de estar con trago. Pero cometió sin duda una gaffe. Alojábamos en casa de Lengüeta Soublette, el administrador de la hacienda, recientemente mutilada por el Sr. Frei, y a Lengüeta, que no se tenía en pie, le bajó la indignación. Pero en vez de poner a Gaspar de patitas en la calle, como se lo habría merecido, Lengüeta tuvo la calidad de salir bufando del living. Para mí que lo hizo por consideración a Paz Francisca, amiga de una de sus hijas. En todo caso, nos evitó una molestia mayor porque si echa a Gaspar habríamos tenido que irnos todos, era más de medianoche y el único punto donde podríamos haber encontrado alojamiento tolerable era San Fernando, a más de 100 kms. de distancia. Al día siguiente me sorprendió que Lengüeta, cuando se levantó para almorzar, no evidenciara en su actitud amable y dicharachera huella alguna del incidente. Lo atribuí a su proverbial bondad, pero no pude evitar el pensamiento de que nos estaba dando una magistral lección de clase. Después vine a enterarme de que se hallaba tan alcoholizado que había perdido la capacidad de retener lo ocurrido una noche antes.

Pero volvamos sobre el texto del que nos hemos apartado. Si el primer rasgo que se anota del universalismo de las casas son las ventanas, vale decir, los puntos de visión, y se los describe como "pequeños cuadrillos", podríamos entender, aunque en principio nos disgusta hacerlo, que Gaspar ya empe-

zaba a hacer de las suyas (entre líneas) insinuando que la visión desde esa casa sería pequeña y cuadrada. La cuestión se pone castaño oscuro cuando se repara en que este primer elemento destacado en la ordenación formal de parque y casas es el vidrio, material afecto por el transcurso de las horas a toda clase de mirajes, asiento de reflejos engañosos, y quebradizo como el que más. Muy de Gaspar todo el asunto. Lo que nos dice haciéndose el tonto es que la noble afirmación de absoluto expresada en la casa señorial no es más que un bluff.

1-IV-76 Por lo demás, el joven narrador muestra ya una habilidad desconcertante para buscarle las cinco patas al gato. Según sus hermanas, desde la más tierna infancia (desde chico, dicen ellas) era leguleyo para discutir. Según mi modesta opinión, también para escribir. Y lo era de un modo bastante espontáneo. Visto en otra forma resulta imposible dar cuenta de ese acierto corroborativo de su tesis deflatoria que es la referencia a la servidumbre (ese otro destino de la renta) anarquizada por ausencia de los padres de Francisco. "Tocaron la bocina. Largo rato". "Habría que esperar ... antes que alguien saliera a abrir". Lo cual equivale a decir que el orden universal y permanente simbolizado en el parque y las casas no opera por principio sino que se impone por presencia, esto es, la geometría (el límite y la exactitud) de los prados y molduras requiere de su mantención por parte de un jardinero bajo el ojo vigilante de un patrón. Otro tanto ocurre con las funciones propias de la servidumbre. Pero el concepto de presencia actúa diversamente sobre los empleados "antiguos" y "de la zona"

—nótese como el texto valoriza el regionalismo en este alcance que, para irritar a Gaspar Ruiz, subrayaremos como vibrante de xenofobia—, donde el patrón se impone en ausencia y desde los objetos que lo representan. Lógicamente, Gaspar diría, con Gonzalo Vega, que el sistema visual bajo examen es también un recurso abusivo para ejercer el ausentismo patronal, esa forma del spleen que consiste en darse la vuelta del agricultor una vez a las pérdidas y ocupar el resto del tiempo en la barra del Club y la gimnasia bancaria. En cambio, sobre los empleados nuevos o de otras zonas, o perjudicados por ambas negatividades conjuntamente, no hay más imposición, si es que alguna, fuera de la que actúa por inmediata presencia cotidiana del patrón. Dichos elementos son insensibles, como toda gente nueva en cualquier parte del mundo y como los burros —ojo con la migración masiva de unos o de otros— a los valores del sistema. De aquí mi oposición declarada a las invasiones, en otro sentido tan positivas porque mejoran las razas. Dada su existencia —la de tales elementos— es inevitable que esté la “pelotera” en la casa, como bien lo dice Francisco ante la tardanza en acudir a sus bocinazos. Pero la pelotera aludida bien puede ser una multiplicación extendida más allá del mero incumplimiento de funciones. Presumiblemente Francisco mismo no lo sabe pero la palabra lo lleva en su propia carga: la real pelotera es la que se arma en el cotejo de sirvientes lugareños contra sirvientes advenedizos. El patio de la cocina es un campo donde vuelan plumas todo el día. La cocinera reparte los alimentos con ejemplar falta de ecuanimidad, nunca se les dice a todos cuando se mata una gallina, el jardinero maneja a su amaño el producto del huerto y la hortaliza y

reserva los primores para su consumo personal, el mozo surte de vino nada más que a sus amigos, todos hablan de más, el pelambre es permanente y hay cambios de palabras con frecuencia reiterada.

3-IV-76 Estamos otra vez en la crónica de jovencitos de sociedad y nada más que en la crónica de jovencitos de sociedad. Pero el texto supera al cronista, como se advierte desde el primer párrafo del trozo. Los jovencitos, de sociedad o no, se introducen en su pequeña máquina por los grandes temas de la velocidad y la muerte. Llevan los nervios en tensión y no es para menos dada la transformación irreconocible que experimenta la naturaleza en tales honduras: los árboles saltan hacia atrás, como si fueran balas (o disparos), las curvas son devoradas como por una ballena, calificada aquí de "pequeña máquina", y de las profundidades se levanta una estela de tierra, en rigor de arena, y de piedras, que encubre el misterio de las esencias como un Proteo. La aceleración del proceso hace gozar salvajemente a los protagonistas: libera emociones de impotencia y terror por el "poder horrible del destino y de las circunstancias" —frase singularmente intuitiva que pone el dedo en la gran cuestión de la estructura última del universo— a la vez que una felicidad "divina y abrumadora" ante las alternativas de la aventura cada vez que la ballena, con las curvas en el vientre, da una dentellada en el vacío o para ser más exacto en el agua, donde hay todo orden de materias que nutren su voracidad metafísica. Lo divino *es* abrumador en el Antiguo Testamento, tanto más confiable que el otro, demasiado humanista y ya blandengue, y por lo demás la felicidad

siempre es divina y abrumadora, notoriamente cuando la ocasiona el haber pasado "como por la muerte y haber vuelto a la vida", es decir, el haber escapado a la fuerza de atracción de la ballena. Tal es la oscuridad en esta zona sumergida donde el pensamiento y la muerte se funden a toda marcha que las coordenadas temporales se desquician. La experiencia transcurre en la noche-tarde del 2 de abril-febrero, el tiempo se desplaza hacia atrás y se regresa de la muerte, como lo dice una frase textual o casi, a la vida. El poder de una sola palabra la sintetiza, y modifica lo sucesivo del discurso. Esa palabra designa un lugar, Matanzas, y desde el regreso de Matanzas, se habla de su tranquilidad, como si la tuviese lo que ha ocurrido. Evidentemente que después de una matanza reina la tranquilidad, como en aquellas escenas blancas de Africa Addio, alterada solamente por los cuervos, que no la afectan en lo fundamental.

"Hernán disminuyó la velocidad casi a cero. —Hemos corrido demasiado —dijo. —No sigamos arriesgándonos".

5-IV-76 Todo riesgo supone una transformación personal y su latencia previa es perceptible para el ojo del que tiene ojo. El tipo dispuesto a tirarse al agua lleva una especie de banderita invisible, que sin ser precisamente negra es lo contrario de una bandera blanca y las banderas no blancas llevan inscrito un visible no. Como si fueran un trapo rojo, cortan las conversaciones, irritan a la gente hacia las puntas de las sillas, empujan a la adopción de agresiones defensivas. Porque bien mirado el asunto se advierte que la disposición a cruzarse por delante de lo inesperado, como un borracho estúpido o como un adolescente

de mochila que lo invita con el dedo, no es otra cosa que el signo irresponsable de la voluntad de alterar la persona, el deseo de ser otro, la disconforme inmadurez del que no acepta su propia identidad porque la considera impuesta.

De ahí que los jóvenes, salvo cuando la selección
6-IV-76 natural les da una temprana y feliz formalidad, sean imprevisibles y poco dignos de fiar. Un día se llaman Juan Enrique o Juan Gabriel o Manuel, al día siguiente se llaman Hernán o Francisco y de seguir a este paso, mañana puedo encontrarme con que se las están dando no sé de qué y han adoptado los nombres más inverosímiles. Pareciera no obstante que hay un cierto límite en la materia o al menos que hay un cierto límite en mí mismo porque soy incapaz de imaginarlos llamándose Washington o Wagner, Ulises o Sansón, Carmelo o Floridor. Si es así, quiere decir que también lo inesperado tiene un rango finito y que las posibilidades de estos jóvenes no son en modo alguno inagotables. Pese a ello, debo advertir que no me encuentro en situación de explorarlas hasta su última consecuencia. Ejemplo que debiera bastar es el trance en que me veo en este preciso instante: se me han extraviado tres documentos decisivos.

TRANSFORMACIÓN POR EL PAPEL

7-IV-76 Me explico. Durante 1975 y parte de 1976 he destinado mis mejores esfuerzos a la ordenación y clasificación de la masa de papeles de Gaspar, que por obra y gracia de circunstancias no muy felices para él vino a caer, de manera insólita, en mis cuidadosas manos.

Me refiero a su segundo divorcio y a la venta apresurada del predio familiar, lleno de hermosos recuerdos y ligazones infantiles, donde a la sazón residía desempeñando la vaga y bien remunerada función de administrador, tanto como al acoso policial de que fue objeto por supuesta violación de las normas del estado de sitio, triple desastre enlazado que de no mediar la redacción de esta memoria marcaría la decadencia y desaparición de este joven que un día fue promesa de su generación. Una nota misteriosa llegada desde Talcahuano en marzo del 75 y nunca he podido explicarme qué hacía alguien como Gaspar Ruiz en Talcahuano, así son las vueltas de la vida y las caídas de los predilectos de la fortuna, me indicaba que una tal Sra. Inés, en el balneario de Cachagua (“pregunta por ella donde los pacos”) tenía las llaves de su departamento arrendado en Julio Montebruno, una oscura y apartada calle de Ñuñoa, donde encontraría “cierta cantidad”, así lo decía, de cajones para embalar fruta (“tres cuartos”, ponía entre paréntesis) con sus papeles privados. “Retíralos”, me decía —o me ordenada— “y dispone de ellos según tu mejor criterio”. Naturalmente, y lo digo ahora que estamos en confianza, esto me produjo pánico. La petición era absolutamente inaceptable. “Dispone de ellos según tu mejor criterio”. Por supuesto que sí, muy de Gaspar eso de creer que ponía algo suyo muy precioso a disposición de otro cuando lo que hacía era disponer del otro de una manera preciosamente imperativa. Tuve que tomarme un trago fuerte, dos si quiero ser preciso, para tenerme en pie. Desconocía enteramente el contenido de esos papeles. Lo que me estaba ofreciendo bien podía ser un cadáver o una bomba. ¿Cómo sabía yo cuál era el interés de Gaspar en que yo

tuviera esos papeles? ¿No sería el interés en deshacerse de ellos para borrar la huella de sus actos? ¿Por qué no los quemaba entonces? Pero padecía del síndrome de Nixon y guardaba hasta la última evidencia de sí mismo. Había tenido problemas con los servicios de seguridad, yo lo sabía y lamentaba, pero resultaba de una impudicia criminal su pretensión de que, además de saber y lamentar, yo lo escudara bajo mi prestigio de experto en límites, hombre de confianza de los tres últimos gobiernos. Era vincularme a cuestiones de su exclusiva incumbencia, asociarme por medio de la violencia enmascarada en camaradería de su nota ridícula a sus dificultades personales, buscadas por él, en ejercicio de su propia y responsable libertad, y en absoluto por mí, que lo había perdido de vista en los últimos años y por mucho que supiera de su vida pasada —para eso tenía la extraordinaria caja transmitida por su madre— de su vida presente sólo sabía de oídas. En resumen, concluí que no estaba para que me metieran el dedo en la boca ni menos para exponerme al escándalo de un allanamiento o todavía peor de una detención, con la consiguiente demolición de mi carrera. De modo que opté por no dar el menor paso en la dirección burdamente señalada por la conminatoria misiva de Gaspar, y para quedar totalmente seguro de que obraba bien, consulté con mi abogado. Ni por pienso, me dijo éste. No lo hagas ni por pienso. Con la conciencia tranquila, quedé a la espera de una segunda nota de Gaspar, algo donde registrara una dirección, en Talcahuano o donde fuese, para responderle las cuatro frescas que se merecía. Pero en vez de la segunda nota llegó a mi casa —y francamente me vuelve a temblar la mano de sólo pensar en el horror y la furia que experimenté en ese

momento— un camión de la vega cargado con las famosas cajas “tres cuartos” y los famosos papeles de Gaspar. El camionero, un sujeto desgredado y de aspecto patibulario, me traía un recado, ni siquiera una nota escrita, de un tal Sr. Marambio, que necesitaba sus cajas de vuelta y que “don Gaspar”, todavía lo llamaban “don” a este carajo, le había mandado decir que las vaciara en mi casa. Para colmo, me pasó una guía de entrega, requiriendo mi firma, y me dejó una copia. Porque lo irrisorio y antipático del caso es que firmé. Poseído por no sé qué atroz impotencia tomé el lápiz que me alcanzaba este individuo, con la misma rutinaria indiferencia con que lo habría hecho si me hubiera estado entregando limones o manzanas y yo hubiera sido un verdulero o el ecónomo de un colegio o un cuartel, y extendí una rúbrica que me salió curiosamente segura y parecida a la mía propia. Busqué apoyo en el pilar de mi puerta, visualicé a los visitantes policiales, de aire tan patibulario como este camionero pero probablemente bien afeitados para practicar un allanamiento en el barrio alto sin causar mala impresión, imaginé mi expulsión del ministerio, el rechazo palmario de mis círculos sociales de costumbre, el espanto de los vecinos, el silencio anonadado de la Academia Chilena de la Historia y la nulificación fatal y sin vuelta de mi amable persona. Cerré los ojos mientras un par de pionetas oliendo a sudor vinoso salían con un trocito liviano del ascensor y se introducían hasta mi escritorio, donde empezaron a vaciar papeles sobre la mesa y terminaron cubriendo parte de la alfombra. La papelería formó un contraste inexplicablemente sincopado con mis mapas preferidos enmarcados en los muros y con mis tesoros numismáticos expuestos en anaqueles de encina. El

olor de los papeles amontonados y desparramados enseñando suaves aureolas de humedad, arrugas y dobleces, inagotable variedad de tamaños, tonalidades y texturas, me produjo una rara excitación, lo tengo muy presente, y en el extremo mismo de la confusión me hice un pequeño hueco en el borde de la mesa y empecé a redactar una absurda nota de protesta, un manifiesto de mi indignación, a Gaspar Ruiz, que terminaba en una suerte de panegírico a la intempestiva osadía con que se confiaba en mí. Pero no sabía dónde ni cómo encontrarlo, de suerte que esas palabras, que podrían tener destino más adelante en estas mismas páginas, no lo tuvieron en aquella oportunidad. No he sido —todavía— molestado por los organismos de seguridad y en la alternativa de romper estos papeles que son, como me consta, un ejercicio irresponsable de la herejía libertaria en su conflicto eterno con los poderes ordenadores de lo ortodoxo, o habituarme a convivir con el miedo a las denuncias y sus secuelas odiosamente previsibles, he optado, curiosamente, por lo segundo. Es algo que hace un tiempo no me habría esperado de mí y que sólo puedo atribuir a un renacimiento vigoroso de mi natural pasión científica: Gaspar es un período —superado— de la historia de Chile.

9-IV-76 Porque dicho sea en honor a la verdad, estos papeles han modificado mi existencia. Si doy una mirada atrás, verifico un reordenamiento gradual y muy visible de mis actividades cotidianas en función de estos papeles, como si mi vida hubiera hallado un nuevo centro en ellos, que es lo que en efecto ha ocurrido. Me he desligado de obligaciones y responsabilidades que antes me

atraían o importaban, he interrumpido la redacción de mi monografía sobre las utopías en América y me he distanciado de la mayor parte de mis amistades habituales, en un movimiento que se diría una réplica de esos alejamientos súbitos e inexplicables que jalonan la trayectoria de Gaspar, determinado en mi caso por la energía del propósito de disponer de más tiempo para estos papeles. O por decirlo a la inversa, lo que ha pasado es que en proporción directa al desarrollo de mi absorción en estos papeles ha disminuido mi interés en lo que no dice relación con ellos. Así es como me he acercado a las amistades y a la familia de Gaspar, a sus lugares, sus preocupaciones, sus autores y sus mujeres. A veces me sorprendo hablando como él y pensando como él o, lo que es peor, escribiendo como él, obsceno y desenvuelto como un niño bien criado en el campo y pasado por las universidades inglesas. En más de una oportunidad me he sentido contagiado por sus humoradas y su cinismo o por esa actitud suya burlona y disolvente ante los valores constructivos. A menudo me advierto parodiando sus obsesiones.

Por todo esto es que no me perdono el haber extraviado aquellos documentos ni comprendo cómo pudo haberme sucedido a mí y a estas alturas. Freud diría que la pérdida de un objeto nunca es casual. Pero ¿cómo analizar mis motivos, cómo saber por qué involuntaria resolución los extravié si están extraviados y tampoco recuerdo su contenido? Por cierto que el haber olvidado este último es tanto como haber olvidado los primeros y si algún día reaparecen podré investigar la cuestión y arrojar luces sobre mi manejo del material y a no dudarle y para mi vergüenza desencubrir los prejuicios o parcialidades que impugnen mi realización con-

creta del ideal de objetividad que he postulado como fundamento de mi metodología crítica. Por el momento no puedo más que consignar los únicos indicadores de que dispongo. En mis trabajos iniciales de clasificación determiné, por evidencias internas y externas, deductivas o conjeturales cuando no factuales, que los textos redactados en 1956 fueron seis. Así lo indica una nómina que incluí en una carpeta rotulada "Notas, guía, 1975-1976". En dicha nómina los textos aparecen titulados. Los tres que se han perdido, con títulos probablemente impuestos por mí durante la ordenación. Lo pienso así porque respiran esa exterioridad que sólo el tiempo hace posible. "I. Ingreso al colegio", "Ia. Dreams of glory (?)", "Ib. Gaspar puritano". ¿Qué será lo que ocurre en ellos que su evidencia se ha perdido? La desaparición de evidencias en un proceso —y supongamos, provisoriamente, que estas páginas lo son— ocurre obviamente cuando ésta es de carácter incriminatorio. ¿Qué episodio de su historia o faceta de su personalidad descubrirían estos textos que en mi calidad de albacea intelectual de Gaspar y como defensor, en justicia, de sus intereses (que bien podríamos llamar póstumos) los he preferido extraviar a fin de no tener que ponerlos a la luz pública? Lo ignoro y no lo sabré mientras no los tenga a la vista, si es que algún día eso sucede. Pero los títulos son decisivos, aunque más no sea del tipo de impresión que me produjo su lectura antes de proceder a su pérdida.

I. INGRESO AL COLEGIO

10-IV-76 Los ingresos al colegio, en líneas generales, se parecen todos cuando el que ingresa es un niño sensitivo y privilegiado. Por lo tanto, no es difícil imaginar el de Gaspar, si es del ingreso de Gaspar (o del de alguno de sus personajes) de lo que se nos habla en el texto. Lo estoy viendo. Muy rubio, el pelo muy corto y mojado, metido en el terciado de un bolsón con olor a cuero nuevo, entra en la sala del kindergarten con cara de pequeño bulldog y barbilla temblorosa, aferrado a la mano de mamá, recién a la tercera hora de clases y después de una batalla campal en la puerta de su casa mientras papá se afeita en el baño del segundo piso, compungido y a la vez divertido, sabiamente remoto ante los gritos y los tirones y la lógica irrefutable del no porque no quiero, porque me carga ir al colegio, mamá, no me obligues, no seas cruel. Una primera tregua, lograda por la materna psicología infusa y la persuasión de los besos, las caricias y las promesas de amor y ventaja futura, yo quiero que mi Gaspar sea un niño inteligente cuando grande, que sea más inteligente y más importante y más famoso que todos los otros niños, así lo quiero yo ¿y cómo entonces no vas a ir al colegio? ¿te vas a quedar tontito y pajarón, sin aprender a leer ni escribir, como los chiquillos de los inquilinos? ¿te gustaría ser como el Melo y el Perucho y el Manolo? a lo que Gaspar responde de inmediato que sí, que lo que le gusta y lo que quiere es subirse a los árboles y andar a caballo y comer choclos asados en los potreros y agarrarse a membrillazos con sus amigos porque son sus amigos y no quiere tener otros amigos porque sus amigos

son buenos y lo quieren, pero gradualmente empieza a sentir la atracción de la diferencia que adquirirá sobre sus amigos y eso de estar en el colegio y leer y escribir como los grandes le empieza a parecer importante y famoso aunque todavía se defiende, si yo sé leer, mamá, la señorita Laura me enseñó a leer, mira tráeme el silabario Matte y te muestro cómo, si yo sé, mamá, para qué voy a ir al colegio, pero se ha dejado seducir, tocado en lo más hondo de su infantil espíritu de superación. En el auto, frente a la puerta del colegio, sobreviene la segunda pataleta. Aquí mamá enjuga muchas lágrimas, promete esperarlo sin moverse hasta que salga a la hora de almuerzo, te lo juro, Gaspar, no me aparto un metro, paseo por la vereda, mira, leo el Zig-Zag mientras te espero, aquí vas a salir tú cuando seas grande y empieces a ir a fiestas, mira, en vez de estos chiquillos feos y con caras de burros, vas a ser el rey de las chiquillas y te van a convidar a todas partes, vas a bailar mejor que nadie y ¿sabes qué más? cuando sepas escribir vas a escribir en el Zig-Zag. Gaspar pregunta para qué voy a escribir en el Zig-Zag, pero ha ganado terreno y a condición de que mamá lo acompañe hasta la misma sala de clases se deja empujar por el camino de la gloria. Lo tardío de su llegada provoca toda una conmoción entre los niños pero ha sido una mañana de conmociones en el kindergarten: Gaspar no es el único niño fundido, también otros han llegado tarde y prendidos a las polleras de mamá, algunos hasta han traído objetos distintivos como osos de peluche, autitos norteamericanos o unos tremendos sandwiches de palta en pan de molde. Gaspar lo percibe de inmediato, y capta el sentido amenazante de lo que percibe. Tal es la razón, inexplicada hasta ahora, de que

al ser depositado en banco de primera fila por la miss, cuidadosamente, como si fuera una porcelana, pero junto a otro niño, un niño de apellido Luco, Gaspar no haya tenido la discreción de aguardar que su madre, llorosa y arrepentida no sabía bien de qué, hubiera alcanzado a dejar la sala, antes de girar su pequeño cuerpo hacia Luco y propinarle, sin miramientos, contemplaciones ni provocación alguna, un puñetazo feroz en la nariz. Cuando se le pidió cuentas de su acción, se disculpó con encantadora inocencia infantil, diciendo que ese niño lo molestaba. Después de todo, no hacía más que responder, precoz y velozmente, a las expectativas de mamá.

Un hijo hombre, decía Susana por su parte, es siempre una confusión.

I a. DREAMS OF GLORY (?)

12-IV-76 El segundo texto, "Dreams of Glory (?)" es claro adonde se dirige en cuanto tema. Pero desde el punto de vista histórico el título es oscuro. No sabemos si encabeza la proyección de deseos infantiles, adolescentes o juveniles. Además, también es oscuro desde el punto de vista dramático y no hay ni habrá cómo saber qué situación específica relata. Por último, la máxima gravedad del caso está en que un signo de interrogación pone en duda el punto de vista mismo ¿Son efectivamente dreams of glory los dreams of glory de que se nos habla? ¿o son, bajo ese rótulo, realidades concretas, absolutamente anglosajonas, de aquellas desde las cuales se acuñan también esas otras expresiones colaterales del dream of glory que son el wishful thin-

king y el day dreaming? Gaspar, según propia confesión, era un as para todos estos ejercicios masturbatorios, y lo ponía de manifiesto en forma magistralmente sintética cuando decía all my dreams come true. Por lo que yo sé, y lo digo para completar el cuadro, también le resultaban ciertas sus pesadillas.

In other words, su vida onírica y su vida "real" se conjugaban misteriosamente y eficazmente, lo que le daba al tipo un toque entre hollywoodense y kafkiano.

13-IV-76 Suponemos que Gaspar niño protagonizaba simultánea o sucesivamente roles de almirante, bucanero, descubridor de las fuentes del Nilo, Flash Gordon, Tarzán, Roy Rogers, hijo único de madre viuda, Tom Sawyer, huerfanito, moro expósito, domador de circo, campeón de patinaje en hielo, zorzal criollo, Alicia en el país de las maravillas, Quintín el aventurero, mona Chectah, navegante solitario. Al Jolson, Juan Manuel Fangio, Buffalo Bill, Manuel Rodríguez, Vuelta del Zorro, Günther Mundt, Cole Porter, enano malo, Madame Curie, José Miguel Carrera, dueño del Hotel Puyehue, Bartolomé Ortiz, Cabaña del Tío Tom, misionero, Marco Polo, Varoli, Ivanhoe, Mandrake el Mago, Emile Allais, Sapo Livingstone, Kim de la Selva, Sherlock Holmes, Víctor Ruiz, Capitán Nemo, Pedro López Lagar, Caballero de la Tabla Redonda, Libertad Lamarque, Marcel Cerdan, Moctezuma, Peter Pan y Wendy, Robinsón Suizo, Marco Antonio y Cleopatra, pequeño escribiente florentino, abogado de Portia, William Shakespeare en su propia salsa, bombero, rey de los gitanos, flautista de Hamelin, policía montado del

Canadá, Rommel y Montgomery, Robin Hood, Charles Trenet, Bill Barnes, Armando Carrera, Doc Savage, Tigre de la Malasia, Tesoro de la Juventud. (1)

Uno se pregunta cómo le alcanzaba el tiempo para vivir tantas vidas diversas y variadas, mayormente si se considera que ya tenía sus ocupaciones de niño, como ir al colegio, hacer tareas, cumplir castigos, regalonear, comer y dormir. La respuesta es que no era él sino sus personajes quienes le vivían la cosa cotidiana. Jamás comía en el mismo sitio ni con la misma ropa, nunca dormía en la misma casa, el colegio parecía ser el colegio y lo llamaban el colegio pero era tanque, acorazado, velero, pantano con lianas, camino de noche, nave espacial, helicóptero, isla misteriosa, pista secreta, cabalgata, carromato, laboratorio, caravana, montaña blanca, tribu de salvajes, escenario.

Durante unos tres años las misses lo informaron como niño distraído y agresivo. No demostraba entusiasmo por las actividades de grupo y cuando sus compañeros se le acercaban para proponerle juegos les pegaba, lo mismo que a Luco el primer día. Si lo dejaban solo, se iba como a otros mundos, donde parecía entretenerse de lo más bien porque gesticulaba, como representando escenas bélicas o suplicantes y emitía ruidos suaves —yo diría sotto-voce— que parecían ser máquinas o motores, caballos, disparos, oleajes o explosiones. Una joven miss, a la que a Gaspar le había dado por seguir hasta el baño de las profesoras, sugirió a la madre

(1) Los cowboys lo impresionaban en particular. Escribió un cuento con asunto de cowboys que parece ser la primera de sus producciones literarias, se llama *El Oeste* y el texto es una página en blanco que reza como sigue:

que lo hiciera disfrazarse. Esta repuso que lo había intentado pero que, salvo cuando le nacía espontáneamente, se ponía rojo como zanahoria y se enojaba y contestaba a gritos que no estaba para que se rieran de él. Prefiere los disfraces mentales, diagnosticó la miss, que había leído libros de psicología, así se pone menos en evidencia. Susana quedó perpleja, en cierto modo quedó herida, porque entendió que en alguna forma la miss le había querido decir que Gaspar era un niño hipócrita. Conversó el asunto con su marido. Víctor estimó que no había tal. Lo que te quiso decir fue que Gaspar es tímido. Pero hay maneras de decir las cosas. ¿Por qué no me lo dijo directamente y en sus palabras? ¿qué tiene de particular que un niño sea tímido? además ¿tú crees que Gaspar es tímido? Yo creo que sí. Yo también. ¿Entonces? Debió habérmelo dicho en sus palabras y sin dar a entender cositas raras. Al día siguiente volvió al colegio, habló con la miss a la hora del primer recreo y le pidió, de muy buen modo pero en tono resuelto, que le precisara qué era exactamente lo que le había querido decir. La miss, una chiquilla joven, más joven que ella, fue la que se puso como zanahoria mientras Gaspar, escondido detrás de una pilastra y viviendo un personaje prodigiosamente parecido al suyo propio, se preguntaba cuál de estas mujeres tendría la razón en lo que era visiblemente un cambio de opiniones acerca de su importante persona.

14-IV-76 Susana no quedó tranquila. El asunto de la hipocresía terminó por despejarse pero antes hubo unas respuestas demasiado generales y poco convincentes por parte de la miss. Compréndame, señora, dijo ésta,

yo no podría calificar de hipócrita a un niño. Es una palabra que no se me ocurriría usar cuando se está hablando de niños chicos. La hipocresía es un concepto que se aplica a la conducta de los adultos. La ofuscada Susana tuvo cierta dificultad en demostrar a la miss que no estaba hablando de palabras ni de conceptos sino de algo perfectamente distinto. ¿Había querido la miss, sí o no, dejar caer, así al pasar, como para que no se notara demasiado, tal vez sin intención deliberada, que Gaspar su hijo era un niño hipócrita? ¿Sí o no? La miss aseguró que jamás se le habría pasado por la mente decir nada en esa forma. Decir las cosas claras cuando había que decirlas era parte de su trabajo.

Susana, al borde de la exasperación, pensó que la miss era una culebra, debe tener sangre judía, se dijo, aunque sería raro en un colegio católico. Pero la miss, hundida en la angustia, le juró que nunca jamás había pensado que Gaspar fuera un niño hipócrita, al contrario, era un niño absolutamente franco y encantador, y si quería que le dijera la verdad de una vez por todas, Gaspar era su debilidad. Se lo juro, señora, por mis propios hijos.

Esto último produjo un vuelco total. Las dos mujeres estuvieron a punto de abrazarse, un poquito llorosas, y se sentaron en un escaño para pasar a otro tema. Sonó el timbre, terminó el recreo, el curso de Gaspar formó a cargo de la miss de segunda y entró a la sala, donde Gaspar, con su hipocresía característica, se hizo el que le dolían los ojos con el polvo de la tiza y le cambió el asiento a su antiguo y aporreado compañero Luco para quedar junto a la ventana, donde se instaló a mirar a estas mujeres que ahora lo discutían amigablemente.

Cuando la miss volvió después de una media hora, le hizo cariño en el pelo y le dijo, Ay, Gaspar, cómo me complicas la vida con tus cosas ¿no? Gaspar echó adelante la cabeza y le tocó el vientre con la cara, aspirando el aire. La falda escocesa de la miss olía a lavanda y se puso inmediatamente colorado, pensó que los niños se daban cuenta y le quitó el autito a Christensen, que le dio una patada en el tobillo y recibió al instante un golpe en la oreja. La miss tuvo que separarlos, pero no permitió que Gaspar se le acercara mucho.

Esa tarde se le acurrucó a su mamá en la falda, olorosando de lo lindo y con las ventanillas de la nariz palpitantes como las de un conejo. Pero su madre no olía a lavanda ni olía a nada en particular. O para ser más exacto, las ropas de invierno salían recién del closet y la falda escocesa de Susana olía ligeramente a naftalina.

¿De qué hablaban con la miss, mamá?

Ay, Gaspar, tú me vas a sacar canas verdes.

¿Por qué, mamá?

La miss Carmen te quiere mucho, niño.

¿Por eso?

No seas tontito. Lo que te quiero decir es que te quiere mucho y es muy dije contigo. Entonces...

Sí, mamá, si sé. Es un amor conmigo. Siempre me hace cariño en la cabeza y yo la sigo hasta el baño de las profesoras.

Susana se puso rígida. El corazón le latió a toda velocidad, como en las películas de suspenso.

Mamá, hazme cariño en la cabeza.

Pálida, Susana empezó a contar hasta diez.

Mamá...

Iba en siete. Le hizo cariño en la cabeza.

Mamá, ¿dije algo malo?

No hijo, estás loco. Voz muy suave. Estás loquito. No has dicho nada malo. Pero tú haces cosas malas.

¿Es malo seguir a la miss Carmen al baño de las profesoras?

La mano de la madre quedó inmóvil en el aire, como una gaviota frenada por vientos contrarios. Gaspar se echó a reír. La mano, precipitadamente, volvió a posarse en su cabeza. En un golpe de inspiración salvadora, la madre dijo:

Eso no tiene ninguna importancia, niño, por dios. Me refiero a otra cosa. Tú les pegas a los niñitos y eso es malo. Según la miss Carmen, eres todo un pequeño Joe Louis.

Gaspar se echó a reír de nuevo.

Es rico, mamá.

¿Pegarles a los niños?

Las dos cosas, mamá.

Susana contó hasta cincuenta mientras le hacía cariño mecánicamente en la cabeza. Al día siguiente llamó a la consulta del Dr. Blanco, especialista en niños difíciles, y pidió hora para Gaspar.

15-IV-76 El Dr. Blanco, famoso y todo, no colaboró demasiado. Era un hombre extraño, de aspecto siniestro, según Susana, que escuchaba hablar y tomaba apuntes sin salir de un enfático mutismo. No pareció darle ninguna importancia a las indagaciones de Gaspar en el baño de las profesoras, que fue el último de los puntos abordados por la madre, luego de muchas dudas y vacila-

ciones que por poco la hicieron guardárselo y convertir la entrevista en una mascarada. Se le movieron algo las cejas cuando se había tratado el segundo aspecto escabroso de la intimidad infantil de Gaspar, aspecto al que mi poder, perdón, mi pudor, natural me ha impedido referirme hasta ahora, y si me sobrepongo en esta oportunidad es por la sola razón de que mi lema es la veracidad ante todo: Gaspar se hacía pipí en la cama.

Ah, sí, había dicho Blanco. Enuresis. Hay tratamientos eléctricos para eso. Convendría irlo pensando.

Este hombre es un Frankenstein, se dijo Susana horrorizada, y tuvo una visión fugaz y abominable del niño atado a un potro de tortura y con su pajarito chamuscado.

En cambio el relato de las agresiones de Gaspar indujo al psicoanalista a una módica locuacidad.

Los problemas de adaptación al medio, dijo pueden acarrear complicaciones futuras. Habría que empezar por un diagnóstico. Hay tratamientos a base de juegos psicológicos que dan buenos resultados.

Susana tuvo otra visión infernal: Gaspar practicando la ruleta rusa. Pero se tranquilizó más tarde cuando el médico la llevó a la pieza contigua, donde Gaspar aguardaba la conclusión de la entrevista en medio de montañas de cubos de madera de diversos tamaños y colores, y bajo la observación de una señorita de delantal, ocupada en tomar las primeras notas para el diagnóstico. Susana se sintió secretamente apoyada en su rechazo del eminente Blanco por la cara de furia con que Gaspar miraba los cubos desparramados por el piso. Según se supo después, por un primer informe verbal de la señorita, Gaspar había levantado cuidadosamente

unas torrecitas y luego las había demolido a patadas, con evidente gusto.

El principio del placer, había observado Blanco, opera evidentemente con mayor fruición en la segunda etapa. Se trata de reinvertir el proceso.

Gaspar fue conducido en tres nuevas oportunidades a la pieza de los cubos, donde su comportamiento se repitió de manera más o menos idéntica. La señorita constató también que luego de sus parrandas destructivas se abstraía en una melancolía o aburrimiento profundos. Tuvo algunas conversaciones con el especialista, que fueron arduas competencias de silencio porque ninguno de los dos decía palabra. Por último, Blanco emitió el diagnóstico. Es éste:

16-IV-76 El tratamiento eléctrico era completamente distinto de lo que Susana había imaginado. Por empezar, era perfectamente inofensivo, al menos para el paciente, ya que no para el resto de la familia. Consistía en un simple trozo de hule conectado a una campanilla, que se instalaba entre el colchón y la sábana. La primera emisión de líquido derramada en su superficie soltaba la campanilla, despertando al emisor. Gradualmente, éste iría habituándose a despertar cada vez que sintiera deseos de orinar y por último aprendería a controlar la vejiga para no tener que levantarse al baño. Eso era todo. Blanco nunca debió haberlo descrito como un "tratamiento eléctrico". Pero la verdad es que Susana exageraba en todo lo referente a Gaspar y no hay evidencia de que en esta oportunidad no haya escuchado mal. Pero también dijo otra cosa inquietante Blanco, y fue que el mecanismo era una aplicación del principio de los reflejos condicionados, descubierto por Pavlov en sus experiencias con perros. Como le habría ocurrido a toda madre joven y todavía inexperta pero con el corazón bien puesto, Susana sufrió otro shock a manos de este científico desatinado: ella no quería que le aplicaran a Gaspar un tratamiento para perros ni creía que un tratamiento para perros pudiera tener efectos positivos sobre un ser humano. Pero Blanco la intimidaba y se cuidó de hacer comentarios.

Víctor tuvo que poner las cosas en su sitio, con ayuda de la Standard Cyclopaedia of Agriculture y sus magníficas ilustraciones.

Hubo aún otro par de dudas que despejar. Pavlov era ruso ¿no es así? Y en Rusia obligan a la gente a acostumbrarse a todo ¿no es así? ¿Con qué va a salir Gaspar después?

¿a qué clase de hábitos va a quedar propenso? Pero al fin y al cabo no estamos en Rusia, dijo Víctor, y si los americanos aprovechan los descubrimientos de este Pavlov será porque le sirven a todo el mundo.

En el Ladies Home Journal y en el Vogue salen siempre esos avisos de frazadas eléctricas, dijo Susana. A mí me da la impresión de que se pueden incendiar. ¿Estás seguro de que nunca nadie se ha electrocutado con ellas? Y con estos hules tiene que ser peor. Imagínate, el agua en la corriente eléctrica produce cortocircuitos o explosiones o no sé qué. Y me imagino que el pipí será lo mismo que el agua ¿serán seguras estas cosas?

Blanco, consultado por teléfono, aseguró que los dispositivos eran absolutamente seguros. Se remitió a un artículo del Journal for Psychosomatic Research que incluía datos estadísticos de producción y resultados de uso de los aparatos en cuestión, donde no se consignaba ningún desperfecto desagradable, y por lo demás, agregó, vienen garantizados.

Finalmente, se encargó el hule a Estados Unidos. Lo trajo la Sofía Undurraga, en uno de sus numerosos viajes a comprar artículos para la venta, y se las ingenió para pasarlo por la aduana como un mantelito para la mesa del jardín y sortear así el pago de los derechos de internación correspondientes a los artefactos eléctricos.

Gaspar estuvo excitadísimo el día de la llegada de su hule. Se paseó por la casa como león enjaulado y se portó como un cafre con sus hermanitas de seis y tres años. Cuando llegó la hora de ir de visita donde la Sofía, para saludarla por su regreso del extranjero y recibirse del encargo, Gaspar quiso a toda costa acompañar a sus padres, como si aguardara

un traje de indio o un trencito en vez de un dispositivo para controlar la enuresis. Le dijeron que la casa de la Sofía iba a estar llena de gente grande, que no eran horas para niños y mañana tenía colegio, y por último que no era cosa de que todo el mundo se diera cuenta de que habían tenido que traerle un hule especial para que no se hiciera pipí en la cama.

Víctor y Susana volvieron temprano de donde la Sofía. La mama Rosa dio cuenta de que Gaspar no se había querido acostar y tenía alborotadas a las niñitas. Gaspar insistió y hubo que instalarle su hule esa misma noche. Las niñitas miraban maravilladas y la mama Rosa se reía muerta de nervios.

Nadie se dormía y la mama Rosa, absolutamente desatendida en sus protestas, tuvo que ir dos veces a pedir a Víctor que viniera a poner orden en la pieza de los niños. Por último, y muy pasada la medianoche, el sueño los fue venciendo hasta que reinó la calma después de la chacota.

De pronto sonó la campanilla.

Primero despertó la mama Rosa. La campanilla seguía sonando, como una delgada catarata, y Gaspar no despertaba ¿o estaba despierto el muy pícaro? Gaspar, despierte, niño, se está haciendo pipí en la cama. La catarata pareció abrirse en dos caídas paralelas y la mama Rosa distinguió la risa sofocada de Gaspar. Mira, chiquillo de moledera, saltó, levántate de una vez, y encendió la luz del velador. Lo que vio fue un espectáculo inaudito. Gaspar se aplastaba la risa con las manos y se retorció en la cama mientras la campanilla sonaba como los demonios. Pero lo que vino fue peor: Gaspar se incorporó en la cama, con los pantalones del pijama empapados, sacó su incontinente diuca al aire y

prosiguió orinando como contratado mientras decía, lleno de felicidad y asombro. ¡Mire, mama, mire que es rico mear con campanilla!

La campanilla tronaba en medio de sus carcajadas y las niñitas despertaron llorando.

¡Mira, bandido!, exclamó la mama, ¡mira que llamo a tu papá!

Gaspar dio un brinco y corrió a abrazarse de su mama Rosa mientras las niñitas, frotándose los ojos, qué pasa, qué pasó, preguntaban desoladas.

Víctor ingresó en ese punto al dormitorio sin entender absolutamente nada, salvo que la campanilla seguía sonando y nadie sabía cómo hacerla parar.

Ya nos iremos acomodando, dijo, y desenchufó pacientemente el artefacto. Cámbiele las sábanas, Rosa, y el pijama, dijo, sabiendo que daba órdenes innecesarias. Besó a las niñitas y a Gaspar. Y ahora todos a dormir. Y salió.

17-IV-76 La mama refunfuñaba y se reía sola. En qué estuve que no te acusé a don Víctor. Molestoso, mal enseñado. Vergüenza debería darte. Ya, ven para acá, pásame la pierna. Ya pues, Gaspar. Apúrate. Como si fuera una gracia. ¿Qué crees que diría tu papá si supiera? La otra pierna, niño. De varillazos te daría. Te sacaría ronchas en el tambembe. Así, si, ahí mismo. Déjame Gaspar. No empieces con los besitos. No te conoceré yo. Déjate, cargoso, partiste, a tu cama. Ya, buenas noches, pobre de ti que salgas con lo mismo otra vez. Porque voy y despierto a tu papá y a la señora, vas a ver no más, los despierto y les cuento enterito el cuento. A ver si algún día aprendes. Te

crees que porque una te las perdona todas te vas a salir siempre con la tuya ¿no? Como si una estuviera nada más que para eso. Ya, bien tapadito, y ya te lo dije, ni una vez más, ésta es la última que te aguanto. Eso es, bien tranquilo, como un gatito bueno.

Al día siguiente, el gatito bueno convirtió su pieza en un laboratorio secreto. Se tiznó pera y bigotes con un carboncillo, yo soy el Dr. Zarkov, dijo, y vistió a las niñitas de enfermeras. En seguida procedió a experimentar sobre el hule con toda clase de líquidos. Agua, agua con jabón, colonia, leche, coca cola, vino, tinta, whisky del papá, pipí de Susana chica, pipí de Teresita, pipí revuelto de las dos niñas. El hule, obedientemente sensitivo, respondía en igual forma a todos los estímulos y la campanilla sonó a rabiarse hasta que la mamá intervino y puso término a la investigación. Las sábanas y el colchón quedaron inmundos y por supuesto que la tinta no salió del hule y hubo que informar a la señora. Esta sometió a los científicos a un interrogatorio, y como las niñitas se mostraron singularmente nerviosas, Susana malició que la búsqueda de la verdad los había llevado por zonas prohibidas y presionó para obtener la lista completa de los elementos que se había utilizado en las pruebas. Las niñitas delataron el uso del whisky del papá, lo que con ser terriblemente violatorio evidentemente no era lo máximo. Por último, Teresita, la menor, soltó la pepa y se echó a llorar: Gaspar las había hecho sentarse en las cantoras y las había hecho hacer pipí. Al principio les había costado hartito pero al final hicieron y lo echaron al hule, primero el de la Susana chica, nada más que porque la Susana chica era la más grande, y el de ella lo dejaron para el último pero después los juntaron

los dos. Después Gaspar les dijo que hicieran caca pero no pudieron hacer caca y la Susana chica dijo que estaba trancada y ella se aburrió de pujar.

A Gaspar lo mandaron castigado a la pieza y lo encerraron con llave pero las niñas quisieron entrar a sacar sus muñecas y se pusieron a llorar porque no las dejaban y el castigo no se pudo cumplir bien porque hubo que dejarlas para que no lloraran. Gaspar le pegó a la Teresita por acusetete. Además, le dijo cagona. Entonces lo mandaron al jardín pero dijo que tenía frío y que se iba a resfriar y que si se resfriaba no pensaba ir al colegio porque le iba a dar una pulmonía. Se echó un poquito de tierra en las narices y empezó a estornudar como condenado. Susana lo mandó llamar y le dijo que se pusiera el chaleco y lo dejó encerrado en la casa. ¿Cómo encerrado en la casa? preguntó Gaspar. Susana, cogida en una trampa, Sí, dijo, encerrado en la casa. ¿En toda la casa? preguntó Gaspar. En toda la casa, contestó Susana. Pero eso no es un castigo, dijo Gaspar. Castigo o no castigo, te quedas encerrado en toda la casa, dijo Susana. Entonces Gaspar dijo que tenía calor y se sacó el chaleco. Cuando llegó Víctor, Gaspar recibió sus varillazos en el tambembe. Hubo una atmósfera de compunción por parte de las niñas y la mama durante el resto de la tarde.

Ib. GASPAR PURITANO

13-VII-76 Un niño de la edad de Gaspar, por mucha que sea su precocidad, difícilmente podría ser un puritano; parece indudable: los niños, según se entiende, son inocentes. De manera que el título del tercer

documento extraviado, "Ib. Gaspar puritano", nos pone en duro aprieto: no sugiere posibilidades de versión libre dentro de la secuencia cronológica de la infancia y en principio nos induce a trasladarnos a otro tiempo, idealmente el de la adolescencia, para probar su capacidad de incitación, si es que la tiene. Ocurre, sin embargo, que el texto se resiste, en su situación presente, a permitir ese desplazamiento: acarrearía un exceso inapropiado de continuidad. Y clama en cambio por un corte, como forma de continuar —es imposible escapar al concepto— la exploración de su propio sistema.

"Matanzas, 10 de enero de 1956

Primero: a su cargo de no haberlo convidado a la Profesión (1) de este humilde servidor, respondo: recuerdo perfectamente haberlo hecho con indicaciones de fecha y hora, pero a lo que parece Su Señoría no prestó mucha atención a lo que le decía; (2) reconozco por mi parte haber faltado en no reiterar la invitación por teléfono el día anterior, en el cual día (27 de diciembre), contra lo que dice su carta, no tuve el honor y el agrado de ver a S.E., pero si no lo hice no fue por desconsideración, sino por el temor de (no) hacerme pesado. (3)

Segundo: en cuanto a la acusación de haber partido sin avisar a Vuesencia, respondo: como bien lo supone, la salida

-
- (1) En estos tiempos en que hasta la iglesia misma se seculariza es necesario precisar en notas de pie de página el sentido de ciertas expresiones que debieran ser de uso y conocimiento común.
 - (2) Observación aguda.
 - (3) El corresponsal de Gaspar es hombre tímido. Pero el reproche injustificado de que se le ha hecho objeto lo pica su poco: la primera versión de esta frase, versión explosiva y controlada de inmediato, decía, como se advierte, "por el temor de no hacerme pesado".

se adelantó y debido a deficiencias de la Cía de Teléfonos (4) no pude comunicarme con San José. (5)

Tercero: mis más sinceras y condolidas expresiones de sentimiento por la trágica muerte de Sujeto; (6) es de esperar, si la doctrina de Balmes es acertada, cosa que no creo, su alma beluina descanse en paz en el cielo animaluno, porque parece que fue un buen sujeto; por lo menos tuvo la capacidad de despertar simpatías, cosa que es una gran virtud. (7)

Cuarto: en cuanto al tripulante del Buque Fantasma (8) ruego a S.S. tenga la bondad de manifestarle que nunca le olvido y que tengo más presente mientras menos le veo, encomendando su querida y descuidada alma a Dios, Nuestro Señor, y esto por una razón sencillísima: su salvación me interesa tanto como la mía, porque 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. (9)

Quinto: en lo referente a tu venida a esta salvaje y hermosa región, (10) he aquí todos los datos de carácter práctico:

-
- (4) Los servicios públicos funcionaban mal en la época de Ibáñez; tan mal como en la época de la Junta.
 - (5) Fundo, sito en La Florida, de la familia de Gaspar Ruiz. Lugar mítico del que Gaspar estuvo a punto de convertirse en algo así como curador vitalicio.
 - (6) Perro vago recogido por Gaspar una tarde de verano e incorporado al inventario del fundo. Murió atropellado por un bus del recorrido Stgo. - Puente Alto. Objeto de una monografía inédita.
 - (7) Sacerdote = superior. Superior = inaccesible. El reconocimiento de la simpatía como virtud fue una de las virtudes que hicieron atractiva a Gaspar, y accesible, la superioridad sacerdotal de Gustavo Borja, ofm.
 - (8) Literary conceit. Se explicaría más tarde.
 - (9) La valorización de su persona en términos de principios generales, de inspiración cristiana o lo que sea, resulta intolerable para Gaspar, tipo altamente personalista en sus afectos.
 - (10) "Salvaje y hermosa región", Matanzas. Insospechadamente hemos dado con el origen del viaje de Hernán y Francisco a Matanzas relatado en páginas anteriores. Gaspar en persona tuvo la intención de ade-

hay una micro directa que sale todos los días de Santiago a las 14 hrs., excepto los domingos, de la Estación Central, casi frente a Bascuñán, si no me equivoco; se puede reservar pasaje. Habría sido muy de mi agrado que hubieras podido alojarte en esta humilde, santa y destartada casa, pero diversas circunstancias lo impiden. (11) Hay dos o tres hoteles destartados, que suministran una pésima atención por la modesta suma de novecientos pesos diarios; si te interesa, puedes escribirme para reservarte pieza. Aquí podríamos vernos de 11 a 12 y media y de 17 a 20 hrs. (12)

Esperando verte pronto, se despide tu amigo cuyo apellido estropeas. (13)

Fr. Gustavo Borja, ofm.

EUROPA

14-VII-76 Ahora bien, el problema de la religiosidad de Gaspar me intriga. Aparece recién en la página 136 y no hay nada en las 135 páginas anteriores que nos haya preparado el ánimo para esperarlo. He inda-

lantárseles, según podemos constatar, aunque no sepamos exactamente con qué fin: ver a Gustavo, sin duda, pero atraído por la posibilidad de su compañía más bien que por la idea de un retiro religioso.

- (11) No podemos, con todo, descartar la idea de un retiro religioso: Gaspar pidió hospedarse en el convento, lo que implica la voluntad de someterse a su disciplina, participar de su ritual, alcanzar supuestas iluminaciones, etc. Por inconvincente que nos parezca un Gaspar religioso a estas alturas, aquí hay un documento.
- (12) Pero Gaspar no realiza el viaje. Seguramente lo disuaden esas "diversas circunstancias" que "impiden" su alojamiento en el convento más la visión de "los dos o tres hoteles destartados que suministran una pésima atención por la modesta suma de novecientos pesos diarios". Sumadas a la micro, aunque Gaspar adolescente nunca fuera enemigo de las micros cuando se trataba de ir a la costa, éstas han de haberle resultado pruebas excesivas.
- (13) A todo el mundo le molesta que le escriban mal su nombre.

gado en sus papeles y pongo a disposición del lector el siguiente material aclaratorio:

Santiago, 15 th December 1955

My dear Sir John,

The present serves to introduce Señor Gaspar Ruiz whom I recommend to your kind attention. I shall be most grateful for whatever you may be able to do for him.

Yours sincerely,

Richard McKay

Sir John W. Taylor K.B.E., C.M.G.
2 Belgrave Square,
London S.W. 1
England.

Esta gentil nota de presentación (resultado previsible: un convite a almorzar comida para perros en un club de Pall Mall and do give my best regards to Dick and how are things in Chile under President Ibáñez y una visión decimonónica de Inglaterra) nunca llegó a manos del respetable Sir John W. Taylor K.B.E., C.M.G. porque Gaspar nunca llegó a Londres en esa oportunidad. Se quedó en Santiago. Decirlo así es decirlo suave. Lo que ocurrió fue que a Gaspar lo dejaron en Santiago. En efecto, reprobó tres ramos del primer año de arquitectura, a saber, cálculo, mano alzada y geometría descriptiva, y Víctor el preocupado padre dijo, el viaje se acabó y me vas a ayudar en la cosecha. Canceló las reservaciones, devolvió los pasajes y nuestro joven Telémaco, tam-

boreando en un cacho. El mes de enero se presentaba negro.
Primer punto.

Para más encima, idos estaban los tiempos felices del verano del 55. Sucedió algo ominoso, conjunciones secretas, interferencia de los malos hados. El grupo se había dispersado. Segundo punto.

A saber: Guillermo Torres acompañaba a su madre en la casa de unos tíos en El Quisco y paseaba sus compuestas tenidas urbanas por esa playa feísima sin dar mínima señal de vida. Disfrutaba penosamente de sus últimos días de libertad estudiantil, se había contratado como esclavo quiero decir como empleado en el Banco Sudamericano, su padre no contento con un par de camiones fleteros se había fletado a sí mismo: acababa de protagonizar un abandono de hogar escandaloso y lo había dejado sin un cobre para estudios ni guardarropía digno de tal nombre.

Hernán Martínez, en Mulchén como en la gloria, escribía cartas entusiastas hablando de ferias y rodeos y con su olfato infalible para los trastos viejos se proclamaba un futuro Luis Durand. Quiero tanto al trabajo agrícola como a mi literatura y trabajo incansablemente en estrechar mis vocaciones, decía. Seguramente lucharé por un nuevo tipo de criollismo, algo más mío, más original. Querido amigo, agrega, no sabes cómo quiero al huaso. El coronel (R) Martínez (ya que venimos hablando de padres), se portaba bien. Me regaló una yegüita chilena pura, explicaba nuestro amigo, y quiere que todo se lo haga yo para después contarle a todo el mundo lo trabajador que es su hijo.

Vega, igualmente en el campo, ofrecía en su correspondencia una variante furiosa de la oda bucólica. El sena-

—padres otra vez— lo tenía en Quinchamahuida, Victoria, para que viera cómo se estilaban las cosas en un fundo llevado a la americana. Maldita la hora, decía Vega, en que al papá se le ocurrió que podía aprender en esta huevada. Este fundo, añadía, verdaderamente es un portento agrícola y es un portento tan grande que nadie se preocupa de mantenerlo. Es una HUEVADA, creo que nunca he renegado tanto del mundo y la agricultura. Estoy conviviendo, agrega, con dos huevones, el administrador (Don Juan) y el llavero (Don Muñoz) y además con el hijo del ministro Herrera. Supongo que al papá lo que más le importa es que me haga amigo del hijo del ministro pero el cabrito apenas tiene 14 años. Los dos primeros son dos 'plastas' que ya para completar sus dones de IMBECILES son RADICALES, con lo cual yo me imagino que estoy viviendo en una oficina de empleados ferroviarios.

Pero lo grave y humillante, repito, humillante, lo que realmente despojó de contenido ese verano, más que la lejanía de los tres nombrados fue que Santiago Cummings, el muy maricón, *hizo* el viaje a Europa. Tercer punto.

Porque el proyecto inicial, concebido por Santiago y Gaspar y aprobado por los respectivos padres, fue que los muchachos se valieran de que don Joaquín, el Gran Cacique, como lo llamaban cariñosamente, iría por asuntos de negocios a París (para trasladarse luego a presenciar las Olimpiadas de Invierno en Cortina d'Ampezzo), y viajaran a Europa, conocieran Francia, Inglaterra y España, recorrieran los museos, estudiaran la arquitectura y practicaran el inglés y el francés, lo que no podía más que serles beneficioso desde el punto de vista de su futura profesión y de su cultura general

además de darles ese no sé qué que todos saben. No es lo mismo, decía Susana la madre, no es lo mismo una persona que ha estado en Europa que una persona que no ha estado en Europa. No hay vuelta que darle.

Sin embargo la aprobación definitiva del proyecto se condicionó a la aprobación de los exámenes. Santiago, el muy maricón, se aprovechó de que su padre ya había partido, de que su madre estaba fuera de Santiago, de que tenía el pasaje en su poder, de que en tres años más, a los 21, recibiría la herencia del abuelo, se aprovechó de ser quien era, ésa es la verdad, anunció que había salido bien en todo, y se las emplumó antes de conocer los resultados. Gaspar tuvo que esperarlos. Cuando se supieron —Santiago había perdido el año sin remisión, él tendría una segunda oportunidad en marzo—, se armó la batahola con las consecuencias conocidas y algunas otras. En cuanto a Santiago, remitió a Gaspar desde un departamento en el Boulevard St. Michel una emotiva carta de profundo contenido filosófico, fechada el 9 de enero de 1956. Mi estimado colega, empieza, con visible pesar,

1226 40
Veo que la desgracia nos cubre, qué le vamos a hacer. Aquí he aprendido a 'cagarme en la diferencia'. Las cosas que pasan no tienen ninguna importancia. Todo pasa hasta que uno se muere. Entonces sí que es tarde para decir qué lastima.

Nos falló, bueno ¡tant pire! Ya vendrán mejores viajes. Supongo que tendrás noticias acerca de que vuelvo a Chile este mismo sábado 14 de Londres en el Highland Queen de la Royal Mail. Me cortaron el viaje. Entre mi mamá y Joaquín, mi hermano, me lo cortaron. Llego a Buenos Aires en no sé cuántos días y de ahí a Chilecito. Me falló Oxford.

Razones lógicas que tuvo el Gran Cacique. En todo lo demás se ha portado como un rey.

Recibí una carta en que me felicita mi mamá por haber fallado el año. Qué lindo fue. La recibí el día que llegué de Londres. Fue fantástico. Yo no tenía idea de que fuera posible perder el año en diciembre. Bueno. Además con el asunto del auto que tengo aquí pierdo no sé cuántos dólares en la reventa y si eso fuera poco la mamá me dice que tengo que pagarme el viaje (avión de ida y barco de vuelta) y *estadía con el auto*.

Total me quedo nulo y a pata.

Bueno hace bien sacar cuerpo de vez en cuando. Llegaré de vuelta como tu tío Pedro sin nada más que bastante experiencia.

¡¡Y vale la pena!!

Joaquín parece que contó o por lo menos llegó vía alguien a la mamá o a Joaquín de que me pensaba quedar en Europa a botarme a artista. Cuestión que le cayó pésimo al Gran Cacique y con harta razón, pero le dije que era cierto *pero* si me quedaba iba a ser con su consentimiento únicamente.

Ten cuidado con Joaquín y con todo el mundo. Nadie merece confianza. Nadie. He aprendido eso.

El día que supe de la catástrofe y que recibí la carta de mi mamá en que me trataba de ladrón porque la engañé en venir y cree que sabía todo el tiempo que había fallado y que por eso incluso adelanté el viaje.

¿Qué se le iba a hacer?

Bueno imagínate cómo me cayó eso.

Hice mis maletas esa misma noche con jeans y otra poca ropita, anafe, etc. y partí a la estación para irme a Bordeaux en el sur de Francia y perderme como un monje para siempre, pero infortunadamente o afortunadamente yo no sé, la estación ya estaba cerrada. Bueno averigüé si había micro o cualquier cosa y era demasiado tarde. Me fui a acostar y pensé y razoné que era un poco idiota.

El plan de irme era perfecto. No me localizaba ni el papá. Si iba en auto me pillaban al tiro si no renuncia. Pero de Burdeos fuera del mapa no sé nada así que a pesar de todo era un poco arriesgado.

Después me acordé que tú no ibas a venir, que lo que sería para el papá etc. sería más razonable quedarme quieto.

Me han ofrecido entre otras cosas exponer en París en El museo de arte moderno de París si es que mando cosas durante el 56. Fui a esa misma exposición (de todo el mundo) y por curiosidad pregunté el precio de uno más o menos chico pero re enchado ... 1 millón de pesos chilenos en francos.

Esto te demuestra que se expone calidad.

Hoy tomé champagne por mis tres amigos solo en una boite. Casi lloré (qué siútico).

Te juro que no sabes cuánto siento que no vengas por estos lados. En caso que lo hicieras yo me quedaría cuate lo que cueste. Guillermo es el único al cual le va bien.

No te salgas de Arquitectura ni por nada. Sigue Arquitectura. Yo pienso comenzar de nuevo.

Vengo con una cantidad de propósitos nuevos y macanudos. Dios me ayude a cumplirlos.

Adriana estuvo alojando aquí en el Departamento durante más de una semana antes de irse a Buenos Aires. ¡¡El papá en el Hotel y ella aquí!! Menos mal que no hay ascensor y no le da para subir siete pisos a'pie. Gracias a Dios que se fue y no vuelve más.

Son las 6 y tanto de la mañana ya. Chitas que tengo ganas de estar con Uds. de nuevo. Tenemos tanto que conversar.

He estado sólo en tres ciudades de fijo: Madrid, París y Londres. Me falta Talca. Todo ha sido macanudo. Tengo una especie de diario del viaje. Believe it or not, todavía sigo.

Bueno si tienes alguna noticia alarmante mándame un telegrama que llegue antes del sábado 14 a 48 UPPER

GROSVENOR STREET, LONDON W.1. Y si no espero una carta inmensa de larga en Buenos Aires.

c/o ADRIANA PEREYRA
MANSILLA 2606
BUENOS AIRES.

Bueno viejo. Acuérdate que me acuerdo de Uds. más que nunca. Mándale montones de saludos a tu papá y a tu mamá a tus hermanas y (last but not least) Gonzalo (con respectivas condolencias) y a William (con felicitaciones).

Estudia y saca el año. Ya volveremos a Europa como Dios manda.

En lugar de la firma hay un borrón. Después, escrita entre paréntesis, la palabra sorry con una flecha apuntada hacia el borrón. Finalmente, dice, Santiago.

15-VII-76 La primera obligación del historiador es presentar a sus personajes como son, sin abultar ni esconder cualidades o defectos. Es antigua norma del oficio. Por otra parte, si no damos a conocer a la gente como es, la estaremos dando a conocer como no es, lo que abre un campo infinito a las más altas hazañas de la invención y sin embargo es algo que se practica a diario, lo mismo que sonarse las narices. Porque si no hay alguna forma de infatuación, como la llama Freud, no hay forma de que las palabras tengan la energía para articularse en un relato. Y la infatuación, sigue Freud, debilita el juicio. La credulidad del sujeto en las virtudes y perfecciones del objeto se transforma en fuente de autoridad importante, acaso fundamental. Me re-

fiero, es claro, a la credulidad de Gaspar, con su carga de erotismo sublimado, característica de toda amistad adolescente, y no a la mía propia: yo soy un investigador objetivo, más allá de estos azares y templado por los años y la experiencia.

En resumen, la reacción de Gaspar Ruiz al recibir el documento que he transcrito fue una pataleta de envidia, el peor de los siete pecados capitales, el único insaciable. Desmenucemos la carta para conocer los componentes que, sumados, le provocan esta negra pasión.

- 1.— Santiago está en París, Ciudad Luz.
- 2.— Ha estado en Madrid, París y Londres, donde “todo ha sido macanudo”.
- 3.— Toma champagne en una boite (en París, y se subentende que el champagne es francés).
- 4.— Tiene “una especie de diario de viaje”.
- 5.— Volverá a Chile en un transatlántico famoso, “el Highland Queen de la Royal Mail”.
- 6.— Viene “con una cantidad de propósitos nuevos y macanudos”.
- 7.— Escribe su carta “a las 6 y tanto de la mañana”, o sea, ha estado en una fiesta sensacional, seguramente con actrices, pintores y duquesas, pero no lo menciona.
- 8.— “El asunto del auto que tengo aquí” le va a significar la pérdida de “no sé cuántos dólares en la reventa” pero hay un auto que tiene ahí. En cuanto a la amenaza de la madre, es poco probable que se cumpla; las cuentas de la familia van directo a la empresa donde nadie toma a la madre demasiado en serio.

- 9.—Además, hay un departamento. En un séptimo piso y con una vista fenomenal del Sena y las catedrales y los techos de París, es obvio.
- 10.—La falta de ascensor no solamente da el toque bohemio sino que impide las visitas paternas. “No le da para subir siete pisos a pie”.
- 11.—Entonces, “Adriana estuvo alojando aquí en el Departamento durante más de una semana antes de irse a Buenos Aires”. Escribe “Departamento” con mayúscula. Cómo lo habrá pasado de bien con Adriana. Es que habría que haber conocido a Adriana. Murió en un accidente de auto en la Riviera. El mismo año que Albert Camus. Auto convertible. Sí, fue espantoso, se degolló. Gaspar la conoció y también Gonzalo cuando Adriana pasó por Chile a fines del verano del 55. Anduvieron calientes con ella como perros nuevos mientras Santiago se la zumbaba de lo lindo y hablaba de casarse. Adriana tenía el pelo negro, largo, precursora de las colas de caballo, ojos oscuros y un aire fatal de gitana. Diez años más que Santiago, qué les hace este huevón a las mujeres, la música de las monedas, divorciada, el sutil efecto de la música en su propia desenvoltura, modelo en París. Hay que conocerla, habría habido que conocerla y para colmo el tipo se la pelotea otra vez en Buenos Aires.
- 12.—Santiago ha madurado en Europa. “Llegaré de vuelta como tu tío Pedro sin nada más que bastante experiencia”. La cita es incorrecta, el tío Pedro llegó de vuelta sin más que un “baúl de experiencia” pero baúl o no baúl Santiago ha ganado convicciones acerca del género

humano, radicales, de las que imprimen carácter: "Ten cuidado con Joaquín y con todo el mundo. Nadie merece confianza. Nadie. He aprendido eso".

16-VII-76 ¿Había captado las olas de envidia transatlántica de Gaspar Ruiz, varado, a falta de ocupación idónea, en los nectarines, rabiando todo el día, muerto de aburrimiento, obsesionado por el cielo lejano de Madrid y Londres y París por buhardillas por Adrianas por Highland Queens por Sir John W. Taylors?

Qué pelotudeces escribía Martínez. Eso es lo que pasa por instalarse en Mulchén. La mente se adapta al estímulo ambiental, camarón que se duerme se lo culean los sapos. "Nuevo tipo de criollismo". Le escribió que leyera a Parra. Tiene humor, le dijo. Locuras, contestó Martínez. Juegos frívolos. Eso esta bien para ti. No para mí. Ahí no hay sentimiento, es algo frío. No hay ninguna comprensión del espíritu del pueblo. De manera que él no tenía sentimientos y era un tipo frío, además ¿qué le importaba a él "el espíritu del pueblo"? ¿Y le importaba a Martínez "el espíritu del pueblo"? Lo que a Martínez le importaba era vestirse de huaso y eso era muy distinto. Además, Gonzalo Vega, con su hipocresía consabida, escribiendo que lo pasaba como el ajo, dándose las de que estaba algo así como en la cárcel, y todo nada más que para hacerse perdonar la cabronada que le hizo con la María antes de irse a Victoria. Más sobre este delicado punto en breve. Lo que es a Santiago, mejor no hablemos. "Nadie merece confianza", y menos que nadie Santiago.

- 13.— En algún momento Santiago ha pensado quedarse en Europa “A botarme a artista”. La pura y santa verdad es que el proyecto inicial de Gaspar y Santiago contemplaba dos alternativas secretas que nunca fueron sometidas en consulta a la autoridad paterna. Una era, efectivamente, botarse a artistas en el Viejo Mundo. La otra era Oxford.
- 14.— “Me falló Oxford”. Por lo menos anduvo más cerca —a escasas 50 millas— de Oxford que el pobre Gaspar, clavado en el fundo San José cosechando nectarines y cazando zorzales con una honda, sin el menor apetito por la fruta ni por los pajaritos.
- 15.— Apéndice a la nota 12 sobre la maduración de Santiago en Europa. “Aquí he aprendido a ‘cagarme en la diferencia’. Las cosas que pasan no tienen ninguna importancia. Todo pasa hasta que uno se muere. Entonces sí que es tarde para decir qué lástima”. Esta es, sin duda, una versión actual de lo que Blest Gana llamara el estoicismo del trasplantado.
- 16.— Le han ofrecido “exponer en París en El museo de arte moderno de París”. No a cualquiera le ofrecen exponer en El museo de arte moderno de París; esto es una comprobación fabulosa de que Santiago tiene verdadero talento y llegará algún día a ser un gran pintor, una especie de Van Gogh o Toulouse-Lautrec.
- 17.— Que el ofrecimiento esté condicionado —“si es que mando cosas durante el 56”— es lo de menos porque qué le cuesta mandar cosas durante el 56.
- 18.— Esto se lo han ofrecido “entre otras cosas”. ¿Cuáles serán esas otras cosas? ¿exponer en El museo del Louv-

re, El jeu de paumes, El museo del hombre, El museo de Cluny? Las posibilidades son infinitas y el viaje de Santiago, aunque se lo hayan cortado ("Supongo que ya tendrás noticias de que vuelvo a Chile este mismo sábado 14"), ha sido un éxito pleno.

- 19.— "Por curiosidad pregunté el precio de uno más o menos chico pero re encachado ... 1 millón de pesos chilenos en francos". Los cuadros que ha pintado Santiago también son más o menos chicos y re encachados de modo que la cosa parece segura y no le tomará demasiado tiempo hacer unos pocos y montar su exposición para El museo de arte moderno de París.
- 20.— "Esto te demuestra que se expone calidad". Con 1 millón de pesos chilenos en francos la afirmación se defiende sola.
- 21.— Lo tratado en los últimos 5 puntos (16 a 20) deja en claro que la alternativa secreta de botarse a artista en Europa no es descabellada. Por lo menos para Santiago. El caso de Gaspar fue discutido extensamente en su oportunidad. Podía, según Santiago, mandar artículos a los diarios chilenos. Gaspar obtuvo carnet de corresponsal de La Unión de Valparaíso. También podía escribir para los diarios españoles. Y para los franceses y los ingleses. Conseguir un gallo que tradujera los artículos sería a huevo o por último los traducían ellos mismos o también Gaspar los podía escribir directamente en inglés y si él le daba una manito, para eso había tenido institutriz de chico, también los podía escribir en francés. El periodismo como punto de partida. Pero la cuestión empezaría a moverse cuando a Gaspar le

tradujeran sus obras de teatro. Según Pancho Walker Linares el teatro francés pasaba por un momento de baja y en París estaban estrenando mucha obra extranjera. Lo dijo aquí en la propia casa de Santiago. Habló de un rumano y de un irlandés. Si se la pueden los rumanos y los irlandeses por qué no se la va a poder un chileno. Gaspar visualizó montajes espectaculares de sus obras inéditas en un acto, con las escenografías de Santiago Cummings y con Jean Louis Barrault en los roles principales. Podía ser que resultara. Pero Gaspar era medio lerdo: no quedó muy convencido.

Otra cosa que podían hacer mientras tanto, porque obtener reconocimiento en una ciudad como París no es algo que tú consigas de una patada, era irse al sur de Francia, cantando en los restaurantes de pueblos y caminos. Había gente que hacía eso y se las arreglaba el descueve. En todas partes había restaurantes con piano y Santiago dijo que se iba a poner a practicar para ampliar su repertorio. Practicó durante unos días, temas de Cole Porter, Vincent Youmans, y George Gershwin, tomados de unas grabaciones de Oscar Peterson que tenía el Gran Cacique. Pescaba la idea con tanta facilidad que decidió dejar la práctica para cuando el viaje estuviera más encima. Surgieron nuevamente los problemas con Gaspar. Yo no sé cantar, dijo, terriblemente inquieto. Pero si es a huevo, dijo Santiago. Yo tampoco tengo idea. Pero se aprende. Es cuestión de práctica. Todo se aprende con un poco de práctica. Cualquier cosa. Hay que decidirse. Se diría que el tipo ya sabía, como por

instinto, que llegado el momento crucial le ofrecerían exponer en El museo de arte moderno de París.

22.— *The Oxford alternative*. Consistía en ingresar como estudiantes a la Universidad de Oxford y tomar cursos de latín y griego, filosofía antigua, historia del arte, literatura inglesa isabelina y contemporánea y un curso especial sobre Dickens.

23.— Y pensar que la alternativa 21 o la alternativa 22 estuvieron al borde de realizarse o por lo menos en el caso de Santiago, ya que en el de Gaspar hemos visto que todo se redujo como castillo de naipes a pesar cajas y despachar camiones con fruta. Pero hay algo que Santiago, en el camino de su madurez europea, no registra todavía de manera consciente y es cómo el dolor ha sido la experiencia decisiva de su viaje y cómo en brazos del dolor ha llegado a tocar las puertas de su propio destino. Meditemos en el pasaje más sentido de su carta y veámos cómo al saberse rechazado por su madre, y más, al verse de hecho calumniado por su madre, horrorosamente tratado de ladrón, echa en sus maletas unos modestos jeans, una poca ropita y un anafe, y parte hacia Bordeaux, en el sur de Francia, a perderse para siempre. Pero la estación estaba cerrada y era demasiado tarde para micros. No sabe si infortunada o afortunadamente. Es natural. ¿Quién podría saberlo? Menos que nadie un inexperto mozo en busca de sí mismo a los diecisiete años, obligado a hablar en idioma extranjero y sin saber nada de Burdeos. Su resolución es feroz en un cierto momento. Se muestra dispuesto a dejar auto, departamento, todo. Qué capacidad de sentir, eso es lo

que Gaspar admira, qué despliegue de aventurada emotividad, qué zonas de la experiencia. Santiago ha escrito "perderme como un monje para siempre". Pero ciertamente lo de monje es un toque literario y su desco, al menos por un rato, es perderse en el arte: su música, tal vez practicar su poco y perderse también en la poesía, que para él sería un campo nuevo.

24.— No obstante Dios aparece invocado varias veces en el texto de Santiago.

"Dios me ayude a cumplirlos" (los propósitos nuevos y macanudos).

"Gracias a Dios que se fue y ya no vuelve más" (el papá que no podía subir los siete pisos a pie).

"Ya volveremos a Europa como Dios manda" (bis).

En realidad se trata sólo de tres veces. Pero no dejan de reforzar la presencia del monje. ¿Será que, al igual que a Gaspar, a Santiago también lo ha picado el bicho religioso en este verano lleno de frustraciones y vacíos? Como bien se sabe, el misticismo viene por andanadas que no dejan pájaro con plumas, lo mismo que los inventos que han revolucionado la historia (telegrafía sin hilos, caldera a vapor, etc.).

25.— Algo que contribuye a la confusa y envolvente amargura de Gaspar es la imputación velada en la carta parisiense de que habría sido él, Gaspar, quien llevó a Joaquín el soplo de que Santiago pensaba botarse a artista en Europa. La imputación es falsa, naturalmente, pero algo hay en ella, lo cual da margen para transcribir una escena bochornosa.

A poco de conocerse el fracaso en los exámenes, Gas-

par salía un día de semana de la matinée en un cine del centro y se topó a boca de jarro con el detestable Joaquín.

Qué bueno verte, dijo Joaquín. Porque quería conversar contigo.

¿Ah, sí? ¿qué pasa? preguntó Gaspar, oliendo podrido.

Mira, dijo Joaquín, es un asunto largo. Acompáñame a mi oficina, si tienes tiempo. Y la implicación fue que si venía de la matinée era porque el tiempo le sobraba. Buscando un pretexto para correrse, Gaspar llegó hasta la oficina misma de Joaquín, un cuartucho indecente del que Joaquín se sentía particularmente orgulloso en momentos aleccionadores como éste que le tiraba encima, y tomó asiento en un sillón.

Mira, Gaspar, yo soy un tipo muy distinto de lo que son ustedes, tú, Santiago, Gonzalo y el resto del grupo.

No era un mal comienzo. Gaspar tamborileó con las yemas de los dedos en el brazo del sillón.

¿Tú crees en la lealtad entre amigos? preguntó Joaquín.

Por supuesto que sí, repuso Gaspar. ¿Tú no?

Joaquín desatendió la pregunta y repuso con otra.

¿Hasta el punto de encubrir a un amigo?

¿A qué viene la pregunta?

Después te explico a qué viene la pregunta. Lo que me interesa es que me la contestes.

Depende, dijo Gaspar, estudiando la trampa. Y terminó con una frase momentáneamente salvadora. Y

ahora no digo una palabra más mientras no me expliques de qué se trata todo esto.

Ustedes no tienen disciplina ninguna, dijo Joaquín, considerablemente airado. Y no quieren entender que las cosas se hacen como se deben hacer. ¿Tú crees que a mí me gusta, por ejemplo, siendo el hijo mayor del primer accionista de la empresa, y sabiendo perfectamente bien que un día voy a ser presidente del directorio, tú crees que a mí me gusta trabajar en esta mierda de oficina?

Gaspar se encogió de hombros.

¡Por supuesto que me gusta! espetó Joaquín. Porque a mí me gustan las cosas como tienen que ser. Y las cosas tienen que ser así. Hay que empezar desde abajo en este mundo, desde abajo mismo, y sino no se llega nunca a ninguna parte.

Macanudo, dijo Gaspar.

¿Qué es lo macanudo?

Que todo esto te guste, dijo Gaspar, con la mierda de oficina y todo.

Por supuesto que a ti no, estalló Joaquín. Tú naciste lo mismo que Santiago para príncipe. Para dedicarte a pensar en la inmortalidad del cangrejo, a mirar las moscas del techo, a rascarte las bolas. Para eso nacieron. Pero lo que quiero es que me digas de una vez si sabía o no sabía Santiago cuando apretó para Europa que había perdido el año.

No sabía que Santiago hubiera apretado, dijo Gaspar, celebrando interiormente lo apto de la imagen y otra vez con la visión de Santiago haciendo maletas a toda

carrera y dejando atrás la mitad de sus cosas. Yo no lo diría en esa forma.

¿Sabía o no sabía?

No podía saber mientras los resultados no se publicaran.

¿Y por qué adelantó el viaje?

Ahí me pillas.

Porque sabía. ¿Por qué no lo adelantaste tú también?

Porque en mi casa me pusieron como condición *conocer* los resultados antes de que yo partiera. ¿No te lo ha dicho mi padre?

Muy sensato de parte de tu padre.

No sé. El viaje es una cosa buena en sí, aparte de que uno saliera bien o mal en los exámenes.

No pues, Gaspar. El viaje era un premio. No sé qué les estaban premiando a un par de zánganos como ustedes, pero el viaje era un premio. Claro que si tú y Santiago se creen que lo merecían, que tenían derecho al viaje por sus lindas caras, no me extraña nada que Santiago se haya mandado cambiar sabiendo los resultados. Es ridículo. Se aprovechó de que el papá ya estaba en Francia, de que la mamá andaba en el sur y a mí, su hermano mayor, por supuesto que no me tomó en cuenta para nada. Pero yo me comprometo, y si tienes ganas cuéntaselo cuando le escribas, yo me comprometo a conseguir con la mamá que el papá lo flete de vuelta en el primer barco, por fresco y por sinvergüenza. Tu amigo del alma se robó este viaje, por si quieres saber mi opinión personal. Además, te advierto lo siguiente: tengo antecedentes de que tú y Santiago, los

perlas, los hijitos de su papá, se pensaban quedar, los lindos, en Europa, y botarse a artistas por allá.

Gaspar enmudeció. Las paredes oyen, se dijo, las paredes oyen, trató de pensar en qué momento habían sido indiscretos, quién más conocía el proyecto secreto con sus dos alternativas cuidadosamente elaboradas ¿habré dejado mis cuadernos...? ¿dónde? alguien, en efecto, el cuaderno, sí, el cuaderno negro, alguien una vez se lo devolvió, pero quién, quién. Blanco mental.

¿Ves? Tu silencio me lo confirma. Quien calla otorga. Eso era todo, dijo Joaquín. Tomó el citófono y llamó a su secretaria.

- 26.— El 4 de septiembre de 1970 Joaquín, Santiago y toda la familia votaron apresuradamente y viajaron a Europa. No exactamente como Dios manda, según deseaba Santiago en su carta recién comentada, sino más bien como mandaba el miedo y en prevención de los resultados de un insoportable análisis de antecedentes tributarios. Salvador Allende se los tenía prometido desde la campaña, tuvo incluso la tupé de ir a meterse a los recintos de la propia empresa y amenazarlos frente a sus propios obreros. No había mejores patrones que los Cummings, pero este pituquito de Algarrobo vino a tratarlos de explotadores y anunció que les iba a quitar hasta los calzoncillos. But they knew better y tenían mudas suficientes en USA. Aunque apresurado, puede que haya sido uno de esos "mejores viajes" que Santiago anuncia en su carta, sino el mejor de todos, porque fue un largo, romántico y holgado viaje de exiliados políticos de ocasión. No sólo salieron a pasarlo bien sino a combatir

por la causa de la libertad. Business & pleasure, la combinación más sabia, según vox populi y Charlie Chaplin.

ESTUDIOS

17-VII-76 Gaspar volvió deprimido del aeropuerto, profundamente. Se fue a La Chatelaine con Gonzalo y Guillermo a jugar un dudo pero al rato dijo que tenía cansancio, le vino la urgencia de irse a casa y protegerse al amparo de sus totems, reasegurarse en alguna forma de que la mala suerte no sería eterna, y partió esa misma noche a La Florida, mascando lauchas. Era absolutamente incapaz de imaginar Londres o Madrid o París, esas ciudades con las que soñaba despierto desde que su padre le mostrara el pasaje a su nombre en KLM, Royal Dutch Airlines. Se hizo el propósito de conocerlas y vivir en ellas, en las tres, algún día, recorrerlas por delante y por detrás, instalarse en los cafés a mirarles las piernas y las tetas a todas esas mujeres despampanantes que venían en las revistas y las películas, tomar apuntes en sus libretas, escribir nada menos que uno, dos, y tres libros de observaciones personales. Después de todo era mejor que el viaje no hubiera resultado por ahora, ya se estaba consolando. Europa es duro, sí, sí, decían todos, allá la cuestión no es en bandeja. Y para no perderse en Europa, decía Gaspar, más vale saber un poco de geografía. Como puede verse, daba su viaje por liquidado. Obvio. Tanto él como Santiago supieron desde el primer minuto: los exámenes iban a ser una catástrofe. Malos promedios, se habían dedicado sin contemplaciones a huevear el año entero. Exámenes brillantes habrían tenido que rendir, impresionar a

todo el mundo con su habilidad para servir a dos patrones en el curso de los mismos nueve meses. Compraron libros de cálculo, hablaron con estudiantes de ingeniería para tomar clases especiales, hablaron varias veces. Montaron un taller fabuloso en la casa de Santiago: mesas de dibujo, abundancia de lápices, gomas, acuarelas, gouaches, blocks, cuadernos (cruditos), juegos de compases, reglas, escuadras, tarros papeleros, máquina de escribir, posters, fotografías, pick up, estudiar con música, dos sofás, reposar un par de horas cada noche, total, por qué no, veinte días sin dormir más de un par de horas cada noche, por qué no, duty, character, puede el que cree que puede. Ponchos, y muy bien elegidos, para taparse los pies, la madrugada todavía es fría en noviembre, en diciembre. Por último elaboraron un riguroso horario de obligaciones: una tarde libre a la semana (la del domingo) y descansos breves, inteligentemente espaciados, a lo largo del día de trabajo. El taller y el plan quedaron perfectos. Mostrar el taller, difundir el plan, a must. Santiago produjo una batería de libros de arquitectura y las niñas salían impresionadísimas con Le Corbusier y Frank Lloyd Wright y Mies van der Rohe. Además Santiago improvisaba conferencias sobre Van Gogh y Toulouse Lautrec con ayuda de las ediciones Skira. Gaspar resentía un poco este despliegue de galopante erudición porque si bien los libros pertenecían a Santiago, o por lo menos a la casa de Santiago, también quería para él una opción expositiva. Sabía que sus propias demostraciones podrían resultar mejores porque se daba más tiempo para leer los prólogos. Santiago apenas los miraba y Gaspar nunca llegó a decidir si su versión de los grandes del arte moderno provenía de sabiduría infusa, boca de su

refinado padre o intuición genial. Como fuera, Santiago hablaba hasta por los codos, con seguridad aplastante. Gaspar, es fuerza decirlo, entraba al mundo de las artes visuales desde una formación, como veremos cuando corresponda, esencialmente libresca.

Lo grave de la situación desde la perspectiva de las exigencias académicas estaba en que una vez impresionada una niña uno quedaba tan impresionado por su propia capacidad de impresionar que se establecía un campo magnético. Además, noviembre y diciembre son la iniciación de los calores. Los árboles han echado hojas nuevas, aparecen los primeros frutos, los jardines se pueblan, oh palabra, de flores, las piscinas tienen el agua cristalina, las noches son frescas, los tragos largos son una delicia, todo el mundo anda excitado con el veraneo inminente. Sobre la tierra se instala otro planeta.

Además, las niñas querían ver, ver cómo trabajaban Santiago y Gaspar, veintidós horas diarias, en ese taller donde uno trabajaría cincuenta si el día las tuviera, porque era estupendo, los discos más sensaciona'es, al lado de la piscina. En traje de baño sacaban cálculos con unas tablas de logaritmos y tomaban ginger ale con hielo.

Además siempre estaba Gonzalo Vega, que era el tipo más entretenido y tan buenmozo, estudiando unas cosas sobre vacas porque iba a ser agrónomo y le iba a trabajar el fundo a su papá en el sur, un fundo lindísimo, con una casa copiada de una mansión inglesa. Además siempre había personajes pintorescos, un tal Torres, Guillermo Torres, con unos ojos así como orientales, que parece que es amigo de Gaspar y que se aburrió de estudiar, creo que estudiaba econo-

mía y va a entrar a un banco porque dice que se aburrió de estar pidiendo plata para el bolsillo, le encuentro toda la razón. Y el otro que es inverosímil es uno que andaba el otro día con una faja de huaso, no sé cómo se llama, y le tomaban el pelo preguntándole dónde había dejado la carretela con los melones porque parece que es un escritor del sur.

Entonces las niñas llamaban o se dejaban caer. Otras veces llegaban vamos a bañarnos al Golf o los convidamos a un bailoteo, pretextos para quedarse tomando ginger ale a la sombrita, oír discos sensacionales y disfrutar del ambiente en que estudiaban anunciando su próximo viaje a Europa.

Gaspar descubrió un método para robarse la película. Pero le resultaba nada más que a veces y sólo con algunas niñas.

Consistía en leerles poesía, en una voz solemne que había sacado oyendo recitar a Neruda. Descubrió que las Odas Elementales tenían un éxito inmediato. Pero poco duradero. Nadie se atrevía a decir que las encontraba largas pero al cabo el público se distraía en pequeñas conversaciones laterales. Encontró en unas revistas unos poemas cortos de Parra. Provocaban siempre discusiones porque decían que eso no era poesía. Según Santiago, cualquiera juntaba en esa misma forma un par de líneas chistocitas. En todo caso a Santiago no le gustaba demasiado que Gaspar se robara la película pero como no quería ponerse en evidencia siempre celebraba sus lecturas antes de que éstas empezaran. Además lo empujaba a leer, aunque en un tonito cuyas sugerencias no eran siempre claras. Ahora el intelectual, ahora que venga el intelectual. Gaspar, te toca. Y una vez iniciada la lectura, pasado un tiempo prudente, hacía un gesto o un rui-

dito que desviaba la atención y todo se iba al diablo. Pero María enchufaba con Gaspar. A María le gustaba la poesía y a veces le pedía libros y seguía leyendo ella sola. El problema con María era que a la María también le gustaba la pintura y hasta la veterinaria, de manera que no había cómo capitalizarla.

Un día Gaspar probó suerte con un poema suyo, escrito el verano anterior. El poema es el siguiente:

Tuvo bastante éxito. Le dijeron, bastante convencidos, lo que debe entenderse en el contexto de la inmediatez y la amistad, que era tan bueno como Neruda y mucho mejor que Parra, ya que tanto le gustaba Parra.

Entonces Gaspar leyó este otro.

Fue todavía más celebrado. Gaspar pensó que lo había leído en un tono involuntariamente plano, más adecuado para la prosa que para la poesía, y se arrepintió de no haberlo hecho en el tono solemne y cavernoso aprendido de Neruda. Pensó repetir la lectura pero no se atrevió. María estaba dislocada... Le pidió sus dos poemas y pasó media hora leyéndolos de nuevo. Después le preguntó si los podía copiar porque eran tan buenos y le encantaría tenerlos. Gaspar le dijo que sí, que por supuesto, pero si quería se los copiaba él mismo y se los iba a dejar a su casa. María dijo que eso sería estupendo. Excitado a más no poder Gaspar se puso en pie estiró los brazos caminó hasta la piscina se tiró de cabeza, a plena conciencia de que lo hacía como un campeón, y la cruzó varias veces nadando un crawl liviano de placer. Cuando salió, sorprendido de que María no se hubiera tirado detrás suyo, María no tenía ojos de plato y mirada ansiosa de reanudar diálogo con poeta, María se había zambullido en un nefasto libro Skira con Santiago. ¿Van Gogh? ¿Toulouse? No, Cezanne. A la María le encantaba Cezanne. Ese era el problema con Santiago. Si uno se descuidaba un segundo se lo devoraba todo. En fin. Cezanne.

Los veinte días pasaron como noche de fiesta. Llegó la semana de los exámenes y cayeron derrotados ante una despiadada formación de signos herméticos. Pero hicieron memorables esfuerzos de última hora. Pasaron toda una noche en vela, lamentándose del tiempo perdido. Miraban los discos, los Skira, la poesía de Neruda y Parra, el teléfono, la carpeta de Gaspar (de la que aún no hemos hablado), con tanto asco como si hubieran sido culebras. En un gesto definitivo de purificación vaciaron la piscina.

Esto sí que no lo aguanto, dijo Alvarito, el mayordomo, me han convertido la casa en un hotel durante veinte días y como si no les bastara ahora vienen y le botan el agua a la piscina. ¿Me pueden explicar para qué vaciaron la piscina? El cojo le echa la culpa al empedrado, no lo sabré yo. Van a ver no más cuando la señora vuelva del sur. Y hoy mismo le escribo a don Joaquín a Francia.

Vejados y miserables, los estudiantes llenaron la piscina de nuevo. Al rumor del agua que entraba, Santiago tomó la decisión que consumó el desastre.

Voy a reservar pasaje para la noche misma del último examen, dijo. Me voy. Y me da lo mismo que aquí quede la mierda. Me voy y me quedo en Europa. Gaspar palideció. Vénte conmigo pasado mañana y seguimos nuestro plan. Lo tenemos todo pensado. Vámonos.

No puedo, dijo Gaspar. Mi pasaje no lo tengo yo, eso lo sabes. Y no me lo pasan mientras no sepan que he salido bien. Me lo tienen advertido.

Entonces nos encontramos allá, dijo Santiago.

¿Cómo? dijo Gaspar.

Tú vas a salir bien.

No acepto que se tomen decisiones por mí, dijo Gaspar, en un característico exabrupto. Aunque pudiera irme no me iría. Además, agregó, después de una pausa reflexiva, yo también voy a salir mal. Eso es seguro.

No, dijo Santiago. Tú eres más serio que yo. Tú vas a salir bien.

Gaspar no dejó de recibir el elogio. La seriedad era una promesa de realización futura. Pero Santiago tenía los re-

cursos para romper un pacto, eso era injusto, y los estaba usando. El pacto estaba roto.

HISTORIA Y LITERATURA

Llegó al campo cuando la familia terminaba de comer. Se sentó a la mesa. Aparentemente habían estado discutiendo, en presencia de las niñas, la partida de Santiago. Las niñas lo saludaron con besos, se despidieron apresuradas, y se fueron a acostar. Víctor y Susana pidieron más café y acompañaron a Gaspar mientras éste comía ensimismado.

Víctor se hizo servir el cognac en el comedor, o sea que iban a hablarle largo, y mientras mecía la copa en su mano empezó así: La guerra mundial no se ganó en una batalla.

Gaspar experimentó un ataque de furia. ¿Cómo podía ser tan transparente? Pero también se sintió reconfortado. Iba a ser un verano imposible pero al menos estaban con él. ¿Cómo anduviste en descriptiva?

No sé, dijo Gaspar.

Habrás que empezar de nuevo, dijo Víctor. No es para echarse a morir. Siento lo del viaje, agregó. Pero tiene que ser así, eso fue lo que hablamos. Ya podrás ir en otra ocasión.

Pero todavía ni siquiera sé cómo me fue..., empezó Gaspar, y se paró de la mesa, volviéndose bruscamente de espaldas. Con permiso, dijo, y salió del comedor.

Si quieres, baja después a tomarte un trago conmigo, Gaspar.

19-VII-76 Cruzó el living apurado, trepó velozmente escaleras arriba y se encerró en su cuarto, con la luz apagada. Pero la idea no era encerrarse

con la luz apagada porque sin ver lo que le rodeaba no se veía a sí mismo. Y necesitaba urgentemente verse. Se preguntó si en realidad era eso lo que necesitaba y si lo necesitaba con tanta urgencia y fue a la ventana, la abrió y se asomó a mirar afuera. Más allá del parque empezaban los duraznos y mucho ruido de ranas, porque el agua drenaba mal en un bajo de la plantación. En el cielo había estrellas y la combinación de las estrellas y las ranas lo hizo pensar en Huidobro. De pronto le llamó la atención la claridad asombrosa de la noche, aunque no había luna. Siguió con la mirada el contorno de los árboles del huerto, el nogal, la higuera, los naranjos y los paltos, reconociendo los distintos matices de sombra, nítidamente marcados. Hacia la cordillera se alejaban, en un segundo plano, las avenidas de eucaliptos que bordeaban los caminos del fundo y en el centro del primer potrero se distinguía el cuadro de pinos. La claridad había inundado también el interior del cuadro.

Si lo pensaba, y no había para qué pensarlo puesto que se percibía a la simple vista, el suyo era un cuarto importante. No tenía, por supuesto, la importancia del cuarto de sus padres en el primer piso, habría sido ridículo porque ése era el cuarto principal, pero éste era más espectacular. Era el único, para empezar, que tenía características de mirador, y cuando su padre daba almuerzos políticos o recibía agrónomos de California, lo primero que hacía era llevarlos al cuarto de Gaspar donde entre broma y broma había entrado, por esta estratégica razón, una apreciable cantidad de altos personajes, incluidos 3 ministros de estado, 8 parlamentarios,

1 obispo y 2 futuros presidentes de la república.(1) Desde allí, Víctor les mostraba el panorama con la notable vista de la Cordillera de los Andes descrita años más tarde en algún relato de Gaspar. Entre otros, en aquel donde, bajo el nombre supuesto de Patricio, Gaspar vomita hasta el alma por aquella misma ventana, incapaz de digerir un conflicto político moral algo pesado para su organismo.

Gaspar fue a encender la luz y se sentó a su escritorio, una gran mesa de raulí y patas de roble con dos cajones, diseñada por su abuelo materno y barnizada por Gaspar, o más bien por un maestro a sus órdenes, en un tono rojo pálido. La historia posterior de este escritorio es interesante: luego de verse removido a tres o cuatro diversos domicilios, ha venido a quedar en manos de su segunda mujer, tan aficionada a los muebles buenos como el propio Gaspar, pero menos entendida. Tal es así que a la hora de la verdad, Gaspar adujo en favor de la conservación de su escritorio, con un cien por ciento de estricta veracidad, que el mueble no tenía más que un valor sentimental. Pero Susana no estaba para engaños. Resultado de su empeño: todavía no sabe qué hacer con la mesa. No la ha podido vender porque nadie le paga un diez por ella y no tiene dónde meterla porque es demasiado grande y no le cabe en ninguna parte. Según entiendo quería embutírsela de vuelta a Gaspar pero Gaspar le ha resultado inubicable y por todo lo que sé hoy detesta los escritorios. Me río de los escritorios y de los escritores, ha declarado, para su inmortal escarnio, en su última entrevista de prensa concedida a comienzos de 1974 a un diario de segundo orden como es La Segunda.

(1) Jorge Alessandri Rodríguez y Eduardo Frei Montalva.

20-IV-76 Una vez sentado en su escritorio, con la luz encendida y en actitud de escritor, Gaspar se sintió perfectamente cómodo. La verdad es que la cosa era impresionante; tres paredes cubiertas de libros, en magníficas estanterías de caoba. La mitad de la biblioteca de su abuelo, la mitad literaria, porque la mitad histórica estaba abajo, en el escritorio de su padre o puente de mando, como decían las niñas. (Las niñas, entre paréntesis, siempre fueron dos, Susana chica y Teresita. En ese momento había una tercera, Bárbara, y una cuarta, Clara, pero estas últimas nunca se incluyeron en las niñas: siempre se les concedió una identidad individual que a la vez representaba una limitación). Su padre mandaría en el puente de mando pero en la repartición de los libros había mandado él, se entiende que inicialmente sobre la base del acuerdo alcanzado por los afectados directos: una primera mitad para su tío Adolfo que a la sazón no tenía dónde recibirlos de modo que estaban embalados en cajas de papel Confort, junto a los canastos y las escaleras cosecheras, en una de las bodegas de la llavería. De cuando en cuando, Gaspar ordenaba que les espolvorearan Talvox o algún otro matarratones eficaz. Una segunda mitad para Víctor, que en la división de la herencia se adjudicó, por su calidad de administrador del fundo, el parque con las antiguas casas patronales, entregando a Adolfo una compensación en hectáreas planas regadas. Las casas patronales habían sido un imponente chalet sacado de Deauville, con torreón, múltiples terrazas y muros de ladrillo blanco ornamentados con crucetas de madera. Hoy lo sustituía un bungalow de un piso, perdón, de dos pisos, estilo inglés, práctico y cómodo para 1956, con menos fantasmas y más

fácil de llevar y tolerar para Susana. Nada para su tío Pedro, que vendió a sus dos hermanos, en dinero contante y sonante y rápidamente aventado, su parte de la comunidad. Como Gaspar tenía un punto débil por su tío Pedro, paria y patibulario, cuando hubo que instalar los libros en la casa nueva le mandó a dejar secretamente con Carlos Orrego las *Memorias* de Jacobo Casanova, chevalier de Seingalt.

21-IV-76 Las *Memorias* fueron un hallazgo sorprendente. Nunca habría pensado que el abuelo, fallecido unos diez años antes de su propio nacimiento y por lo mismo solemne y severo como ningún abuelo conocido de viva voz, hubiera tenido libros picantes en su biblioteca. Avivó instantáneamente el ojo por si aparecían otros, aunque en medio de una incredulidad total: era imposible que el abuelo hubiera cultivado una aficción secreta a la pornografía. Polígrafo, tribuno, crítico de las libertades que Tolstoi se permitiera con Anna Karenina, en el hecho llegó a destinar un libro entero, escrito en La Florida, al esfuerzo de clausurar ese camino abierto hacia la disolución de la familia. Lo tituló: *Anna Karenina, la novela más reciente del Conde Tolstoi. ¿Un rumbo equivocado?* Pero la presencia de Casanova ponía en cuestión todo el sistema y Gaspar se aplicó a despejar la incógnita. Su visión inicial del caso resultó confirmada durante la ordenación laboriosa de la biblioteca: no encontró nuevos especímenes del género en la historia que fue al escritorio de su padre ni tampoco en la literatura que fue a su cuarto privilegiado. Gaspar no era, en rigor, versado en la materia, pero a sus años todo varón despierto tiene un infalible olfato para estas cosas. Hasta las tapas mismas de

los libros, por cuidadosos y uniformes que sean los empastes (Librería y Encuadernación Tornero Hnos., Ahumada 62) emiten ondas reveladoras y los malentendidos ocasionales se despejan con una rápida ojeada a los contenidos del volumen. Para colmo de confirmaciones, Gaspar vino a descubrir años más tarde que las *Memorias* de Casanova enviadas al tío Pedro eran una edición expurgada.

La ordenación de los libros planteó un problema taxonómico bastante serio. Parecía fácil decir la historia para allá y la literatura para acá, lo que en principio no tenía nada de antojadizo porque a su padre le gustaba la historia y a él le gustaba la literatura. Pero una vez enfrentado a los libros mismos no siempre se podía decidir a ciencia cierta qué era historia y qué era literatura. Un punto de partida simple y aceptable era incluir como literatura y sin mayores reflexiones el teatro y el verso —Racine, Shakespeare, Góngora, Darío, Núñez de Arce, aunque Núñez de Arce era una soberana lata y bien podía mandárselo a su padre, si no se lo había mandado antes al tío Adolfo, que reverenciaba los libros predilectos del abuelo. Otro modo de avanzar con la distribución era clasificar como historia lo que llevaba la palabra “historia” en el título, *Histoire des Croissades*, *Historia del Imperio Bizantino*, *Histoire de la Révolution*. Si aparecía la palabra “novela” el asunto era igualmente claro: *Condesa Pardo Bazán: Novelas Completas*, *L'Assommoir*, Roman par Emile Zola. Pero ¿qué diablos se hacía con *J'Accuse*? ¿era eso historia o literatura? Emile Zola era conocido como novelista y no como historiador, de manera que parecía cosa de sentido común incluir *J'Accuse* en la sección literaria y dejárselo para él porque, en todo caso, la cuestión había sido

candente, como le explicara un día su padre, y había tenido al abuelo en ascuas, al punto de moverlo a intervenir directamente. Zola se ha portado como un hombre, decía el abuelo por todas partes, y no sólo eso: el abuelo escribió, hizo imprimir y circuló profusamente un panfleto titulado *El J'Acusse de Emile Zola*. El panfleto del abuelo no planteó problemas topológicos porque Gaspar había decidido leer de una vez por todas “la obra del papá”, como decían Víctor y Adolfo, y fue reuniendo sus publicaciones —poesía, teatro, ensayos literarios y político-sociales, piezas de ocasión, discursos, correspondencia ministerial y parlamentaria y cartas diplomáticas— en una sección especial, la sección del abuelo, ubicada, más allá de polémicas entre la historia y la literatura, en una parte especialmente destacada de las estanterías. El asunto se simplificó aún más cuando la obra del papá empezó a salir en ejemplares innumerables de las cajas donde su biblioteca fuera provisoriamente conservada durante la demolición de la casa vieja y la construcción de la nueva. Así fue como Gaspar pudo reunir varias colecciones de la obra del papá, estimadas de valor inapreciable por Víctor y Adolfo, que recibieron cada uno la suya. Secretamente, Gaspar remitió también su colección al tío Pedro, sabiendo que si consultaba este paso piadoso lo juzgarían un despilfarro. Pedro lo llamó de inmediato, con lo cual creó una pequeña situación en la casa porque nadie sabía a qué venía la llamada, para agradecerle el gesto, se entiende, profundamente conmovido, y lo felicitó por ser el único que tenía muy presente la verdad de las cosas y nunca se olvidaba que, pese a lo que fuera, él también era un Ruiz, todavía y siempre. En un principio Gaspar no dio explicaciones sobre la llamada

pero terminó por hacerlo. No hubo comentarios de su padre. Susana dijo: Los va a tratar de vender. Pero al menos los recibió de regalo y no es algo con lo que se haya tomado libertades, como lo hizo con tanta cosa de la familia cuando tu mamá, Víctor, se confió en él. No sé, Gaspar, pero la próxima vez que quieras hacer regalos como éste, pide permiso primero, como en la canción mexicana.

Dicho y hecho, Pedro trató de vender su sección del abuelo. Empezó pidiendo un precio descomunal porque pensó, lo mismo que sus hermanos, que la obra del papá tenía un valor inapreciable. La describía como la única colección completa en existencia, documentos importantísimos para la historia de la época, lo que se pensaba en los años del 91 al centenario. Terminó bajando los precios virtualmente a cero. Prefiero convidarte a almorzar y pagar la cuenta, le decían sus amigos. Pero yo no me llevo ese mugrerío de papeles a mi casa. Por último, a través de un compañero de correrías, un periodista borrachín vinculado a los círculos intelectuales, hizo entrega de la obra del papá a la Biblioteca Nacional.

Habría querido solemnizar la cosa con un pequeño acto donde se invitara a la familia, sus hermanos y sobrinos, especialmente Gaspar, ese Gaspar promete, es un tipo estupendo y finísimo, todo un caballero, también al primo Carlos, tan buena persona y tan a mal traer que anda, y por supuesto a Sergio Ruiz, mi primo, que es muy entendido en cuestiones de historia, habría querido pronunciar un pequeño discurso en ese acto, cuatro palabras nada más, para señalar el significado de la entrega. Pero el director, Eduardo Barrios, le salió hosco y de mal carácter, y Pedro debió conformarse con

una carta que no obtuvo respuesta además de costear de su bolsillo el taxi en que hizo el traslado de la donación.

Gaspar se sintió atrozmente culpable de haberle echado a correr la imaginación por caminos extraviados a su tío Pedro y de haberlo expuesto involuntariamente a tamaños desencantos y desembolsos. Su único consuelo fue que Pedro disfrutó inmensamente de las *Memorias* de Casanova. Tipo estupendo, decía, todo un caballero, un putamadre de gran estilo, y su idea de introducir la lotería en París había sido genial. El habría hecho lo mismo en Chile si antes no lo hubieran hecho otros.

En contraste con la expedita clasificabilidad del abuelo, otros libros plantearon problemas gravísimos. No precisamente las *Memorias* de Casanova, ya que no quedaron en la biblioteca. Pero, por ejemplo, la montaña de panfletos franceses sobre Dreyfus que habían servido al abuelo para escribir el suyo. El asunto se volvía literario cuando lo tocaba Emile Zola, pero en sí mismo era historia. Al escritorio con los panfletos. ¿Ocurría otro tanto con los *Roman Plays* de Shakespeare y con Plutarco? Los *Roman Plays* eran literatura y no había para qué ponerse a discutir con el mundo entero pero las *Vidas* de Plutarco se suponía que eran biografías o sea historia y además Shakespeare las había usado en cuanto tales. Sin embargo, el prólogo a *Plutarch's Lives* decía que el peso histórico de Plutarco era discutible porque "no siempre se atenía a las fuentes" y le daba "mucho curso a la imaginación", por lo que su valor era principalmente literario. Entonces Shakespeare utilizaba como historia algo que era literatura y el asunto se complicaba cuando se pensaba que Plutarco creía estar haciendo historia mientras en

el fondo lo que hacía era literatura. ¿Y por qué era literatura lo que hacía? Según el prologuista, porque le daba “curso a la imaginación”, pero además por “la belleza y penetración del estilo”. ¿Significa eso que en la historia no había imaginación ni belleza o penetración de estilo? Parecía probable. En lo que mandaba al escritorio la mitad eran ladrillos, de eso estaba seguro. Bertrand Russell, en 22-VII-76 un libro que había ojeado en casa de Santiago, sostenía que lo más atrayente en *Fall and Decline of the Roman Empire* —edición francesa en varios tomos en la biblioteca del abuelo— era la capacidad de Gibbon de crear personajes. Decidió dejar a Gibbon en su pieza. Optó por incluirlo, con intensa excitación, entre los novelistas ingleses. Y Russell decía otra cosa confundidora. Decía que Gibbon ofrecía, mejor que ningún novelista de su tiempo, una ilustración del pensamiento del siglo XVIII inglés. Eso era realmente para perderse porque el tipo se había propuesto escribir sobre la vida y pensamiento de los romanos y ahora resulta que lo que mostraba era su propio tiempo y su propia gente. O sea, refiriéndose a otros, importaba por lo que decía de sí mismo. ¿Sería entonces que la poesía, como caso puro de la literatura, era exactamente lo contrario? ¿que un tipo, escribiendo desembozadamente sobre sí mismo —yo y yo y nada más que yo— importaba por lo que decía sobre los otros o sobre todos en un momento cualquiera del tiempo o en cualquier momento del tiempo como parece que ocurría con los poetas universales como Shakespeare y Homero y Dante y todos esos gallos? Los alemanes llamaban poetas a los novelistas que los entusiasmaban y en todo caso uno se encontraba a cada rato con frases como “la

intensa poesía de Flaubert” o “el ámbito poético de Cervantes”. En definitiva decidió que todo era literatura y si empezaba siendo otra cosa, por ejemplo, historia, igual terminaba siendo literatura. Pero como no le cabían todos los libros en su pieza, había que tirar la línea por alguna parte. Entonces pensó que también había literatura que pasaba a la historia. Ahí estaba la cosa: eso para abajo y lo otro para arriba. A su padre no le importaría. Víctor leía de preferencia historia de Chile y libros de actualidad, y todo eso podía pasar a la historia. Los universales lo tenían más o menos sin cuidado. Víctor era hombre de convicciones natas. Gaspar en cambio necesitaba alguna certidumbre. Leyendo no la vas a encontrar, le decía Susana. Te va a pasar lo mismo que a mi papá, tu otro abuelo. Nació escéptico, fue toda su vida un lector empedernido, no te olvides que esos libros ingleses que tienes arriba eran de él, los viñamarinos no leíamos francés como la gente de Santiago, y con el tiempo se puso peor. A tal grado, por supuesto que sí, nadie lo quiere creer ahora, pero en esos años todo el mundo lo sabía, que a los 40 dejó de trabajar y se encerró en su biblioteca. Sí, hijo, resulta que tus dos abuelos eran ratones de biblioteca. No sé cuántas veces habrá leído cada novela de Dickens. Porque su pasión era Dickens. ¿Crearás que cuando tú tenías tres años, el año que murió, se instalaba contigo en la terraza de Villanelo y te contaba cuentos de Dickens? Yo me los había tenido que tragar todos y sabía perfectamente si lo que te estaba contando era de *Little Dorrit* o *Pickwick Papers* o de *Christmas Carol*. ¡Las pellejerías que pasamos por culpa de Dickens! Era un hombre encantador y muy inteligente mi papá, no te creas tú que no hizo cosas en su vida, pero no

creía en nada. Sin embargo no tenía ningún resentimiento y siempre he pensado que fue muy feliz en sus últimos días. Transmitía una gran serenidad. Pero nunca lo entendí mucho; a pesar de todo lo que lo quería, era un poco demasiado excéntrico para mí. Era como si su gran placer y dedicación hubiera sido simplemente contemplar lo que pasaba a su alrededor y confirmar que ya todo estaba escrito en Dickens. ¿No te parece extraño?

Inevitablemente, Gaspar pensó en Oxford. Y al pensar en Oxford no pudo permanecer sentado ante su escritorio de escritor y se puso de pie, tan bruscamente como hacía un momento en el comedor, otra vez con lágrimas en sus ojos azules. De pronto se echó a reír. Un primo de su padre, muerto de cirrosis a los 30 años, había escrito un libro en contra de la familia Ruiz intitulado *Lo que vieron mis ojos azules*. Un libro perfectamente mítico, que nunca nadie llegó a leer porque la familia requisó e incineró la edición completa, en un acto policial privado. Algún día escribiría él también un libro en contra de la familia. O más bien, no en contra pero tampoco a favor, simplemente, acerca de la familia, mostrando cómo los sucesos de la familia confirmaban lo escrito por Dickens o por algún otro clásico. Porque las cosas eran siempre iguales, ¿no es así? Y la exploración documentada del detalle no hacía nunca más que delinear un ritmo único, siempre idéntico a sí mismo. ¿Pero cómo podía él, un ignorante absoluto, incapaz de separar la historia de la literatura, y sin la más mínima experiencia vital, un tipo que no tenía en dónde pararse para decidir qué confirmaba qué ni qué contradecía qué, un pobre paje que no había tirado más que con putas y con minas que se

ponían inaguantablemente tiernas después del polvo, no sabía lo que era una mujer casada ni se había mandado al cuerpo una cabrita cartucha, un fracaso total en materia de geometría descriptiva, cálculo y mano alzada, cómo podía él escribir un libro en contra, a favor, acerca, de nada?

PADRE

En este punto de máxima tensión autocompasiva se produjo, como corresponde, el ingreso de otro personaje al escenario. Su padre golpeó la puerta del cuarto. Gaspar había sentido sus pasos subiendo la escala, de modo que el asunto no lo sorprendió. Pero como no sabía qué cara poner, el corazón le latió aceleradamente.

Su padre tenía la cara móvil de siempre. Pero fuera de consignar una vez más, porque también lo han hecho otros cronistas y así lo repite la tradición oral, que era un hombre notablemente bien parecido, me encuentro en situación de no saber qué decir acerca de cómo fue, exactamente, que lo vio Gaspar en ese momento preciso y perdido del tiempo, una noche de diciembre de 1955. Porque hay dos versiones conflictivas acerca del efecto que a Gaspar le producía el contacto con su padre. Luego de su muerte, ocurrida apenas doce años más tarde, en agosto de 1968, Gaspar —algo viejo y no viejo para estas cosas— entró en un plano de idealización de lo que habían sido sus relaciones con el padre. Tenía que ser así y no podía ser de otro modo, por la simple desaparición de esa presión violenta que significa la mera existencia física de un padre. Superado el shock de las primeras semanas, Gaspar reconoció una corriente de alivio inédito en su

vida emocional y alcanzó una curiosa tranquilidad, desde la cual inventaba libremente una relación afectuosa, fácil y entusiasta, donde enfrentamientos y desencuentros apasionados aparecían como el producto de equivocaciones menores, cuando no de su propia impaciencia juvenil. Podía practicar impunemente aquel piadoso ejercicio evocativo porque ya no cabía dentro de los límites humanos la eventualidad de toparse con su padre a la vuelta de una esquina y sentirse abruptamente desarmado por la seguridad arrasadora de ese hombre que lo había engendrado. El padre estaba muerto.

Pero de tiempo en tiempo Gaspar soñaba con su padre. Y sus sueños eran más fidedignos que su memoria porque cristalizaban la estructura afectiva real del pasado. Un documento tardío de Gaspar, una frase garabateada el 22 de julio de 1975 en una hoja de papel amarillo dice así: "El sueño de anoche: y preferí que se me olvidara pero mi padre se bajaba del caballo y el Nano le sostenía las riendas y yo, que tenía la misma edad que tengo ahora, temblaba de miedo". Es una admisión un tanto engorrosa para un hombre de 38 años y la verdad es que me extraña que Gaspar no haya preferido olvidarla así como prefirió olvidar el sueño mismo. Pero siempre ha sido masoquista Gaspar, y tanto como le gusta mirarse al espejo en los momentos buenos le gusta hacerlo en los momentos malos. Supongo que lo considera una prueba de honestidad, da vuelta la tuerca y transforma lo peor en mejor por el solo hecho de enfrentarlo en un papel. Después de todo, no es misterio para nadie que la escritura tiene efectos curativos, aunque dios me libre de algunos enfermos y sus curas.

No sé cómo abordar en el presente texto esta primera escena entre Gaspar y su padre. No sé cómo hacerlo porque el pasaje recién escrito me ha puesto demasiado consciente de su naturaleza fantasmal: se trata de una escena entre un vivo y un muerto, profundamente desigual y desequilibrada, inadmisibile. Me imaginó que la conciencia de esta ordalía es lo que me ha traído dilatándola hasta ahora porque lo normal cuando Gaspar aparecía por el fondo, y con mayor razón en esta oportunidad en que regresaba de un retiro académico de veinte días y del examen destinado a medir la funcionalidad del mismo, examen que venía a ser, ni más ni menos, requisito para su pasaporte europeo, era una larga y pormenorizada conversación con el padre. En efecto, más allá de lo mucho que el poder y la autoridad del padre descomponían a Gaspar, mozalbete engréido y pretensioso, Víctor, desde su posición indisputable de poder y autoridad, fue un hombre de una dulzura indecible para con sus hijos, especialmente para con este pelotudo, su primogénito, y además el único varón durante sus primeros quince años de matrimonio.

He alterado la secuencia habitual de los sucesos, aunque no sin fundamento psicológico, sacando a Gaspar del comedor a la primera de cambio, dejando a Víctor con el cognac servido en la mesa, y exprimiendo los contactos al intercambio mínimo de un par de frases. Pero, repito, Víctor está muerto y ese solo par de frases ya constituye una extralimitación ontológica. En estas condiciones no puedo escribir la escena que tuvo lugar al subir el padre al dormitorio del hijo y deberé resignarme a informar que tuvo resultados desastrosos. Gaspar se excitó, violentó, levantó la voz, declaró que él no vivía más en esa casa. Susana tuvo que calmar a Víctor

cuando éste regresó de aquella expedición, animada por el mejor espíritu conciliatorio y recordándole que eran momentos difíciles para Gaspar. Más que mal, había perdido el año, había perdido un viaje a Europa, Santiago había partido y no quedaba ninguno de sus amigos en Santiago. Claro que estaba insufrible y daban ganas de matarlo, pero ya pasaría. Víctor no se calmó tan fácil, estoy seguro, y probablemente Susana lo acarició y al cabo se acostó con él para dormirlo en paz.

GONZALO Y MARÍA

Pasemos al asunto de la María, que fue otra de las espigas atravesadas en ese verano infame. Vega continúa en su ya citada carta de Quichamahuida. (7-I-56).

El lunes me fui a despedir de la María después de almuerzo y me fui a bañar con ella al Polo, por supuesto que no se habló nada de todo lo que habíamos hablado tú y yo la noche anterior, pero como a eso de las cuatro de la tarde la fui a dejar porque tenía que devolverle el auto a la Pepa y aproveché para llevarme a Jaime Moreno que iba para abajo. Cuando me bajé para ir a dejar a la puerta, ella me quedó mirando (parece novela de amor) y yo le dije así como en broma (aunque bien en serio) que para mí era una gran pena la despedida, ella se rió un poco y me dijo que a ella le dolía mucho y se dio vuelta y partió corriendo para la casa.

Bueno esa noche llegó Raúl del fundo de la Olguita y dijo que no se podía ir hasta el miércoles, cosa que a mí en el fondo me cayó bien.

El otro día estuve todo el día haciendo ese maldito trabajo para el papá pero a la vez pensando qué era lo que me pasaba con la María y ahí me anduve dando cuenta como que me tenía de una bola. Como a eso de las 5 de la

tarde me llamó ella para decirme que si yo la había andado buscando, porque yo me fui a almorzar al Golf y allá me encontré con la mamá de ella y le pregunté por la María y me dijo que se había ido al centro. Yo le dije que yo no me había ido y que no me iría hasta el miércoles o martes, en vista de lo cual ella me convidó a comer, yo no sabía si podría ir porque a las 5 tenía una reunión con el papá que no tenía idea hasta qué hora iba a durar, pero te juro que nunca había tenido tantas ganas de echar a la chucha al papá, pero a eso de las nueve y media le avisé que no iba a poder ir pero como a veinte para las diez el papá me dijo que no íbamos a poder trabajar más así que yo me fui donde la María.

Allá estaba Pato y la Eliana que nos convidaron a comer pero a mí me tincó que iba a ser una lata así que me fui con la María al teatro y después nos fuimos a la Posada. Ahí nos pusimos a conversar hasta las dos y media más o menos y desgraciadamente quedamos pololeando.

Desgraciadamente porque todavía no sé verdaderamente qué es lo que piensas tú y además porque yo me vine al otro día y estoy cada vez más cagado por ella.

Oye Gaspar por favor escíbeme luego pero diciéndome todo, eso sí que sin pelos en la lengua, para así ver yo qué hago porque yo creo que todavía puedo cabrearme con un poco de olvido. Pero escribe lo que tú sientes y piensas de todo esto ya sabré yo cómo interpretarlo pero no tapes nada por mí, porque todavía sigues tú en el tope de la línea de los valores (amistad) así que prefiero de todos modos la franqueza.

Bueno huevoncito mándale muchos saludos a William y a Santiago (cuando le escribas a Europa) y díles que yo les voy a escribir luego.

Avísame cuando te vas a Matanzas para poderte escribir allá.

Adiós huevoncito.

Gonzalo

Lo de "huevoncito" sería una expresión cariñosa pero un asunto quedaba en claro y era que le habían levantado a la María y lo habían hecho huevón y medio. Claro que también la María... Por mucho que Gaspar estuviera "en el tope de la línea de los valores (amistad)" habría sido difícil para Gonzalo, que evidentemente tenía otras líneas aparte de la línea de los valores, resistirse a una invitación como la invitación de la María. Esa manerita de partir corriendo para la casa, desde la reja, por los pastelones, entre los pitosporos, ya la conocía Gaspar... Solo que estudiando bien el texto de Vega se advertía un rasgo común en todos los pasos de la estrategia revelatoria: las iniciativas las tomaba la María, un agente externo bajaba una barrera, como si la voluntad moral de Vega se hubiera encarnado en condiciones objetivas, el agente externo levantaba la barrera, como si la marcha de la historia condujera fatalmente al encuentro de Vega y la María, Vega entregaba la oreja, accediendo a lo inevitable, entronizado ya en el centro mismo de su persona o para ser más exacto de sus calzoncillos porque, según propia confesión, estaba cagado. Aquello se podía entender de dos maneras o bien era así como habían ocurrido las cosas o bien así las planteaba Vega, enfrentado a la necesidad de comunicárselas al desplazado Gaspar. Si bien la organización posee cierta belleza formal, Gaspar no parece haberla apreciado: según se desprende de la segunda carta de Vega, seis días más tarde, (16-I-56) Gaspar se hizo tiempo en sus desganadas labores agrícolas para escribir algo verdaderamente ofensivo.

 Mi conciencia no estaba sucia hasta el momento que leí tu carta y desde ese momento hasta que termine de escribir

ésta creo que lo va a seguir estando. Desgraciadamente yo interpreté mal tus palabras, "que le echara no más a mí no me importa". Parece que debiera haber habido un no entremedio.

Lo de la relación detallada siempre la acostumbro hacer cuando escribo una carta y aun cuando a uná persona le cuento conversando algo que me ha pasado. Lo de las disculpas no las recuerdo y creo que si la carta hubiera sido para pedirte disculpas no te habría escrito lo que escribí.

Lo de la orden tú sabes tan bien como yo que no es así, por empezar a mí poco me gusta recibir órdenes y creo que órdenes entre amigos no se dan.

No hay reconciliación hay franqueza y creo que si la carta tiene tono de reconciliación y no franqueza debe estar muy mal escrita.

El único objeto de la carta era contarte lo que había pasado como siempre lo hago y detalladamente y a la vez saber si lo que tú me habías dicho lo sentías verdaderamente.

Una cosa te voy a decir, mira huevón a ti nunca te he comparado ni te compararé con una mujer y eso tú lo sabes igual que yo, puede ser la María puede ser la reina del mundo pero siempre estará por abajo de ti, me da pena pensar en que tú crees que no estoy a tu lado, lo estoy y a través de este año lo he estado cada vez más y me hace feliz darme cuenta de ello.

Contar entre tus amigos puta que me importa poco pero que tú cuentes como amigo mío y yo tenga verdaderamente en ti un amigo eso sí que me importa y me dolería que tú después de lo verdaderamente amigo que somos no encontraras en mí uno verdadero, porque creo verdaderamente serlo.

La María se va a ir a la chucha y se irán todas las mujeres hasta cuando me case, por ese sentimiento más verdadero que dices tú.

No creas que es orden la que he recibido sino que he salido de algo en que creí que estaba sin pecar.

Una cosa te voy a decir verdaderamente que me dolió mucho de tu carta (desgraciadamente estas cosas hay que hablarlas por carta) y ella es que en ella en algunas partes vi maldad, ojalá que sea lo escrito y no lo pensado lo que tenga maldad.

Eso de saber que *HABRIA* alguien siempre a tu lado yo creo que no tienes para qué hablar en pretérito sino en pasado, presente y futuro porque por lo menos así lo sigo pensando yo.

Yo creo que verdaderamente tenía mucho objeto seguir en este asunto y no necesitaba haber recibido de ti una carta que puchas que me ha dolido sino que haber conversado más claramente lo que hablamos el día domingo ese.

No es por disculparme pero en una de las partes que no te encuentro muy justo es en esa que dices que yo tenía destinado ese día lunes a la María, si así lo pensaste por qué no me lo dijiste, falta franqueza, en cuanto a mí te puedo contestar bien francamente que ni siquiera se me había pasado por la mente eso.

Como tú ves a mí no era tu carta la que me hacía falta ni menos una orden sino que conocer más a fondo tu pensamiento.

Hasta ayer estaba hasta las patas de enamorado de la María, pero te juro que desde que recibí tu carta ni siquiera se me ha ocurrido pensar en ella.

Bueno huevón es de esperar que esto aclare más las cosas y te vuelvo a repetir que yo espero seguir teniendo en ti no a un capitán sino que a un verdadero amigo.

Gonzalo

P.D. Escribe EXPRESO porque no sé cuándo me iré de este fundo.

A Gaspar le bastó una primera lectura de esta firme y leal misiva de Gonzalo Vega para darse cuenta de que había enredado las cosas más allá de lo reparable. ¿Ahora cómo las desenredaba? Todo el lío era ridículo. Quiso como nunca irse a Matanzas y desaparecer del mundo, como un monje. Inició un largo examen de conciencia para entender dónde cretas estaba parado o caído, pero se perdió en un laberinto.

23-VII-76 Tendré que ser yo quien lo saque del paso, intentando dar mi propia cuenta de la situación.

No es necesario conocer sus cartas para comprender hasta adonde había llegado Gaspar. Igual, daría, digámoslo así, un coco, por tenerlas en mi poder. Gaspar normalmente dejaba copias de sus cartas cuando las escribía a máquina pero éstas han de haber sido manuscritas porque no hay copias en el archivo. Gonzalo Vega, como sabemos, debió irse de Chile cuando los sucesos del 11. Me consta que está en un país europeo (que no voy a mencionar) y me he hecho las siguientes reflexiones: ¿Será prudente mantener correspondencia con él? Desde luego que no, porque se dice que en el correo abren las cartas, y un intercambio acerca de algo tan remoto como las materias que me ocupan bien podría ser malinterpretado por los censores como lenguaje en clave para referirse a cuestiones de la más explosiva actualidad. Podría eludir el riesgo escribiéndole indirectamente, poner la carta dentro de otra, por ejemplo, dirigida a cualquier amigo libre de sospechas en el extranjero y solicitar de él que se la remita a Vega en su domicilio europeo. Pero este método, de ser descubierto, sería una invitación abierta a la peor vigilancia.

Siempre quedan los contactos en las embajadas y mi acceso confidencial y privado a más de una valija diplomática. Pero se me hace cuesta arriba acercarme a Vega por una vía tan oblicua, sería admitir los extremos hasta donde actúo condicionado por el miedo, lo que degrada y ofende mi amor propio, además de darle a medio mundo —en particular a mis colegas extranjeros destacados en Chile— un nuevo argumento para echar pestes en contra de la Junta, como si ella misma no los estuviera dando las 24 horas del día. En resumen, me he dicho, si le escribo a Vega debo hacerlo directamente y esperar. El golpe avisa. Consecuentemente, le escribí a Vega, requiriéndole información acerca de la correspondencia de Gaspar, en especial durante ese verano de 1956, y despaché la carta por el correo ordinario. Mientras espero respuesta, que puede tardar algún tiempo, no llegar nunca o ser negativa (lo más probable es que las cartas de Gaspar se hayan extraviado), sigo adelante.

Es indudable que Gaspar y Gonzalo, un cierto domingo no especificado, discutieron el asunto de la María. Hay referencias a ese domingo en las dos cartas de Vega. Es indudable que Gonzalo confidenció a Gaspar su percepción de que algo se gestaba entre él y la María, ante lo que Gaspar cayó en la trampa de su amor propio y pronunció sus famosas últimas palabras, “que le echara no más a mí no me importa”, desgraciadamente interpretadas a la letra por Gonzalo. Pero aquí hay algo que despejar y es la incógnita acerca de las relaciones de Gaspar con la María, de otro modo no se entiende nada. Esas relaciones no eran efectivas en sentido estricto, ahí está lo peor. Pero ocupaban un enorme espacio virtual: Gaspar tenía a la María incluida en el territorio que

había definido para sí. Es indudable —como pudo apreciarse en el reciente cuadro de la vida académica de Gaspar y Santiago —que la María no aceptaba esa inclusión como exclusiva y prefería autoincluirse simultáneamente en la poesía, las bellas artes, y la veterinaria: jugar a Gaspar contra Gonzalo contra Santiago contra Gaspar fue una de las experiencias más inolvidables y excitantes de su adolescencia, y no es cuestión de llegar a condenarla porque no era fácil decidirse por ninguno de los tres, mayormente que los tres se lo pasaban todo el tiempo juntos y así eran mucho más entretenidos que por separado.

Gaspar tenía perfecta conciencia de que la María no se acomodaba como propiedad privada suya, aunque lo hubiera hecho una vez, a los catorce años, cuando fueron formalmente pololos durante una semana; aunque él mismo la hubiera introducido al grupo, desaconsejadamente por lo visto, pero con el deseo patente de reeditar el romance en ese nuevo escenario, el único posible y el único consagratorio en la actualidad de sus pasos. Todo esto obraba en conocimiento público, por lo cual no cabe, en principio, extrañarse de que Gonzalo se haya sentido ese domingo en la obligación de extraerle un pase de libre tránsito a Gaspar; en efecto, las condiciones objetivas otorgaban a su confidencia del domingo el carácter de una extracción, forzada y en absoluto indolora: mal podía Gaspar pedirle a Vega que se abstuviera si su propia delicadeza —la que nunca tuvo— no le imponía la abstención voluntaria. Esa petición habría constituido una súplica, asentada en pretensiones que perdían todo fundamento cuando se las comparaba con la visible corriente de atracción mutua que a la hora undécima se había desatado entre Gonzalo

y la María. Hacerse a un lado y dejarles el paso era una exigencia del orgullo personal. Sobre todo que Vega se iba de un momento a otro al campo y bien podía ocurrir que no le alcanzara el tiempo para meter las patas, que la María en Zapallar se entusiasmara rápidamente con otro porque para eso eran las playas, y que todo quedara en nada, para vergüenza de Vega, que habría incurrido así en el primero de sus célebres errores de cálculo. Sabemos que el error de cálculo fue de Gaspar. Quizá Gaspar no habría reaccionado con la virulencia que le atribuimos si su situación general hubiera sido otra. Concedámosle al menos esa salida. Le invadían sus territorios, reales o virtuales, desde todos los flancos en ese verano de mierda, y ya no veía cómo ni por dónde empezar a reconstituir la sola noción territorial. Ofuscado, arremetió. No se podía esperar otra cosa. A lo que parece, su argumentación buscó apoyo en distinciones entre el espíritu y la carne, (asociando lo primero a la amistad y lo segundo a la mujer), lo que es comprensible no sólo por la extendida popularidad del esquema en todo país latino —o en la cristiandad entera for that matter— sino principalmente porque hemos visto a Gaspar caminando por las veredas de la iglesia en estos mismos días.

24-VII-76 Es indudable que la retórica del esquema, salpimentada, suponemos, con insultos, presiones e ironías descalificadoras (la "maldad" aludida por Vega), operó disuasivamente sobre su corresponsal, lo que fue un bálsamo para Gaspar, excitante como el alcohol, puesto que le confirmaba una vez más su poder si no de persuasión (difícil a estas alturas) por lo menos de dominación.

“La María se va a la chucha y se irán todas las mujeres hasta cuando me case, por ese sentimiento más verdadero que dices tú”. Territorio reconquistado. Por la razón o la fuerza, según el lema del escudo patrio.

Hasta aquí, todo muy bien. Pero el que a hierro mata a hierro muere, y la rudeza del método empleado por Gaspar tendría, tarde o temprano, que volverse en su contra. Vega sin duda alguna sublimaba su resentimiento sólo porque no encontraba argumentos para legitimarlo, aplastado como estaba por la autoridad que concedía a Gaspar y por su importancia vital en el funcionamiento del grupo.

Mientras esperamos que salga de su parálisis, reflexionemos sobre esto otro: Gaspar no tenía conciencia, como tampoco la tenía Vega, de que al aplicar sobre el continuo erótico-emocional de sus vidas cotidianas el esquema cuerpo-espíritu, simbolizado en la opción mujer-amistad, encubrían una zona oscura y ambigua, rebelde a las dicotomías expeditas, donde los impulsos homo y heterosexuales se confundían de modo asombroso, como sucede normalmente en los adolescentes por mucho que todo joven de corazón bien puesto se niegue, con laudable ferocidad, a reconocerlo. No parece necesario aplaudir en forma estridente aquella negativa, de importancia básica fundamental para la formación moral del joven. Como sea, le rindo su merecido homenaje.

Ahora volvamos a lo nuestro. La carta de Vega es un testimonio lingüístico inapreciable de cómo se cruzan peligrosamente los caminos en estos dominios profundos. Si examinamos su texto desde el punto de vista de la relación espacio-temporal entre los cuerpos se entenderá a qué me refiero: “Mira huevón a ti nunca te he comparado ni te com-

pararé con una mujer". Desde luego que para ningún hombre es grato que lo comparen con una mujer. Es lo mismo que decirle maricón o mujercita. Pero ciertamente la afirmación de Vega, en la medida misma en que rechaza de modo tan categórico la posibilidad de una comparación, la establece y la fija para siempre, sólo que en sentido inverso: el amigo y la mujer están siendo comparados, con resultados espaciales gloriosos, "puede ser la María puede ser la reina del mundo pero siempre estará por abajo de ti". No es ingrato para Gaspar que le pongan por abajo a la reina del mundo (Miss Universo, debió haber dicho Vega) porque si a ella la ponen por abajo se desprende que a él lo ponen por encima, lo que, refinamientos aparte, es la forma consagrada de fornicar, y tirarse a la Miss Universo, bueno, sobran comentarios. El gráfico se vuelve más complejo en la siguiente frase: "me da pena pensar en que tú crees que no estoy a tu lado", vale decir, Gaspar está encima de Miss Universo pero a su lado está Gonzalo, de manera que ambos están conjuntamente encima de Miss Universo, usándola tal vez por turnos, compartiéndola al unísono o fornicando desvergonzadamente entre sí. El desarrollo de esta misma frase diseña una cópula ideal o monstruosa, estática como una delicada imagen oriental: "estoy a tu lado, lo estoy y a través de este año lo he estado cada vez más y me hace feliz el darme cuenta de ello". Pero esta frase es múltiple, como se verá en seguida. Mediante la simple eliminación de una tilde revela su deseo inconsciente: "estoy a tu lado, lo estoy y a través de este año lo he estado cada vez más y me hace feliz el darme cuenta de ello".

El párrafo próximo es un manotazo de ahogado. Reite-

ra cuatro veces la noción de verdad, mediante la presencia del adjetivo “verdadero” y una triple repetición del adverbio “verdaderamente”. Para ser franco, (lo que según Gonzalo, Gaspar Ruiz nunca fue) no sé si lo que el pasaje intenta reforzar es su sentido literal o su sentido encubierto. En el primero, lo que se afirma es que a Gonzalo no le importa que Gaspar lo “cuenta” como amigo suyo, o sea, no habría de parte de Gonzalo Vega banalidad alguna en cuanto a prestigios o posiciones lo que está bien y muestra que el muchacho es de buena cepa. No le importa contar entre los ítems exclusivos del catálogo de Gaspar Ruiz. Lo que le importa es tener “verdaderamente” en él a un amigo. Pero cuidado: no le importarán los prestigios pero sí le importan, como ya sabemos, las posiciones. Esto se confirma en el segundo sentido o sentido encubierto del pasaje. Veamos su sintaxis: “Contar entre tus amigos puta que me importa poco pero que tú cuentes como amigo mío”, etc. Obsérvese de paso el desliz de significado en el verbo “contar”. Bien. Tengamos presente que Gonzalo Vega trabaja en el campo, es mal hablado por naturaleza, etc. No nos extrañe entonces la inclusión del “puta” con su efectivo énfasis sonoro. Pero si introducimos un corte experimental y oportuno en un punto preciso de la frase, hallamos lo que sigue: “contar entre tus amigos puta”. Good God. Es claro entonces que la felicidad de Gonzalo no se consumaría en la prestación del año. Requeriría también, en forma alternada y en aras de la plenitud, del usufructo del año de Gaspar. No parece concebible el tratamiento de puta si no es en relación con alguien que facilita un orificio, aun cuando el concepto de orificio es susceptible de numerosas extensiones, particularmente en el

plano moral e intelectual, donde se transforma en conciencia (una puta o un puto es un tipo que presta sus sentimientos y por lo tanto los basurea) etc.

Por otro lado, el corte recién aplicado al tejido de la frase pone ante nuestra mirada, como bajo la lente de un microscopio, el momento único de la carta de Vega donde su propia furia se sale de madre. El "puta" es, indudablemente, un insulto retaliatorio. ¿Pero por qué "puta" y no algún otro? Probablemente porque lo que el atribulado Vega quiere "verdaderamente" decir es que no soporta la promiscuidad afectiva de Gaspar: Santiago, Guillermo, la María, él mismo, este cura Borja con el que le había dado ahora y su huevada de irse a Matanzas, etc. Tal vez, involuntariamente, se entiende, aspire a la tenencia de derechos exclusivos y puede que esto haya influido lo mismo en su invasión del territorio de Gaspar que en la cruda y dolorosa notificación de la misma al afectado. Naturalmente que si ésta fue su finalidad —se entiende que involuntaria, lo repito— en parte la consiguió porque durante algunos días ocupó los titulares y motivó los artículos de fondo en la prensa mental de Gaspar. ¿Cómo explicar, si no es a efectos de alguna satisfacción intrínca y submarina su pronta y galante retirada territorial?

Poco galante, sin duda para la María, pero la María vuelve al son de trompetas reales dentro de un año, y compadecerla sería prematuro. Moreover, she also got a good kick out of the mess.

Ahora bien: respondiendo al estado anímico de Gaspar, que no quería pensar más en este enredo, vamos a pasar a otro tema, idílico y pastoril como se aviene a la calma después de la tormenta en toda ficción que se tenga por tal.

EGLOGA

Un buen día, terminado el durazno, que dentro de todo ayudaba a pasar el tiempo, Gaspar decidió editar un diario mural doméstico. Se colgaba los viernes en la puerta del comedor y en principio debía tener colaboraciones de toda la familia. Empezó bien. Víctor, el difunto padre, hizo especialmente un artículo sobre las cosechas y los afuerinos para el primer número, el tío Adolfo aceptó ser entrevistado acerca de su *Paradise Lost*, la Campaña del Desierto en la Segunda Guerra Mundial, Susana autorizó la reedición de una composición colegial en inglés acerca del puerto de Valparaíso, pero reaccionó con incertidumbre cuando la vio en el diario (pensó que Gaspar le estaba tomando el pelo al hacerla aparecer como una niñita chica, y que no se había dado cuenta a tiempo), Coto Sagüés, un compañero de arquitectura, personaje secundario pero disponible en ese verano letal, comentó la inauguración del nuevo tranque de riego del fundo, Hernán Martínez envió desde Mulchén cuatro estampas de color local, I La Triila, II La Esquila, III La Amansadura, IV Con Arpa y Vihuela, y Gaspar inició una sección de autorreferencias familiares intitulada *El Personaje de la Semana*, que los puso a todos nerviosos. Por último, para ampliar la planta de redactores, Gaspar inició una segunda sección permanente, donde parodiaba a las plumas nacionales que publicaban en la revista *Zig Zag*. Cuando tuvo que hacer dos números enteros a pulso —redactarlos, diagramarlos y sacarlos a máquina— porque la familia no demostró la persistencia ni el entusiasmo requeridos por

el periodismo, emitió una despedida fúnebre y se acabó el diario.

En el curso de sus empeños por retardar aquel triste desenlace se comunicó con las niñas. Teresita pasaba el verano en la Hacienda Canadá, Collipulli, Susana chica estaba donde las Pereyra en Algarrobo. "Oye, mi artículo voy a tratar de escribirlo, pero no tengo tiempo", le decía Teresita. Susana chica le mandó un recado del mismo tenor. Pero las cartas eran noticiosas y Gaspar las transformó en corresponsalías, que fueron ampliamente celebradas por el público lector. Esto me ha inducido a revisar entre sus papeles el montón de cartas de las hermanas. Las encontré de los últimos cinco años. Pero no nos ha llegado aún el momento de darlas a conocer.

ADRIANA VALDES

NOTA FINAL

EL RINCÓN DE LOS NIÑOS: OTRA LECTURA

"Para lo único que se lee una novela es para ver qué clase de persona es el autor, y, si uno lo conoce, a cuáles de sus amigos puso en la novela. En cuanto a la novela misma, toda su concepción, el modo cómo se ha visto la cosa, cómo se ha sentido, en qué relación se la ha puesto con otras cosas, eso no le importa ni a una en un millón de personas. Y sin embargo a veces me pregunto si no es eso lo único que merece la pena." (*)

I

Como todo texto que interese comentar, este libro atrae por el peligro. No sólo el peligro de la redundancia, tan común cuando se escribe acerca de lo escrito. Diría que el

(*) Un personaje de *The Voyage Out*, de Virginia Woolf.

peligro principal está en la irrisión: porque este es un texto ladino, macuco, hecho para poner en ridículo otros textos y la misma actividad de la escritura. Todo el que escribe es un sospechoso, y todo tejido —texto— muestra la hilacha, eso queda clarísimo en El Rincón de los Niños.

Se monta un mecanismo (proceso, investigación, lo que sea) que tiene como procedimiento el examen de papeles. Aunque por el camino se transforme en otra cosa —fija sus límites para transgredirlos— hasta el mismo final se trata de examinar escritos. El narrador (interesado en la historia, supuesto conocido de Gaspar) analiza textos de otros narradores, principalmente de Gaspar mismo. El análisis no sólo pone en evidencia los primeros textos, que se ponen en evidencia solos, por lo demás, sino que muestra la hilacha del mismo narrador. El texto burlador es también un texto burlado. La escritura que quiere integrar y superar una escritura insuficiente —se diría el simple ademán de una escritura— no es a su vez más que un simulacro. Es ficticia la convención inicial de “dar cuenta” de algo, al menos en el discurso del narrador. Para encontrar una instancia de lucidez hay que acceder a un tercer paso, no ya al de narrador alguno, sino al de las operaciones de la escritura. La percepción de ellas tiene el efecto inmediato de la risa: este es el signo de la existencia de este tercer lugar, de esta distancia frente al texto del narrador, de este espacio de libertad.

El narrador enjuicia unos textos, y a su vez su propio texto lo enjuicia a él. El texto se ríe de una situación superada, la de la primera escritura, pero su gesto, al hacerlo, pone de manifiesto su propio carácter irrisorio. El primer rasgo de la escritura es entonces el de la huella acusadora:

la que delata, incluso delante de un mismo sujeto (basta que pase algún tiempo) la propia estupidez. Se vuelve con ello al tema inicial del peligro. Ningún momento es privilegiado para la escritura, ni aún el presente: escribir es exponerse al peligro, revelarse, ponerse de manifiesto, no en la inteligente pirueta que creemos estar haciendo, sino en los innumerables hilos que sujetan al títere parlante y que el tiempo se encargará de poner en evidencia. Hay ya dos "yo" desacreditados en el texto: el de Gaspar autor del doble texto (por poner un ejemplo) y el del comentarista de ese doble texto. La instancia de la escritura se desacredita también a sí misma: tercer momento de una serie que no tiene por qué detenerse, y en la cual todas las instancias posteriores consisten en el desenmascaramiento y la irrisión de la precedente.

La libertad de que goza la escritura no parece ser, en las primeras partes del libro, una libertad para "crear". Se trata más bien del goce y la libertad de desenmascarar. El texto se desenmascara a sí mismo al ponerse en contacto con otros textos cuya sujeción —a la hipocresía, a la moda pasada, a una pueril idea de lo que es escribir— es aún más evidente que la suya propia. Lo que en un momento pudo creerse "creación" —libertad— es en realidad testimonio de sujeción. La primera libertad, la de desenmascarar el autoengaño, consiste en sacudirse de encima la propia roña, haciéndola objeto de la operación textual de examen e irrisión, haciendo de la escritura un proceso que siempre se supera a sí mismo, no un producto: un proceso del cual los textos no son más que restos más o menos fósiles.

II

La escritura, aquí, es proceso o no es. Anda pisándose los talones a sí misma, sin alcanzarse nunca: si se alcanzara se transformaría en obra, si se detuviera se sentaría en un lugar, fijaría límites y comenzaría inexorablemente a aseñorarse. Al ser proceso, una serie de momentos que se superan a sí mismos, es también una huida de esa posibilidad. El rincón de los niños no existe como lugar instalado, sino como esa nada desde la cual irrumpen seres palomillas para invadir intempestivamente los espacios no creados por ellos, los espacios de la casa paterna, los escenarios ajenos en que perpetrán una tras otra las destrucciones y los destrozos.

Tal vez la escritura de este libro es tan claramente un proceso porque este fue el medio de trascender una forma anterior de narrar. Este libro no es el primero: los primeros —Cuentos de Cámara, Las Dos Caras de Jano, La Casa en Algarrobo ()— se concibieron y se recibieron como obras. Pero el camino de esos libros terminó en un silencio demasiado largo, yo diría definitivo. Se cerró en ellos un impulso inicial que no se retoma. Al leerlos actualmente se ve cuánto han envejecido: hasta qué punto es imposible, redundante u obsoleto ese modo de proceder. Los supuestos de estos libros-obras se invierten en El Rincón de los Niños, que los incluye y los niega. Los incluye al menos en una referencia explícita al cuento "Don Patricio", en relación con una experiencia que aquí está reprocesada. Los incluye también en*

(*) *Cuentos de Cámara*, Editorial del Nuevo Extremo, Santiago, 1960; *Las Dos Caras de Jano*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1962; *La Casa en Algarrobo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968.

los pasajes relativos a la biblioteca del abuelo y del propio Gaspar Ruiz: la dificultad para distinguir entre literatura e historia. También en la referencia al abuelo que contemplaba lo que sucedía a su alrededor para confirmar que ya todo estaba escrito en Dickens. Estirando las cosas, con la licencia autoparódica que el propio Rincón... propone, podría decirse de Las Dos Caras de Jano, por ejemplo, que ha sido escrita para confirmar el cumplimiento de las simetrías escritas en Henry James: el fracaso de la empresa es entre otras cosas la comprobación de un desfase. El tema de ese texto es la ruptura de una experiencia pretendidamente armónica. Su desfase está en que la ruptura es más profunda que lo que ese tipo de narración puede soportar; queda de manifiesto la insuficiencia o la inadecuación de una forma de concebir el acto de narrar, del conjunto de supuestos que lo hace posible. Esa novela queda entonces relegada a la prehistoria de El Rincón de los Niños. En ella todavía se pretende sostener convenciones narrativas que Rincón... ya no toma en cuenta. No estaría de más indicar que esas convenciones narrativas —fundamentalmente el lugar y la persona del narrador— se van haciendo incompatibles con una noción completamente diferente de lo que es la identidad.

III

El proceso de examen de papeles que hace esta novela va constituyendo un sucesivo descarte de identidades, una identidad hecha de débris de toutes les autres, una especie de bricolage en que se aprovechan piezas de estructuras obsoletas para jugar con ellas a la construcción de una máscara: más-

cara, como las anteriores, desechable. El papel de "creador mítico del universo" () que la novela ofrece a su narrador es incompatible con el mecanismo de este libro. Más trabajosamente, más problemáticamente —con su comicidad y a pesar de ella— el trabajo textual parte de la pérdida de los apoyos familiares y sociales constitutivos de una identidad anterior, con cuyos restos podría llegar a formarse algo así como una nueva instancia de la identidad.*

A la búsqueda de un personaje que es su mismo sujeto, pero marcado por los signos del alejamiento y del rechazo (Gaspar Ruiz) esta crónica mezcla, como el personaje, la historia y la literatura. El alejamiento de un personaje que en otro tipo de narración hubiera sido el yo protagonista sirve como recurso de autoprotección, como posibilidad de diferir un encuentro con un "consigo mismo". La escritura comienza, protegiéndose de un "sí mismo" que otros caracterizan como reprobable, transformándolo de sujeto en objeto de la crónica. Los dispositivos de la escritura evitan el cuerpo a cuerpo: ese encuentro se evita rondándolo, como si fuera un lugar doloroso, que no se puede habitar pero tampoco abandonar. El lugar omitido —la propia identidad— se traslada hacia otro objeto, se desplaza hacia Gaspar Ruiz, y la necesidad de decir "yo" se endosa a un testaferrero cualquiera, máscara tal vez más desechable aún que las otras. El proceso de la escritura viene a ser el de la relación con esa primera identidad desplazada: asesinato y recuperación, iro-

(*) Wolfgang Kayser, "Qui raconte le roman?" *Poétique* N° 4, París, 1970: "Le narrateur romanesque est, en termes clairs et analogiques, le créateur mythique de l'univers". (Pág. 509).

nia y rescate, la toma del poder, desde dentro del texto, de la voz de un personaje que lo va invadiendo. Crea un espacio para que en él irrumpen los desplazados: un espacio hecho de elementos de la historia familiar y personal, que irán siendo utilizados y desmontados para contar una contrahistoria. Como en la imagen de "pescador de perlas" utilizada por Hannah Arendt a propósito de la actividad de Walter Benjamín ante un pasado cultural, () aquí la sumersión del texto en el pasado personal no sirve para reconstruirlo, sino para registrar su extrañeza: se le trata como un cuerpo ajeno, desmontable, del cual pueden extraerse curiosos fragmentos que, a la luz del presente textual, sirven para fines también extraños. Hay una memoria que debe ser sustituida por otra memoria, una versión en proceso de transformarse en otra versión. (Apunte de un cuaderno: recorrido de los frayages de Derrida, pero a contrapelo). De los textos anteriores del autor, que asumen y encarnan una forma de narración, y con ella una percepción de la identidad del narrador, se pasa a una palabra que irrumpe, desconstruye, niega. Todo estado presente reinventa un pasado ad hoc a través de lo que hasta ese momento aparecía como su historia. En el caso de Rincón... la versión "oficial" de la historia personal se ve invadida incesantemente por las determinaciones de la sexualidad, que, como la incómoda erección descrita en una primera parte del texto, irrumpe intempestivamente en un primer plano que la historia anterior no le había concedido. Lo cual lleva al tema de la obscenidad, y, con ella, al del placer.*

(*) Hannah Arendt, "Introduction - Walter Benjamín: 1892-1940", en Walter Benjamín, *Illuminations*, Schocken Books, New York, 1978.

IV

La capacidad de escapar de un asfixiante narrador acechado por dos fantasmas —el del “yo biográfico” y el del “creador mítico del universo”— se traduce en el alejamiento entomológico respecto de Gaspar Ruiz, personaje que es Cristián Huneus pero no el narrador ni menos el llamado sujeto del texto: el enfrentamiento se da entre Gaspar Ruiz —el “yo” pretérito, objeto de observación que se quiere despegada— y un “yo” no constituido todavía, que es el sujeto del texto, ese sujeto en proceso de constituirse y de desbaratarse que se describió a comienzos de este trabajo. El mecanismo de Rincón... parece montarse para desgajar los lazos afectivos con un pasado y lograr dar cuenta de un sujeto y, oblicuamente, de la sociedad que le dio origen. La distancia establecida permite apreciar los condicionamientos, la “sujeción” que constituye al sujeto, y de la cual el texto es a la vez un testimonio y una huida.

Respecto de los escritos anteriores del mismo autor, Rincón... incorpora una procacidad irreverente: es “obsceno y desenvuelto”, como se describe a Gaspar en el mismo libro. Obsceno respecto de lo anterior, y en el sentido que quiso inventar D. H. Lawrence: lo que no podía estar en esa escena, lo que quedaba fuera de la escena: al incorporarse aquí su función es la de hacer irrumpir un efecto de realidad, y su aparición libera de un aspecto de la falsa identidad: “liberarme de mí mismo, de la mentira de mí mismo, de la mentira de mi propia importancia, incluso para mí mismo...” () La irrupción del sexo actúa de mínimo común*

(*) D. H. Lawrence, “Pornography and Obscenity”, en *Sex, Literature and*

denominador y simplifica, imposibilitando cierto tipo de mentiras que se sentían como constitutivas de la falsa identidad. El efecto de realidad conseguido así es notable, y depende de la ficticia etimología propuesta por Lawrence. Nada de lo que se dice en el texto deja de decirse en determinado registro de la vida social. La cosa es que ese registro no se registra, que no suele escribirse en Chile en estas circunstancias, y lo que choca no es lo que se dice sino el hecho de que es "desenvuelto", que sale de los ámbitos privados para entrar en la palabra impresa. Y tampoco lo que choca es la descripción sexual, sino el desparpajo de las referencias a una actividad sexual despojada de connotaciones éticas, situada en un mundo cuyos condicionamientos económicos y sociales le otorgan la licencia manifiesta en las conductas de la clase alta, pero ocultada en el discurso con que esta se describe a sí misma. Lo obsceno no es lo que se hace: lo obsceno consiste en trasladar eso a la palabra escrita, y la molestia que puede provocar es la de ese traslado infidente y sin moralejas.

Al incluir la sexualidad dentro de su registro, Rincón... evita la fragmentación de la experiencia, el recargado sentimentalismo o la apresurada sublimación, coartadas de los textos de Gaspar. Pero el registro no sólo incluye el erotismo como tema. Hay un erotismo del mismo texto, de la escritura, de cómo se va escribiendo: del envaramiento inicial del narrador a una narración también "obscena y desenvuelta": de la envarada erección oculta a la variación, el humor desatado, el desparramo del adolescente que no está jugando el

Censorship, ensayos editados por Harry T. Moore, Twayne Publishers, New York, 1953.

juego de sus mayores. Existe el goce del texto, la relación con un cuerpo verbal que se va flexibilizando, agilizando, respondiendo: con el que se dan las alternativas y los ritmos de un goce, que se excita, se sacia, se calma y vuelve a excitarse. Se establece en el texto un campo de acción, y es en la respuesta textual al estímulo donde se va creando la escala de valores de este texto hedonista. El placer de narrar por narrar, el de ir inventando y descubriendo a través de la narración —no “reflejando”, no “traduciendo” una determinada experiencia captada de antemano, sino efectivamente inventándola en la palabra— va haciéndose al dejar caer una tras otra las convenciones funcionales de la narración: y es en este placer de narrar en que el sujeto del texto se encuentra finalmente con el aspecto rescatable de Gaspar Ruiz; es en el placer de narrar donde el sujeto del texto accede a una identidad del despojo: “La desposesión total que me constituye en cuanto privación de mí mismo” (*), en cuanto palabra arrancada al azar, en cuanto palabra robada, sustraída de la funcionalidad del yo de las versiones que este da de sí mismo para insertarse en la vida social. El sujeto se reconoce a sí mismo al sentir el placer de narrar. Perdida su identidad social y familiar —su funcionalidad— se reencuentra en el filo de esa destrucción, en calidad de “sujeto escindido, que goza a la vez, mediante el texto, de la consistencia de su yo y de su caída.” (**)

(*) Jacques Derrida, *L'Écriture et la Différance*, Editions Du Seuil, París, 1967, pág. 267.

(**) Roland Barthes, *Le Plaisir du Texte*, Editions Du Seuil, París, 1973, pág. 36.

Goza de la destrucción de su máscara y del desparramo que sigue a esa destrucción: reafirmación de la vitalidad (por oposición a la estabilidad, que ya decía Henry Miller que no es la suerte del hombre). (***) Pero la máscara de un hombre no es sólo la suya; al hablar de sí mismo, al quedar expuesto ("en pelotas", diría el texto) también queda expuesto el lugar, el tiempo, la gente a que pertenece. El individuo —punto en que se intersectan varios grupos— es el espacio en que entran a jugar contradicciones que lo exceden. Una de las relaciones entre este texto y sus pre-textos (los que incluye y cita) es la de la introducción de una distancia respecto de las convenciones y "valores" implícitos en ellos, es una ampliación de mundo que hace imposible restringir la humanidad a esos parámetros: el solo hecho de ampliar el enfoque hace aparecer su pequeñez. "Ya no puede seguirse equiparando la sociedad burguesa a la humanidad", la caída de la chaucha que pone en perspectiva esta "crónica de jovencitos de sociedad".

La risa que los textos provocan es la del encuentro con la propia prehistoria, con las huellas de un sí mismo anterior. Lo que tienen en común con la prehistoria y con la intrahistoria de un grupo social es lo que posibilita el efecto de reconocimiento y de valor testimonial. Puede también provocar santas iras, porque la prehistoria y la intrahistoria de uno —y la de un grupo— suele aparecerse a posteriori como

(***) Henry Miller, "Second Letter to Trygve Hirsch", en *Henry Miller on Writing*, Edited by Thomas H. Moore, New Directions, Nueva York, 1964, pág. 212.

vergonzante. Las experiencias vividas más tarde, el conocimiento de los límites y condicionamientos del propio punto de vista y de la propia "sinceridad" dentro del juego de los poderes y de los intereses que se dan en una sociedad, dan a los eufóricos relatos que hay en *El Rincón de los Niños* el encanto retro de las películas hollywoodenses que veíamos por los años de esa narración, el de un fool's paradise ya cerrado. Fool's paradise, hay que decirlo, culpable: su descripción en esta novela da los indicios necesarios para reconstruir sus implicaciones de despojo; su inconsciencia se muestra en forma tan desnuda que es capaz de suscitar conciencia. Como en las películas, el paso del tiempo hace transparentes sus supuestos, manifiesta la antinaturalidad de lo que en algún momento se consideró "natural", la transformación ideologizante de los intereses en convenciones y de las convenciones en naturaleza, proceso que por cierto no se ha detenido ni tal vez tenga cómo detenerse.

En actrices como Diane Keaton —estoy pensando en Annie Hall— sus efectos de naturalidad dependen de la voluntarización, para la cámara, de gestos normalmente involuntarios, que no se producen en situaciones en que el sujeto se siente observado (por la cámara o por otra persona). Creo que *El Rincón de los Niños* recoge, en el plano de un grupo social, muchos de esos gestos, no incluidos antes en la narrativa chilena. Los hace visibles, los sube al umbral no ya de la sensación, sino de la percepción: los propone a la conciencia y no a la preconciencia; los hace reflexionables. Como hizo la cámara en el documental de Carlos Flores sobre José Donoso, aquí las operaciones de la escritura recogen, registran, recuperan para la conciencia una gestualidad que esta

normalmente se pierde; el texto abre así un espacio en que se exploran diversas capas de la memoria de un grupo social. Las formas de hablar que irrumpen en medio de textos que se pretenden más "correctos", más canónicos, más asépticos, más aceptables —en resumen, mejores expresiones de la sociedad tal como esta quiere presentarse— son resquicios (o forados) abiertos en el código, y por ellos se cuele la huella de lo irreductible y huidizo de la experiencia: lo que en ella se resiste a la norma y a la interpretación; el excedente, el sobrante no recogido, inasimilable por las formas actuales que toma la ideología. "La política totalitaria —fascista, estalinista o tribal— ha tratado de dominar el lenguaje. Y tiene que dominarlo precisamente porque un modelo totalitario de sociedad pretende poseer el cuerpo y el alma de la persona humana. Las tiranías modernas han vuelto a definir las palabras invirtiendo grotesca y deliberadamente su significación normal: la vida significa la muerte, la esclavitud total significa la libertad, la guerra es paz... Las historiografías... reinventan el pasado... las ideas inaceptables son borradas por decreto. Recuerdos unánimes artificialmente creados... reemplazan la natural pluralidad de la memoria individual." (*) Preservar esa pluralidad, enriquecer la conciencia de la ambigüedad de la propia memoria, redescubrir el sentido que alguna vez tuvieron ciertos vocablos, la riqueza contradictoria de la experiencia, a eso contribuyen (no es poca cosa) textos como *El Rincón de los Niños*.

Santiago, mayo de 1979.

(*) George Steiner, *Extraterritorial*, Ensayos sobre Literatura y Revolución lingüística, Barral, Barcelona, 1973, págs. 120 - 121.